

REPUBLICA ARGENTINA

# DIARIO DE SESIONES

## CAMARA DE SENADORES DE LA NACION

35ª REUNION — 5ª SESION EXTRAORDINARIA (Especial) — 17/18 DE ENERO DE 1991

Presidencia del señor vicepresidente de la Nación,  
**doctor EDUARDO A. DUHALDE;**  
del señor vicepresidente 1º del Honorable Senado,  
**don HÉCTOR J. VELÁZQUEZ,**  
y del señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda,  
**doctor JUAN CARLOS ROMERO;**

Secretarios: señores **HUGO RAUL FLOMBAUM** y **ANGEL LEONIDAS ABASTO**

Prosecretarios: señores **MARIO DELEFOR FASSI** y **DONALDO ANTONIO DIB**

### PRESENTES:

ANGUERO, Julio A.  
BENTZ, Alfredo L.  
BITTEL, Desiderio F.  
BRASESCO, Luis A. J.  
BRAVO HERNAN, Horacio E.  
CONCHEZ, Pedro A.  
FIGUEROA, José O.  
GASE, Adolfo  
GENOUD, José  
GROSSO, Edgardo R. M.  
GURDULICH de CORREA, Liliانا L.  
JIMENEZ MONTILLA, Arturo I.  
JUAREZ, Carlos A.  
LAFERRIERE, Ricardo E.  
LEÓN, Luis A.  
LOSADA, Mario A.  
LUDCENA, Felipe  
MAC KARTHY, César  
MALHARRO de TORRES, Margarita  
MAZZUCCO, Faustino M.  
MENEM, Eduardo  
MOLINA, Pedro E.  
NIEVES, Rogelio J.  
OTERO, Edison

POSLEMAN, Eduardo A.  
RIVAS, Olijeta del Valle  
ROMERO, Juan C.  
ROMERO FERRIS, José A.  
RUBEO, Luis  
SAADI de BENTONE, Alicia A.  
SANCHEZ, Ricardo N.  
SNOPEK, Carlos  
SOLARI YRACUYEN, Hipólito  
STORANI, Conrado H.  
TOMÁS, Emilio J. J.  
TRILLA, Juan  
VELÁZQUEZ, Héctor J.

### AUSENTES, CON AVISO:

AGUIRRE CANARI, Juan R.  
BRAVO, Leopoldo  
BRITOS, Carlos N.  
MARIN, Ramón H.  
RODRIGUEZ SAA, Alberto J.  
SAPAG, Elias  
SOLANA, Jorge D.  
VACA, Eduardo P.

### AUSENTES, EN COMISION:

COSTANZO, Leonor J.

## SUMARIO

1. Por invitación del señor presidente del Honorable Senado, el señor senador por Misiones don Héctor J. Velázquez procede al izamiento de la bandera nacional en el mástil del recinto. (Pág. 5040.)
2. Homenaje a las víctimas de la guerra del golfo Pérsico, a los que en su momento cayeron como consecuencia de la invasión de Irak a Kuwait y a los muertos de Malvinas. (Pág. 5040.)
3. Nota de solicitud de convocatoria a sesión especial de decreto de la Presidencia. (Pág. 5040.)
4. Manifestaciones de varios señores senadores en relación con la intervención federal a la provincia de Tucumán. Moción del señor senador Cass y otros señores senadores para celebrar sesión de tablas para considerar dicho tema una vez finalizada la sesión especial. Se aprueba. (Pág. 5041.)
5. Homenaje a la memoria del señor Jorge Eduardo Piquerero Antequeda, prosecretario de Coordinación Administrativa del Honorable Senado, con motivo de su fallecimiento. (Pág. 5045.)
6. Consideración de los dictámenes de las comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Defensa Nacional, en mayoría y en minoría, en el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo por el que se autoriza la adopción de medidas para que las tropas argentinas en el golfo Pérsico presten apoyo a las acciones a emprenderse conforme con lo decidido por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Se aprueba el dictamen en mayoría, con modificaciones (P.E.-245/99). (Pág. 5046.)
7. Apéndice:
  - I. Sanción del Honorable Senado. (Pág. 5108.)
  - II. Inserción. (Pág. 5109.)

—En Buenos Aires, a las 19 y 55 del jueves 17 de enero de 1991:

Sr. Presidente. — Queda abierta la sesión.

## I

## IZAMIENTO DE LA BANDERA NACIONAL

Sr. Presidente. — Invito al señor senador por Misiones don Héctor J. Velázquez a izar el pabellón patrio.

—Puestos de pie los presentes, el señor senador Velázquez procede a izar la bandera nacional en el mástil del recinto. (Aplausos.)

## 2

## HOMENAJE

Sr. Grosso. — Pido la palabra.

Sr. Presidente. — Tiene la palabra el señor senador por Córdoba.

Sr. Grosso. — Señor presidente: solicito a los integrantes de este honorable cuerpo que nos pongamos de pie como una expresión de honor de los pueblos de las provincias que representamos, ante este terrible flagelo de la guerra.

Sr. Menem. — Pido la palabra.

Sr. Presidente. — Tiene la palabra el señor senador por La Rioja.

Sr. Menem. — Nuestro bloque adhiere a lo manifestado, señor presidente; también vamos a solicitar que en ese mismo acto rindamos homenaje a las víctimas que en su momento cayeron como consecuencia de la invasión de Irak a Kuwait en ocasión de disponer la anexión lisa y llana de este Estado libre e independiente como si fuera una nueva provincia.

Considero que tanto las víctimas de la guerra que se está librando como las que se produjeron en esa oportunidad merecen igual homenaje.

Sr. Romero Feris. — Pido la palabra.

Sr. Presidente. — Tiene la palabra el señor senador por Corrientes.

Sr. Romero Feris. — Adhiero a las manifestaciones formuladas por el señor senador por La Rioja y al pedido de rendir un minuto de silencio.

Sr. Grosso. — Pido la palabra.

Sr. Presidente. — Tiene la palabra el señor senador por Córdoba.

Sr. Grosso. — Yo señale que el minuto de silencio era ante el tremendo flagelo de la guerra, por lo que no quiero excluir víctimas de ningún lado.

Sr. León. — Yo deseo incluir a los muertos por Malvinas.

Sr. Presidente. — Invito a los señores senadores y al público a ponerse de pie.

—Así se hace.

Sr. Presidente. — Queda rendido el homenaje.

## 3

## DECRETO DE CITACION

Sr. Presidente. — Por Secretaría se dará lectura a la nota presentada por varios señores senadores por la que se solicita se convoque

a sesión especial y al respectivo decreto de la Presidencia.

**Sr. Secretario (Flombaum).** — (*Lee*)

Buenos Aires, 14 de enero de 1991.

*Al señor presidente del Honorable Senado de la Nación,  
doctor Eduardo A. Duhalde.*

S/D.

Solicitamos al señor presidente quiera tener a bien convocar a sesión especial para tratar el Orden del Día Nº 628/90 (con anexo), autorizando al Poder Ejecutivo la adopción de las medidas necesarias en base a lo decidido por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en el conflicto del Golfo Pérsico (P.E.-245/90.)

Saludamos a usted atentamente.

*Juan C. Romero. — César Mac Karthy. —  
Julio A. Amodeo. — Remo J. Costanzo.*

Buenos Aires, 16 de enero de 1991.

VISTO la solicitud formulada por los señores senadores don César Mac Karthy, don Juan Carlos Romero, don Remo José Costanzo y don Julio A. Amodeo, para que se convoque a sesión pública especial a fin de que se considere el Orden del Día Nº 628/90 y anexo, autorizando al Poder Ejecutivo la adopción de las medidas necesarias en base a lo decidido por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en el conflicto del Golfo Pérsico, y

#### CONSIDERANDO:

Que en reunión de presidentes de bloque celebrada en el día de la fecha se propició la adopción de idéntico temperamento;

Que dicho pedido se encuadra en las disposiciones reglamentarias en vigencia.

Por ello:

*El presidente del Honorable Senado de la Nación*

#### DECRETA:

Artículo 1º — Por Secretaría cítese a los señores senadores a sesión pública especial, para el día 17 del corriente, a las 18 horas, a efectos de la consideración del Orden del Día Nº 628/90 y anexo, autorizando al Poder Ejecutivo la adopción de las medidas necesarias en base a lo decidido por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en el conflicto del Golfo Pérsico.

Art. 2º — Dése cuenta oportunamente al Honorable Senado.

Art. 3º — Comuníquese.

*EDUARDO A. DUHALDE.  
Hugo R. Flombaum.*

**Sr. Presidente.** — En consecuencia, corresponde considerar exclusivamente en esta sesión el Orden del Día Nº 628/90 y anexo...

**Sr. Posleman.** — Pido la palabra.

**Sr. Presidente.** — Aguarde hasta que termine la enunciación del tema, señor senador.

Decía que en esta sesión corresponde considerar exclusivamente el citado orden del día que contiene el proyecto de ley por el que se autoriza al Poder Ejecutivo a adoptar las medidas de apoyo necesarias, sobre la base de lo decidido por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en el conflicto del Golfo Pérsico.

4

#### SESION PARA TRATAR LA INTERVENCION A TUCUMAN

**Sr. Presidente.** — Tiene la palabra el señor senador por San Juan.

**Sr. Posleman.** — Señor presidente: a pesar de ser ésta una sesión especial, es el momento que tenemos los señores senadores para hacer manifestaciones y peticiones.

Hoy se ha comunicado a los presidentes de bloque el ingreso al cuerpo de un nuevo tema para ser considerado durante el actual período extraordinario de sesiones. Me refiero al decreto por el cual el Poder Ejecutivo nacional ha dispuesto la intervención de los tres poderes de la provincia de Tucumán.

De acuerdo con informaciones periodísticas, tenemos conocimiento de que el señor interventor se haría cargo mañana de sus funciones. Por esta razón, considerando que se trata de un asunto de gravedad institucional —como lo es la intervención a una provincia—, y habiendo leído rápidamente los fundamentos del mencionado decreto, que no compartimos, debemos señalar que el Poder Ejecutivo debería haber enviado al Congreso previamente el proyecto de ley que dispone la intervención a la provincia, en lugar de hacerlo por decreto, dado que se encuentra convocado a sesiones extraordinarias.

Señor presidente: digo todo esto en defensa de las autonomías provinciales y en defensa de un gobierno que pertenece a un partido que no es el nuestro. Este cuerpo representa a nuestro sistema federal y, fundamentalmente, está para defender las autonomías y la autodeterminación de las provincias. Por esto debe considerar de inmediato el proyecto del Poder Ejecutivo, tratándolo sobre tablas.

También entendemos que en esta sesión especial estamos convocados para debatir un tema muy específico respecto del cual la sociedad argentina está esperando la definición de este cuerpo.

Murió joven luego de una penosa enfermedad. No quiero extenderme más porque realmente siento una profunda emoción por la gran amistad que me unía al amigo Figuerero Antequeda. Hoy se encuentran presentes algunos de sus familiares: su hermano —el embajador Figuerero Antequeda—, sobrinos, entre otros.

Solicito respetuosamente a este honorable cuerpo un minuto de silencio en homenaje a su memoria dada su trayectoria y el cargo que tuvo en este Honorable Senado.

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor senador por Salta.

Sr. Romero.—El bloque justicialista adhiere en todos sus términos al homenaje al señor Figuerero Antequeda.

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor senador por Buenos Aires.

Sr. Cass.—El bloque de la Unión Cívica Radical adhiere al homenaje propuesto.

Sr. Presidente.—Invito a los señores senadores y al público a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio.

(Aplausos).

Sr. Presidente.—Muchas gracias.

6

## TROPAS ARGENTINAS EN EL GOLFO PERSICO

Sr. Presidente.—Corresponde considerar de las comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Defensa Nacional los dictámenes de mayoría y de minoría, en el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo por el que se autoriza la adopción de medidas relacionadas con el conflicto del Golfo Pérsico, de conformidad con lo decidido por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Por Secretaría se dará lectura.

Sr. Secretario (Flombaum).—(Lee)

Dictamen de comisiones en mayoría

Honorable Senador:

Vuestras comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Defensa Nacional han considerado el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, autorizando al Poder Ejecutivo nacional a que a partir del 15 de enero de 1991, disponga las medidas para que las tropas argentinas en el Golfo Pérsico presten apoyo a las acciones emprendidas de acuerdo a lo decidido por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; y, por las razones que dará el miembro informante os aconsejo la aprobación.

De acuerdo con lo establecido en el artículo 105 del reglamento este dictamen pasa directamente al orden del día.

Sera de las comisiones, 27 de diciembre de 1990.

*Horacio Menem. — Horacio F. Bravo Herrera. — Julio A. Amodeo. — José O. Figueroa. — Liliana I. Gurdulich de Correa. — Rubén H. Marín. — Objela del Valle Ribas. — Arturo I. Jiménez Montilla. — Juan R. Aguirre Zamari. — Juan C. Romero. — Luis Rubeo.*

### PROYECTO DE LEY

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1º.—Autorízase al Poder Ejecutivo nacional a que a partir del 15 de enero de 1991 pueda disponer las medidas adecuadas para que, de conformidad con la solicitud formulada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a todos los Estados, contenida en el párrafo 3 de su resolución 678 (1990) adoptada el 29 de noviembre de 1990, la fuerza argentina en el Golfo Pérsico preste el apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse en aplicación del párrafo 2 de la citada resolución.

Art. 2º.—El Poder Ejecutivo nacional informará al Congreso de la Nación de las medidas que adopte en virtud de la presente ley.

Art. 3º.—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

CARLOS S. MENEM.

*Juan I. Mera Figueroa. — Humberto A. Romero.*

Mensaje del Poder Ejecutivo nacional

Buenos Aires, 6 de diciembre de 1990.

*Al Honorable Congreso de la Nación.*

Tengo el agrado de dirigirme a vuestra honorabilidad con el objeto de someter a su consideración un proyecto de ley tendiente a autorizar al Poder Ejecutivo nacional a disponer, a partir del 15 de enero de 1991, las medidas adecuadas para que, de conformidad con la solicitud formulada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a todos los Estados, contenida en el párrafo 3 de su resolución 678 (1990), adoptada el 29 de noviembre del corriente año, la fuerza argentina en el Golfo Pérsico preste el apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse en aplicación del párrafo 2 de la citada resolución.

Irak invadió la totalidad del territorio de Kuwait el 2 de agosto de 1990. La ilegalidad de la conducta de Irak no se limitó a la violación de la soberanía territorial de Kuwait. Estado con el cual mantenía relaciones diplomáticas y un activo intercambio económico y comercial, sino que se extendió a la transgresión de normas básicas para la convivencia de las naciones, tales como las reiteradas violaciones a las normas internacionales sobre relaciones diplomáticas contra varias misiones acreditadas en ese país, así como también a la utilización de civiles, nacionales de terceros países, para la protección de objetivos militares.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas determinó que dicho acto constituye un quebrantamiento de la paz y la seguridad internacionales y condenó la conducta iraquí en su resolución 660 (1990). Más aún, el Consejo también quitó todo valor jurídico al acto de agresión iraquí al decidir que la anexión de Kuwait carece de validez jurídica y que debe considerarse nula y sin ningún valor, según se expresa en la resolución 662 (1990).

Ante la persistencia de la ocupación de Kuwait, el Consejo de Seguridad resolvió la adopción de sanciones económicas en el marco del capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas por medio de su resolución 661 (1990), y posteriormente por la resolución 665 instó a los Estados miembros que cooperaban con el gobierno de Kuwait, que se encontraban desplegando fuerzas marítimas en la región, a que utilizaran medidas proporcionadas a las circunstancias concretas necesarias para hacer efectivo el embargo.

No obstante la imposición de dicho embargo, el gobierno de Irak no ha dado cumplimiento a ninguna de las demandas que la comunidad internacional en su conjunto le formulara a través del Consejo de Seguridad, esencialmente la de retirar sus fuerzas de ocupación en forma incondicional del territorio de Kuwait.

A fin de dar una última oportunidad a Irak para cumplir con las medidas adoptadas por el Consejo de Seguridad, éste, en el marco de sus deberes y responsabilidades de mantener y preservar la paz y la seguridad internacionales y de acuerdo a las atribuciones que le confiere el capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, ha dictado la resolución 678 (1990), por cuyo párrafo 2 se autoriza a los Estados miembros que cooperan con el gobierno de Kuwait, a usar todas las medidas necesarias para hacer respetar su resolución 660 (1990) y siguientes, si antes del 15 de enero de 1991 Irak no cumple plenamente con éstas. Asimismo, por el párrafo 3 de la misma resolución, se solicita a todos los Estados que provean el apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse en virtud del párrafo 2 e informen sobre los progresos de tales acciones.

El gobierno argentino, en aplicación de las medidas dispuestas por el Consejo de Seguridad, dictó los decretos 1.560/90 y 2.067/90. Por el primero de ellos, se aprobó la resolución 661 (1990) y se dispuso la adopción de las medidas conducentes al cumplimiento del embargo decretado por ésta. Por el segundo, se aprobó la resolución 670 (1990), a través de la cual se confirmó que el embargo decretado incluía el transporte por tierra, mar y aire.

Por medio de una nota del emir de Kuwait, Jaber Alahmad Al Sabah, de 13 de agosto de 1990, nuestro país recibió una solicitud de sumarse al grupo de naciones que desplegaban esfuerzos en la región del golfo para imponer a Irak a acatar las decisiones del Consejo de Seguridad mediante vigilancia de un estricto cumplimiento del embargo económico dispuesto.

El Poder Ejecutivo, con el fin de participar de dicho esfuerzo por hacer respetar el derecho internacional y las normas de paz que deben regir las relaciones entre los países, dispuso el envío de dos unidades de la Armada Argentina a la región del Golfo.

En vista de la evolución de los acontecimientos que han llevado al Consejo de Seguridad a adoptar la resolución 678 (1990), es voluntad del Poder Ejecutivo nacional continuar contribuyendo con la fuerza argentina desplegada en la región a fin de velar por el cumplimiento de la resolución 665 (1990), con el deseo de que mantenga su condición de fuerza de paz, entendiendo al mismo tiempo que no puede obstar el llamado formulado a través de la citada resolución 678 (1990) de prestar la colaboración que le es pedida, como natural consecuencia del deber que tienen todos los Estados miembros de asistir a la organización para el cumplimiento de sus fines.

Dios guarde a vuestra honnabilidad.

CARLOS S. MENESTRÉ.

Julio I. Mera Figueroa. — Hipólito A. Romero.

Dictamen de comisiones en minoría

Honorable Senador:

Vuestras comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Defensa Nacional han considerado el mensaje y proyecto de ley (P.E.-245/90), por el que se autoriza al Poder Ejecutivo nacional para disponer, a partir del 15 de enero de 1991, las medidas adecuadas para que la fuerza argentina en el golfo Pérsico preste el apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse en aplicación del párrafo 2 de la resolución 678 (1990) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y por las razones que fundamentan el presente dictamen y las que dará el miembro informante, os aconsejan su rechazo.

De acuerdo al artículo 105 del reglamento, pasa directamente al orden del día.

Sala de las comisiones, 27 de diciembre de 1990.

Adolfo Cass. — Hipólito Solari Yrigoyen. — Héctor J. Velázquez. — Juan Trilla. — Luis A. León.

## FUNDAMENTOS

Señor presidente:

En su mensaje 2.576 del 6 de diciembre del corriente año, el Poder Ejecutivo nacional ha manifestado al Congreso de la Nación su voluntad de continuar contribuyendo con la fuerza argentina desplegada en la región del golfo Pérsico.

Dicho mensaje menciona como antecedentes del proyecto de ley en examen, los decretos 1.560/90 y 2.067/90 por los cuales se dispuso el envío de dos unidades de la Armada Argentina a la región del Golfo.

Sin embargo, la presencia de hecho de estas tropas fuera del territorio argentino no puede constituir un antecedente válido para el dictado de una ley. Pues la misma, ha sido dispuesta por el Poder Ejecutivo en violación del artículo 67, inciso 25 de la Constitución Nacional.

Es decir, la presencia de nuestras fuerzas armadas en la región del Golfo es un acto ilegal, de abierto desco-

nacimiento de las atribuciones del Congreso y de sus poderes militares que emanan de nuestra Carta Magna.

No se trata de una cuestión meramente formal. Creemos que el Poder Ejecutivo nacional debió prever responsablemente qué pasaría si las fuerzas argentinas desplegadas en la zona del conflicto resultan involucradas finalmente en acciones de guerra.

El pedido de autorización al Congreso cuando ya están las naves en el golfo Pérsico pone a la Argentina en una situación de extrema vulnerabilidad política y militar.

Ante la necesidad de contar con la aprobación parlamentaria según el procedimiento constitucional previsto para cada país miembro de las Naciones Unidas, el Poder Ejecutivo ha decidido enviar finalmente un proyecto de ley al Congreso de la Nación.

En las actuales circunstancias, cualquiera sea el resultado del proyecto de ley en examen, la imagen internacional de nuestro país resultará dañada.

La Argentina ha sido innecesariamente involucrada en una situación particularmente riesgosa, por una decisión exclusiva del Poder Ejecutivo. El mismo no ha podido desconocer que la autorización para hacer la guerra o declarar la paz es una atribución exclusiva del Congreso Nacional. Su violación pone en riesgo nuestro sistema democrático. Lamentablemente no se trata de un hecho aislado.

Hemos sostenido que el envío de tropas provoca un deterioro de nuestras instituciones y que nuestra democracia se va degradando cada vez más si se continúa desconociendo las facultades constitucionales del Congreso.

Podría parecer contradictorio que un país que ha enviado naves a la zona de conflicto y ha dispuesto cooperar militarmente con el gobierno de Kuwait, antes del dictado de una resolución como la 678 del Consejo de Seguridad, se disponga a retirarse una vez que el uso de la fuerza ha sido autorizado por las Naciones Unidas.

Pero los riesgos para nuestro país serán aún mayores si tenemos en cuenta los alcances políticos internos e internacionales del emprendimiento bélico que se dispone a sostener aventuradamente el Poder Ejecutivo.

No es en el interés de la Argentina sino en el de las grandes potencias que se inscribe el envío de tropas.

El hecho que la Argentina sea el único país de América latina que ha enviado tropas al Golfo Pérsico, sin haber realizado las consultas correspondientes con los demás países de la región ni haber buscado una posición común con ellos, pone en riesgo el actual proceso de integración política de América latina.

Si nuestro país se propone participar como protagonista y no como simple satélite de alguna gran potencia, deberá consolidar el proceso de integración política y económica latinoamericana. Es un hecho que sólo como región tendremos la posibilidad real de incidir en la construcción de un nuevo orden, que contemple también nuestros intereses y aspiraciones a vivir en un mundo más justo y estable.

El camino de la integración, lenta pero sólidamente encarado desde la recuperación de la democracia en nuestro país, es el instrumento de nuestro protagonismo

posible en el nuevo orden internacional en gestación y de nuestro crecimiento independiente.

Por otra parte, nuestro país no puede delegar en las grandes potencias el diseño de un nuevo esquema de seguridad, cuyo contenido no ha sido definido, ni poner a su disposición a las fuerzas armadas argentinas.

Tampoco está claro quién va a comandar nuestros efectivos en el Golfo Pérsico. Según nos ha manifestado el señor canceller quien va a decidir la ubicación de los barcos es, por ahora, el gobierno de los Estados Unidos. El doctor Domingo Cavallo dijo que se trataba de una coordinación a cargo de aquella potencia, a pedido del gobierno de Arabia Saudita.

Pero nadie puede asegurarnos que Estados Unidos no ceda dicha coordinación y finalmente la ubicación de nuestros buques y las indicaciones a nuestros marinos terminen siendo ordenadas por algún almirante británico, entre quienes se cuentan los responsables de la sangre derramada de los jóvenes argentinos en Malvinas.

Los argentinos no queremos ni debemos resignarnos a un alineamiento internacional, que ponga en juego nuestro prestigio como nación independiente, previsible y respetuosa de los principios del derecho internacional.

La tradicional política exterior de nuestro país, en defensa de la igualdad jurídica de los Estados, la autodeterminación de los pueblos, la no intervención, la integridad territorial, la solución pacífica de las controversias, la condena y la amenaza del uso de la fuerza no le produjeron jamás a la Argentina ningún tipo de desprestigio ni de aislamiento.

La desmesura que ha permitido el envío de tropas argentinas al golfo, a partir de un acto ilegítimo, nos pone ahora al borde de una guerra que no es nuestra. No tenemos un interés nacional a defender en la zona del conflicto.

Nuestra condena a la invasión de Kuwait por el Irak es total y absoluta. Pero no alcanza para comprometer a nuestro país en el uso de la fuerza y la disponibilidad de recursos humanos y materiales que una guerra puede sacrificar.

El proyecto de ley sometido a consideración contiene, en términos amplios, la autorización al Poder Ejecutivo nacional para ordenar la salida de las fuerzas nacionales fuera del territorio de la Nación y para responder afirmativamente, con tropas y armamentos en caso de ser requerida la colaboración prevista por el párrafo tercero de la resolución 678/90 del Consejo de Seguridad.

El texto propuesto por el Poder Ejecutivo implica una delegación de facultades que rechazamos por su generalidad y amplitud. Sólo se obliga a informar al Congreso de la Nación, de las medidas que adopte en virtud de la ley. Pero ello no parece suficiente ni adecuado a nuestro sistema constitucional.

El Poder Ejecutivo no ha fijado límites a la participación armada de nuestro país en el conflicto, ni en razón del tiempo ni de los recursos y efectivos militares y armamentos que pudieran comprometerse en acciones de guerra.

Mientras nuestra sociedad soporta fuertes ajustes económicos, no se han esclarecido aún cuáles son las fuentes de financiamiento utilizadas para solventar la parti-

cipación armada de nuestro país en el conflicto del Golfo Pérsico.

En su visita a la Argentina el ministro de Aguas de Kuwait en el exilio, aseguró que la empresa bélica no costaría nada a nuestro presupuesto. Sin embargo, hasta el presente los fondos destinados a financiar la operación no han sido depositados, según han revelado fuentes del Ministerio de Defensa.

El Poder Ejecutivo ha dejado trascender una información ciertamente imprecisa sobre los gastos del movimiento de tropas hacia el Golfo Pérsico, más allá de la flagrante contradicción que media entre la pretensión anunciada de cobrar por nuestra participación en el conflicto, con elementales principios éticos.

Si la Argentina asume su intervención en el golfo como una causa propia, nadie le debe pagar absolutamente nada. Si esperamos que nos paguen porque se trata de defender derechos de terceros países simplemente actuamos como mercenarios. Ello nos denigra como Nación independiente, humilla a nuestro pueblo y a nuestras fuerzas armadas. Jamás nuestro país, que ha participado con orgullo de las luchas por la independencia de países hermanos, ha intentado cobrar por la sangre argentina derramada, en nombre de la libertad y de la dignidad humanas.

Los alcances de la resolución 678/90 del Consejo de Seguridad, serían muy diferentes para nuestro país si el Poder Ejecutivo no hubiere resuelto anticipadamente el envío de tropas a la zona de conflicto. La autorización del uso de la fuerza que prevé el párrafo segundo de la citada resolución, está dirigida a los Estados miembros que cooperan con el gobierno de Kuwait en la región. Comprende a nuestro país por la sola voluntad del Poder Ejecutivo, que carecía de facultades para haber ordenado la salida de fuerzas nacionales fuera del territorio de la Nación.

Si la Argentina no hubiese desplegado fuerzas militares en la zona del golfo, podría limitarse a proporcionar "apoyo adecuado" según el párrafo tercero de la resolución 678/90.

Es decir que, sin la presencia ilegítima de las naves argentinas en el golfo, nuestro país hubiese cumplido con el pedido del Consejo de Seguridad (párrafo tercero de la resolución 678/90) mediante un apoyo adecuado a las medidas que adopten los Estados miembros de las Naciones Unidas que actualmente cooperan con el gobierno de Kuwait, quienes han desplegado fuerzas en la zona y pueden utilizar "todos los medios necesarios" para hacer valer y llevar a la práctica la exigencia del retiro inmediato de Irak de los territorios ocupados.

La Argentina puede colaborar adecuadamente en la construcción de un orden internacional más justo y que garantice la paz, a partir de sus posibilidades reales. No lo haría representando un papel que no le corresponde, ni exhibiendo veleidades de una potencia.

Exigimos el respeto de un orden internacional democrático, en que se reconozca el estado de derecho de todas las naciones a su independencia y a su desarrollo. Pero esta exigencia parte del respeto entre nosotros mismos, del respeto de nuestro propio estado de derecho y del principio republicano de la división de poderes. Si

resignamos estos principios, será imposible que nos respeten otros pueblos y otras naciones. Nuestra contribución a la paz será entonces efímera.

*Adolfo Cass. — Hipólito Solari Yrigoyen. — Héctor J. Velázquez. — Juan Trilla. — Luis A. León.*

**Sr. Lafferrère.** — Pido la palabra.

**Sr. Presidente.** — La había solicitado el señor senador Menem...

**Sr. Menem.** — Le cedo el uso de la palabra, señor presidente.

**Sr. Presidente.** — Tiene la palabra el señor senador por Entre Ríos.

**Sr. Lafferrère.** — Lo que voy a plantear también puede ser motivo de una duda reglamentaria. La lectura de los asuntos entrados nunca ha sido obviada cuando hemos tenido sesiones de este tipo. No obstante ello, para no entrar en una polémica abstracta, quiero solicitar al bloque de la mayoría que considere la posibilidad de dar por entrado, por referirse al mismo tema para el que hemos sido convocados, un proyecto de mi autoría presentado hoy.

Se trata de un proyecto de comunicación que voy a transformar en uno de resolución. En caso de que reglamentariamente corresponda, si no resultara aprobado alguno de los dictámenes en discusión, solicito que mi iniciativa sea tratada como una alternativa. Entiendo que esto enriquecerá el debate, puesto que, si no lo tratáramos este proyecto perdería entidad política. Digo esto porque se refiere al mismo tema que debemos considerar en la sesión especial convocada para hoy.

**Sr. Presidente.** — Tiene la palabra el señor senador por Salta.

**Sr. Romero.** — A pesar de que se trate del mismo tema, para seguir igual criterio debería ser considerado en la sesión que daría comienzo luego de finalizada esta sesión especial.

**Sr. Lafferrère.** — Si bien es cierto que, como cualquier iniciativa, este proyecto puede ser tratado a continuación, el tema es el mismo para el que fuimos convocados a esta sesión especial y, al postergar su tratamiento, perdería entidad. No tendría sentido convocar a otra sesión para tratar el mismo tema que vamos a considerar ahora en este recinto.

Por otra parte, este procedimiento no afecta de ninguna manera el trámite reglamentario ya que, como lo establece el Reglamento de la Cámara, el debate debe darse sobre el dictamen de la mayoría. Si hipotéticamente dicho dictamen no fuera aprobado, debería considerarse el de la minoría; si éste tampoco fuera acep-

tado, ése sería el momento para poder tratar mi proyecto.

En consecuencia, mi solicitud no está fuera de la cuestión ni tampoco altera el normal desenvolvimiento del debate sino que, por el contrario, puede enriquecerlo.

Por estas razones, quiero insistir en el pedido que hago a los señores senadores, específicamente a los del bloque de la mayoría, de modo que podamos darle estado parlamentario a mi proyecto que ha ingresado al cuerpo en la mañana de hoy.

**Sr. Presidente.**—Tiene la palabra el señor senador por Catamarca.

**Sr. Amedo.**—Con permiso de la Presidencia, quiero formular una propuesta al señor senador por Entre Ríos.

Después de agotado el debate para el que hemos sido convocados —de allí nuestra presencia en el recinto— y si hipotéticamente resultaran rechazados ambos despachos, como bien ha dicho el señor senador, ése sería el momento para que él pudiera proponer el debate de su proyecto alternativo, es decir, una vez finalizadas ambas consideraciones.

Esto es exactamente lo mismo e incluso el señor senador podría obviar alguna objeción porque si ambos despachos resultan rechazados, evidentemente estaría en condiciones de proponer una solución intermedia.

De cualquier modo, hay algo cierto: estamos convocados para tratar exclusivamente los despachos de mayoría y de minoría. Ahora bien, si en el curso del debate existiera la posibilidad de llegar a conciliar el proyecto que usted menciona y yo desconozco, esa sería la oportunidad de considerar la iniciativa.

**Sr. Presidente.**—Tiene la palabra el señor senador por Salta.

**Sr. Romero.**—Señor presidente: es para ratificar la posición que acaba de manifestar el señor senador por Catamarca, que comparto. Si se llegaran a rechazar los otros dictámenes, que el señor senador lo plantee o, en su defecto, que se trate en la próxima sesión a continuación de la presente.

**Sr. Presidente.**—Tiene la palabra el señor senador por Entre Ríos.

**Sr. Lafferrière.**—Señor presidente: para seguir la línea argumental de los dos estimados señores senadores preopinantes y poder plantear dicho proyecto como alternativa, es preciso que tenga estado parlamentario. De manera que de aquellas palabras interpreto que se acepta que el proyecto tenga dicho estado, aunque no ha sido leído en la sesión de hoy. Si esto es así, no tengo inconveniente en dar

por terminada esta petición expresando además, una suerte de desazón, habida cuenta de que creo que en una discusión de la naturaleza de la que hoy encaramos —que puede conmover los cimientos en los órdenes diplomático, económico y político mundiales—, cerrar la puerta a cualquier clase de iniciativa no es una buena práctica que enriquezca el debate, aunque una escrupulosa interpretación reglamentaria pudiera poner algún recelo para esta incorporación.

De modo tal que si ésta es la resolución no quiero plantear una votación sino, simplemente, dejar sentado que hoy he presentado un proyecto que expresa que habida cuenta de que no existe declaración de estado de beligerancia por parte de la Nación Argentina, los buques que están destinados en la zona de conflicto deben regresar a nuestro país y se solicita al Poder Ejecutivo que se ordene de inmediato su regreso.

**Sr. Presidente.**—La Presidencia ruega a los señores senadores que respeten el orden de la lista de oradores y que pidan pocas interrupciones a fin de ordenar el debate.

En consideración en general.

Tiene la palabra el señor senador por La Rioja.

**Sr. Menem.**—Señor presidente: en mi carácter de presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores y Culto de este Senado informo el dictamen de mayoría en un proyecto del que da cuenta el Orden del Día N° 628, que se refiere a la autorización al Poder Ejecutivo nacional para que adopte las medidas a que hace referencia el párrafo tercero de la resolución 678 de Naciones Unidas. Como es de público conocimiento, se refiere al conflicto en el golfo Pérsico.

Este es un tema cuyos aspectos fundamentales ya han sido considerados en ocasión de una larga sesión que tuvimos el 26 de septiembre de 1990. En aquella oportunidad discutimos un proyecto de resolución presentado por la bancada radical que rechazaba la posibilidad de que el gobierno argentino enviara naves al golfo Pérsico. Con motivo de este proyecto, todas las bancadas y la mayoría de los señores senadores expusieron sus posiciones al respecto. El desarrollo de los acontecimientos ha llevado a que hoy consideremos nuevamente el mismo tema, aunque dentro de un marco y una circunstancia distintos, con consecuencias también distintas, con protagonistas nuevos pero siempre dentro de la intención del gobierno nacional y del pueblo argentino de luchar por la paz.



En este debate que hoy iniciamos los legisladores tenemos la responsabilidad de fijar una posición a favor o en contra de la propuesta del Poder Ejecutivo. Evidentemente, cada señor senador votará por lo que considere que es mejor, no sólo para el país sino para la comunidad internacional y, en definitiva, para el destino de la humanidad. Quizás, o seguramente, no nos vamos a poner de acuerdo, pero no dudo de que todos estamos imbuidos del mismo propósito porque somos un pueblo amante de la paz, aunque podamos no coincidir en los caminos que nos llevan a ella.

Pero no sólo tenemos la responsabilidad de votar sino también de informar y hacer docencia —lo digo con humildad— sobre todas las circunstancias en que se desenvuelve este tema importante que estamos tratando, un tema que hoy se ve potenciado porque precisamente en estos momentos se están desarrollando acontecimientos bélicos que han detenido la marcha del mundo y que hicieron que toda la humanidad esté con los ojos, la mirada, los oídos y también con el corazón puestos en lo que está ocurriendo en esa parte del mundo.

Aquí no importan las pérdidas materiales sino las vidas humanas que se están segando en la zona del conflicto. Por eso tenemos la obligación de decir lo que pensamos y de esclarecer todos estos acontecimientos, lógicamente desde la óptica que tenga cada uno.

Una primera afirmación que debo hacer —dado que ésa es mi responsabilidad como legislador y como integrante de la bancada justicialista— es que nosotros en ningún momento hemos reheído este debate, como anduvieron diciendo por ahí algunos muy sueltos de lengua y muy cortos en razón.

¿Cómo vamos a eludir el debate si este proyecto ha sido propuesto por el Poder Ejecutivo precisamente en sesiones extraordinarias? ¿Cómo se puede decir que la bancada justicialista quería eludir el debate si los titulares de las comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Defensa Nacional —quien les habla y el señor senador Bravo Herrera, respectivamente— estuvimos en una reunión el 27 de diciembre, cuando algunos pensaban más en irse de verano? En ese momento hicimos el dictamen de las comisiones...

Sr. Cass. — ¿Me permite una interrupción señor senador?

No nos incluya a nosotros en esa afirmación.

Sr. Menem. — ...Entonces, señor presidente, creo que debemos ser claros. Nosotros, lejos de rehuir el debate queremos que se lo haga. Hoy muchos periodistas me decían que esto

no lo sabían, es decir, que la sesión especial la había pedido el bloque justicialista porque queríamos tratar el tema. Y no pedimos esta sesión para hacer algún tipo de chisnema. La pedimos porque, dada la naturaleza del tema, queríamos que se tratara exclusivamente esto. Por eso deseábamos que así se decidiera en la reunión de presidentes de bloque.

Lamentablemente, nuestro criterio no fue compartido. Ya ayer hubo un intento de sesión para la cual no vinimos porque no respondía a las reglas establecidas con anterioridad, según las cuales todas las reuniones debían realizarse previo convenio en la reunión de presidentes de bloque, que hace las veces de Comisión de Labor Parlamentaria en este Senado.

Es cierto lo que recordaba el señor senador por Catamarca: habíamos quedado de común acuerdo en sesionar en febrero. Pero pedimos una sesión especial precisamente porque queremos este debate y porque tenemos interés en que se apruebe el proyecto de ley, ya que creemos que es lo más conveniente a los intereses nacionales y a los de la comunidad internacional.

En segundo término, quiero hacer una aclaración. No hemos venido, señor presidente, a discutir si las naves que están en el Golfo Pérsico deben quedarse o volver. Hemos venido a debatir un proyecto de ley que plantea exclusivamente la cuestión de si esas naves van a responder, o no, al requerimiento que nos formulan las Naciones Unidas, requerimiento que no fue dirigido a la Argentina solamente, ni tampoco exclusivamente a Estados que están colaborando con el de Kuwait, al cual quiere hacer desaparecer otra potencia. Es un pedido que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas les ha hecho a todos los Estados miembros para que apoyen a aquellas naciones que están interviniendo directamente en el conflicto del Golfo Pérsico.

De tal modo que aquellos que dicen que queremos rehuir el debate porque si se vota en contra las naves vuelven están informando mal a la opinión pública. Si el Congreso no aprobara el proyecto, la única consecuencia sería que las naves podrían seguir actuando dentro del marco de la resolución 661 de las Naciones Unidas, que es el marco dentro del cual están actuando ahora, es decir, controlando la vigencia de las sanciones económicas impuestas a Irak, que no han sido dejadas sin efecto. Precisamente, he escuchado, como parte de esta campaña de confusión, a un señor diputado que decía que esas sanciones ya no tienen sentido, y oíéndolo decir que la resolución 678 de las Naciones

Unidas dice expresamente que conservan su vigencia todas las resoluciones anteriores; entre ellas, la resolución 661, que está cumpliendo la República Argentina con esas dos naves que están actuando en la zona del Golfo Pérsico, o más bien en el golfo de Omán. Tenemos que aclarar esto, señor presidente, porque debemos informar a la opinión pública. No le podemos cambiar el libreto para que tome una determinada posición.

En tercer término, tenemos que dejar perfectamente aclarado que no estamos participando en una opción de paz o guerra. No hay duda de que la Argentina está por la paz. Sin embargo, algunos creen que nosotros estamos por la guerra. Este proyecto de ley está encuadrado en el marco de lo dispuesto por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que busca la solución de los conflictos por medios pacíficos, o en su defecto que sean lo menos cruentos que se pueda.

De ninguna manera se propone como primera medida la adopción de actitudes bélicas.

Dije esto, señor presidente. Tenemos que recordar un poco cómo ha sido este envío de las naves argentinas y por qué están en el golfo. Como dije hace unos momentos, esta medida fue dispuesta por resolución del Poder Ejecutivo. Y aquí vino la gran controversia acerca de si iban como fuerza de paz o de guerra. Para decirlo con otras palabras —como lo menciona la Carta de las Naciones Unidas—, como fuerzas de intervención —artículo 43—.

En aquella oportunidad nosotros habíamos sostenido y fundamentado por qué iban como fuerzas de paz. En primer lugar, habíamos encuadrado esta acción dentro del marco de la Carta de las Naciones Unidas, recordando cómo desde su preámbulo en adelante imponía a los Estados miembros la obligatoriedad de ciertas acciones para prevenir el flagelo de la guerra y para evitarla. Dijimos entonces cómo estábamos apoyando estas medidas que tendían a convenir al Estado invasor de que depusiera su actitud de querer hacer desaparecer de la faz de la Tierra por un acto de fuerza a otro Estado libre y soberano como el de Kuwait; pequeño, con pocos habitantes, pero tan respetable como todos los países que integran la comunidad internacional.

Señor presidente: en aquella oportunidad habíamos citado todas las resoluciones de las Naciones Unidas que justificaban esta intervención, así como también todas las medidas de la carta orgánica de ese organismo en las cuales se encuadraba esta acción del gobierno argentino. Recordábamos que el preámbulo se refería a la

necesidad de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra y que el artículo 1º, punto 1, establece como propósito de las Naciones Unidas mantener la paz y la seguridad internacionales y con tal fin tomar medidas colectivas eficaces para prevenir y eliminar amenazas a la paz y para suprimir actos de agresión u otros quebrantamientos de la paz y lograr por medios pacíficos y de conformidad con los principios de justicia y del derecho internacional el ajuste o arreglo de controversias o situaciones internacionales susceptibles de conducir a quebrantamientos de la paz.

También recordaba, señor presidente, que el artículo 2º, punto 5, de la carta de San Francisco —que es la Carta de las Naciones Unidas— establece que los miembros de dicha organización le prestarán toda clase de ayuda en cualquier acción que ejerza de conformidad con esta carta y se abstendrán de dar ayuda a un Estado alguno contra el cual la organización estuviese ejerciendo acción preventiva o coercitiva.

Por otra parte, el artículo 41 de la Carta establece que el Consejo de Seguridad podrá decidir qué medidas que no impliquen el uso de la fuerza armada han de emplearse para hacer efectivas sus decisiones y podrá instar a los miembros de las Naciones Unidas a que apliquen dichas medidas, que podrán comprender la interrupción total o parcial de las relaciones económicas y de las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, radioeléctricas y otros medios de comunicación, así como la ruptura de las relaciones diplomáticas.

Ante la invasión y posterior anexión de Irak sobre Kuwait, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó las decisiones en base a estas disposiciones de su Carta Orgánica. Entonces instó a todos los Estados a que colaboren para hacer efectivas estas medidas; y la Argentina respondió a ese requerimiento, como lo hicieron otras muchas naciones —las que pudieron— para garantizar la vigencia de la paz.

Esas medidas tenían por objetivo tratar de evitar que ocurriera esto que desgraciadamente está sucediendo ahora, haciéndole ver a la potencia agresora que la ley del más fuerte no puede seguir teniendo vigencia en el orden internacional, y que por primera vez —y es importante destacar esto, señor presidente— desde la creación de las Naciones Unidas, la comunidad internacional reaccionó en forma prácticamente unánime frente a una agresión que tendía, nada más ni nada menos, que a hacer desaparecer como nación a uno de sus Estados miembros.

«Allí fueron las naves argentinas; lo hicieron para cumplir con ese pedido, que era un requerimiento que hizo la máxima comunidad internacional.

«Precisamente, por eso se dictaron las consabidas resoluciones; concretamente, desde la 660 en adelante. Justamente, la resolución 660 exigía a Irak el retiro inmediato e incondicional del territorio de Kuwait, y las siguientes fueron estableciendo una serie de medidas al respecto.

«En este sentido ya hice mención de la resolución 661 que estableció el embargo comercial. Las restantes, fijaban medidas complementarias.

«Así, salieron nuestras naves, con algunas críticas de la oposición, que sostenía que partían hacia la guerra. Hasta el día de ayer, señor presidente, hasta que se desató el conflicto, puedo decir con orgullo que las naves argentinas cumplieron una misión de paz. Nadie podrá decir, sin temor a incurrir en una mentira, que algún acto de alguna de las naves argentinas constituyó un acto de guerra o de agresión. Han controlado más de quinientas naves y no han disparado un solo tiro; no han tenido un solo incidente y han sido respetadas y se han hecho respetar. No han causado heridas a nadie y hoy, gracias a esa presencia argentina en el golfo Pérsico, podemos decir con legítimo orgullo que la Nación Argentina no ha contribuido a salvar vidas sólo de argentinos que querían salir de la zona y que no lo podían hacer por ningún otro medio, sino también de personas de otras naciones, quienes se han visto beneficiadas por este accionar.

«Precisamente, ayer, un avión de la Fuerza Aérea Argentina pudo llegar hasta la zona del conflicto, donde había argentinos, brasileños, venezolanos y chilenos que querían escapar de ese territorio. Y pudo ir hasta ese lugar porque se respetó la presencia argentina en la zona. Fue una de las pocas naciones a la que se le concedió el derecho de sobrevuelo sobre territorio en conflicto. Así, han salvado vidas humanas.

«Por consiguiente, si alguna duda queda acerca del sentido de la misión de paz que llevaban nuestras naves, creo que esto que acabo de señalar constituye el mérito más rotundo para quien se atreve a hacer una afirmación en contrario a ese sentimiento de paz.

«Y están dispuestas a seguir colaborando de esa manera. Hoy iban a evacuar a otros argentinos y latinoamericanos que estaban en la zona,

pero que han preferido quedarse por el momento, porque el desarrollo de los acontecimientos hace presumir que el conflicto puede terminar felizmente muy pronto, en cuyo caso no sería necesaria la evacuación.

«Entonces, señor presidente, luego de más de dos meses de actuación de las naves argentinas, creo que no caben dudas respecto de lo que dijimos en aquella oportunidad que iban a actuar como una fuerza de paz. Esto ha quedado demostrado por los hechos y no les hemos dado motivo a todos aquellos que sostenían lo contrario.

«En aquella ocasión también habíamos hecho algunas afirmaciones respecto del papel que quería jugar la Argentina en este nuevo orden internacional que está surgiendo en el mundo. Decíamos que el escenario había cambiado, que se estaban produciendo transformaciones: regímenes totalitarios que caían, países que se liberaban, muros que se derrumbaban y no sólo en un sentido material sino también en uno ideológico y espiritual.

«Este mundo requería un nuevo orden internacional y en ese nuevo orden la Argentina quiere ser protagonista.

«Es muy fácil, señor presidente, adoptar la actitud que implica decir: "Somos respetuosos del orden internacional. Nos enorgullecemos de ser miembros de las Naciones Unidas".

«Todos los años vamos a las Naciones Unidas a reclamar nuestros derechos y a hacer oír nuestra voz; van nuestros embajadores y nuestros presidentes.

«Ahora bien, ¿qué pasa cuando Naciones Unidas dicta resoluciones como la que ha dictado en este caso en el cual hay una flagrante violación del derecho internacional? Por primera vez en un tema de esta naturaleza ninguna de las grandes potencias ejerció el derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Esto constituye un hecho inédito. Antes, cuando los Estados Unidos de América tomaban una actitud de este tipo, la Unión Soviética ejercía el derecho de veto. Cuando era ésta la que actuaba, Estados Unidos lo ejercía. Ahora, a la larga, comprendieron que ésa no era la forma de preservar la paz.

«En este nuevo orden internacional yo decía que la Argentina quiere ser protagonista. Decir: "Apoyamos las resoluciones de Naciones Unidas pero que las cumplan otros" es una actitud facilista que en muchos casos llevó al aislamiento de algunos países, entre ellos de la Argentina; nos llevó al aislamiento de la comunidad internacional.

Por eso debemos darnos cuenta de que están cambiando también los conceptos en materia de derecho internacional.

Aquí se ha criticado el hecho de que la Argentina haya dejado de lado una larga tradición en materia de neutralidad. Pero debemos entender bien qué significa ese concepto de neutralidad.

Ser neutrales tenía sentido cuando había dos bloques que se disputaban la hegemonía del mundo y entonces, cuando había un conflicto, por supuesto, que la Argentina tenía que ser neutral porque no estaba con unos ni con otros. Esto nos lo enseñó el general Perón con su magnífica doctrina de la tercera posición, la que tuvo un desarrollo extraordinario.

Yo me pregunto ahora: ¿se puede ser neutral cuando la comunidad internacional organizada ha dicho que aquí hay una agresión ilegítima? Se lo ha dicho a los invasores: "Les exigimos que dejen vivir a ese Estado libre e independiente. Retírense; les damos todas las oportunidades; han segado vidas, han tomado rehenes que utilizaron como escudos humanos; cesen en este comportamiento". Entonces yo me pregunto, señor presidente, ¿puede la Argentina ser neutral frente a ese llamado?

Yo lo decía en aquella oportunidad y hoy, ya desatado el conflicto, sucede que los países que intervienen en él no han tenido la necesidad de declarar la guerra dado que están actuando en cumplimiento de una resolución de las Naciones Unidas que los ha autorizado a liberar a Kuwait.

Fijense cómo cambian los conceptos: no hace falta declarar la guerra ya que han sido las propias Naciones Unidas las que han dicho: "Vayan y saquen al invasor; nosotros lo autorizamos y además pedimos a todos los Estados del mundo que colaboren para que se realice ese desalojo". Esto es lo que está pasando ahora.

Es por estos motivos que cuando se habla de neutralidad y de declaración de guerra nosotros tenemos que entender que no sólo ha cambiado el mundo sino que también están cambiando los conceptos. Se hace necesario elaborar una nueva teoría del derecho internacional, a la luz de este nuevo orden internacional que anoche ha tenido su bautismo de fuego, cuando se inició la liberación de Kuwait.

Cuando ya se intuía esto que está ocurriendo y cuando las Naciones Unidas fijaban como plazo el 15 de enero para que Irak cese en su agresión, nuestro Poder Ejecutivo —que había dicho en aquella oportunidad que las naves enviadas no iban a realizar ningún acto de guerra

ni de agresión, que no iban a participar si no era con la debida autorización del Congreso— se anticipó a enviar este proyecto de ley que hoy estamos tratando.

Es por esto que somos coherentes. En aquella oportunidad decíamos que íbamos como fuerzas de paz. Actualmente las naves están actuando como tales, pero ante el cambio de escenario y debido al pedido de las Naciones Unidas de que se apoye a las países que están interviniendo directamente en el conflicto, se solicita autorización para que el Poder Ejecutivo pueda ordenar a esas naves que realicen lo que se ha denominado el apoyo logístico, lo que no significa atacar a nadie. Este es otro de los conceptos que debemos dejar bien en claro. Dentro de la inteligencia de este proyecto de ley las naves argentinas no van a atacar. Son naves armadas pero no van a atacar sino a brindar el apoyo que piden las Naciones Unidas en el párrafo tercero de la resolución 678.

Es porque se entiende que este apoyo logístico puede considerarse un acto beligerante, que se solicita esta autorización al Congreso. El Poder Ejecutivo, al hacerlo, está actuando dentro de un marco de juridicidad innegable, dentro del marco de la Constitución.

Mientras tanto, nuestras naves siguen estando allá, con sus cuadros profesionales, contrariamente a lo que algunos han dicho por ahí, que se han enviado soldados conscriptos. Únicamente fueron cuadros profesionales, aquellos que están haciendo la carrera de las armas y no los ciudadanos que deben hacer el servicio militar como una carga pública.

En este momento ese personal está fuera del teatro de operaciones propiamente dicho, a más de mil kilómetros de las fronteras de Irak. Más precisamente se encuentra en el golfo de Omán, cumpliendo aquella resolución que mencionábamos hace algunos momentos. Entonces, repito, está fuera de la posibilidad del alcance del armamento de la potencia agresora.

En consecuencia, señor presidente, la autorización que está pidiendo el Poder Ejecutivo no sólo se inscribe dentro del marco de la Carta de las Naciones Unidas sino también de las resoluciones que ha dictado el Consejo de Seguridad y, por supuesto, también dentro de lo que marca nuestra Constitución Nacional. Por eso ha venido aquí el proyecto de ley que hoy tratamos.

A modo de síntesis he querido reflejar en forma concreta algunos de los conceptos que inspiran la filosofía del proyecto.

Antes de pasar a consignar algunas reflexiones finales creo que es útil que señalemos con-

cretamente de qué estamos hablando en lo que hace al marco jurídico y legal dentro del cual nos desenvolvemos.

A través de la resolución 678 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que fue votada por los doce países que la integran, con dos votos en contra —Yemen y Cuba— y una abstención —China—, dicho organismo ha manifestado: "Observando que, a pesar de todos los esfuerzos de las Naciones Unidas, el Irak, en abierto desacato del Consejo, se niega a cumplir su obligación de aplicar la resolución 660 (1990)... [recordemos que era la que exigía el retiro de las tropas irakíes de Kuwait]... y las resoluciones pertinentes que la siguieron y a que se hace referencia en el párrafo precedente, consciente de los deberes y obligaciones que le incumben con arreglo a la Carta de las Naciones Unidas en cuanto al mantenimiento y la preservación de la paz y la seguridad internacionales, resuelto a lograr el pleno cumplimiento de sus decisiones, actuando con arreglo al Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas... [capítulo al cual pertenecen las normas a las que hice referencia hace algunos momentos]... exige —como primer punto— que el Irak cumpla plenamente la resolución 660 (1990) y todas las resoluciones pertinentes que le siguieron... [precisamente aquí es donde se inscribe la actividad que desarrollan actualmente las naves argentinas]... y decide, como muestra de buena voluntad y al tiempo que mantiene todas sus decisiones, dar una última oportunidad a Irak para que lo haga", es decir para que proceda al retiro de sus tropas de Kuwait.

Por otro lado, creo que es importante hacer una distinción, dado que existen dos párrafos perfectamente diferenciados en la resolución 678.

El párrafo segundo autoriza a los Estados miembros que cooperan con el gobierno de Kuwait para que, a menos que Irak cumpla plenamente para el 15 de enero de 1991, o antes, las resoluciones que anteceden, como se indica en el párrafo 1º de la resolución, utilicen todos los medios necesarios para hacer valer y llevar a la práctica la resolución 660 del Consejo de Seguridad y todas las resoluciones pertinentes que le siguieron, y para restablecer la paz y la seguridad internacionales en la región. Es decir que este párrafo autoriza a los países que cooperan con Kuwait a que hagan uso de todas las medidas necesarias para conseguir que Irak desaloje Kuwait. Y el párrafo tercero pide concretamente a todos los Estados que proporcionen apoyo adecuado para las medidas que se adopten de conformidad con el párrafo segun-

do de la resolución. Es decir que el párrafo segundo autoriza, y el párrafo tercero pide, a los Estados miembros —y la Argentina es Estado miembro— que colaboren con las medidas que se adopten de conformidad con el párrafo segundo.

Es en este contexto donde se inscribe el proyecto de ley que estamos considerando. Por eso sostenemos que se encuadra perfectamente en el marco de las resoluciones dictadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

En consecuencia, señor presidente, no cabe duda de que en estos momentos la Argentina no hace más que reafirmar su pertenencia orgánica a la comunidad internacional y está respondiendo al pedido que en ese sentido le ha formulado el Consejo de Seguridad, como lo han hecho otros veintiocho países que están actuando en la región que en estos momentos es objeto de la preocupación de toda la comunidad internacional.

Yo había anotado algunas reflexiones sobre esta hora difícil que vive el mundo y esta decisión que tenemos que adoptar. El Senado se reúne en momentos en que el mundo asiste a un grave enfrentamiento armado en la zona del Golfo. En esta hora crítica ningún país puede permanecer indiferente, y el Congreso de la Nación tiene la responsabilidad de decidir qué papel debe seguir cumpliendo la República Argentina. Muchas veces se ha dicho con certeza que nos encontramos en los albores de un nuevo orden internacional, fundado en la cooperación y no en la confrontación. Esta auspiciosa alternativa corre el riesgo de verse frustrada si actitudes como la de Irak consiguen prosperar, si el mundo permanece impotente frente a la más flagrante violación de las normas internacionales luego de la Segunda Guerra Mundial.

La invasión y posterior anexión de Kuwait por parte de Irak plantea la posibilidad concreta de la desaparición lisa y llana de un país miembro de las Naciones Unidas por obra de otro país. Desde el comienzo mismo de la crisis del Golfo el gobierno argentino asumió una posición firme en defensa de los principios del derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas. Esta actitud se tradujo en el respaldo inequívoco a las decisiones del Consejo de Seguridad sobre el tema. Con claridad el gobierno nacional apoyó e hizo suya la resolución 660, adoptada el mismo día de la invasión, el 2 de agosto de 1990, que condenó el hecho y exigió que Irak retirara de inmediato e incondicionalmente todas sus fuerzas de Kuwait.

Nuestro país adhirió luego al embargo obligatorio contra Irak dispuesto por la resolución 661, y de conformidad con la resolución 635 del Consejo dispuso el envío de una fuerza naval a la región del Golfo para cooperar y contribuir a asegurar el cumplimiento de dicha sanción.

Esta grave medida propuesta por el Consejo de Seguridad representó un primer paso concreto en la serie de acciones destinadas a poner presión política y económica sobre el régimen de Bagdad y obtener el retiro pacífico de las tropas iraquíes.

Como se recordará, el envío de naves al Golfo fue dispuesto por el Poder Ejecutivo mediante el decreto L871/90, en uso de sus atribuciones constitucionales. En efecto, dichos buques fueron destacados en el golfo Pérsico en función de las normas establecidas en la Carta de las Naciones Unidas y, como vengo sosteniendo, en las resoluciones del Consejo de Seguridad antes mencionadas, que no contemplaban todavía la posibilidad de acciones militares en contra de Irak.

La fuerza argentina fue enviada al Golfo como fuerza de paz, con el propósito fundamental de colaborar con la comunidad internacional en la difícil tarea de persuadir al gobierno iraquí de retirarse del territorio de Kuwait. Ese constructivo propósito continúa inspirando nuestra presencia en el Golfo.

Durante el debate realizado en este mismo cuerpo —como recordaba hace momentos— el 26 de septiembre, el Senado analizó en profundidad la crisis y sus implicancias y entendió por mayoría que el Poder Ejecutivo había actuado dentro de sus facultades. En esa ocasión tuve oportunidad de referirme en profundidad a los fundamentos de la posición argentina y a la acertada posición del Poder Ejecutivo. Sostuve que el artículo 67 de la Constitución Nacional nunca había sido ni podía ser interpretado literalmente, y que la aprobación dada por el Congreso de la Nación a la Carta de las Naciones Unidas importaba en alguna medida una autorización anticipada del Congreso al Poder Ejecutivo para tomar todas las medidas necesarias a fin de satisfacer la obligación de cumplir las decisiones del Consejo de Seguridad.

El embargo creó la expectativa concreta de que a través de la sola presión política y económica sería posible persuadir a Irak de retirarse del territorio de Kuwait. En todo momento la primera opción de la comunidad internacional fue la de la utilización de medios que no implicaran el uso de la fuerza, pues a nadie esca-

pan —y nadie en su sano juicio puede desear— los efectos gravísimos de una confrontación internacional como la que se ciernen hoy sobre el mundo.

No obstante tener conciencia de las gravísimas consecuencias de su conducta ilegal, en los pocos meses que siguieron al 2 de agosto fue evidente que las autoridades de Bagdad no tuvieron la intención de cumplir las resoluciones del Consejo de Seguridad y mantuvieron su actitud de abierto desafío al derecho internacional. Esta posición intransigente fue acompañada de una serie de medidas ilegales contra ciudadanos y representantes extranjeros que contribuyó a agravar la crisis —la toma de rehenes, la utilización de civiles como escudo defensivo de probables objetivos militares, la violación de inmunidades diplomáticas garantizadas por convenciones internacionales de las que Irak es parte, y una actitud general de inflexibilidad y desafío a las Naciones Unidas— y sirvió para aumentar la tensión y reducir sensiblemente el espacio necesario para una solución negociada.

En vista de la intransigencia de Irak, el 29 de noviembre el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó la mencionada resolución 678 por la que se dio plazo a ese país hasta el 15 de enero para retirarse de Kuwait, y autorizó el uso de la fuerza contra Bagdad en caso de que no cumpliera con esa obligación.

Hoy enfrentamos la grave circunstancia de que ese plazo se ha cumplido sin que Irak haya satisfecho el requerimiento del Consejo de Seguridad. Lamentablemente, la conducta iraquí ha llevado al mundo a esta confrontación cuyos efectos, seguramente, se harán sentir más allá de la región estricta del conflicto armado, y se extenderán en el tiempo al mediano y largo plazo.

Pero hemos llegado a esta situación, señor presidente, no sin que antes se hayan agotado todas las opciones, además de las mencionadas, para que el gobierno iraquí comprenda que la ley del más fuerte ha dejado de tener vigencia en el orden internacional. Se han realizado todos los esfuerzos diplomáticos posibles; se han propuesto reuniones en las que han intervenido líderes mundiales; prácticamente se le ha rogado a este personaje que lidera Irak que cese en el empleo de la fuerza y su agresión ilegítima a un Estado libre e independiente.

Lamentablemente, no tuvimos los resultados esperados por toda la comunidad internacional. Y el gobierno argentino no puede permanecer indiferente frente a un problema de esta magnitud. Así lo ha entendido desde un principio y todas sus acciones se han inspirado en el con-

vencimiento de que la Argentina tiene, incluso, la obligación de contribuir concretamente, en la medida de sus posibilidades, a la defensa del orden internacional contemplado en la Carta de las Naciones Unidas.

El proyecto de ley que hoy analizamos busca canalizar esa responsabilidad a través de una respuesta concreta a un pedido expreso de asistencia del Consejo de Seguridad, contenido en la resolución 678.

Vale la pena señalar, señor presidente y señores senadores, que la resolución 678 constituye un hito en la historia de las Naciones Unidas, pues es la primera oportunidad en que la organización internacional autoriza la utilización de la fuerza contra un Estado miembro. Esta medida extrema refleja la gravedad de la crisis que enfrenta hoy el mundo como consecuencia de la conducta ilegal y de la inflexibilidad de la dirigencia iraquí. Al mismo tiempo, es representativa de la unidad sin precedentes alcanzada por los miembros de la comunidad internacional en el rechazo de la invasión a Kuwait.

Ya tuve oportunidad de analizar los párrafos segundo y tercero de la resolución 678 y he señalado cuáles son los Estados que actúan en función de cada uno de esos párrafos. Ahora, es legítimo preguntarse en qué consiste y cuál es la medida de asistencia que debe proporcionar cada Estado; es decir, qué Estado puede actuar en función del párrafo segundo y cuál puede hacerlo en función del tercero.

Por supuesto, la doctrina sostiene que las medidas de ayuda deben ser amplias y suficientes para contribuir de una manera eficaz al logro del objetivo que se proponen las Naciones Unidas. En el caso concreto de la crisis del Golfo, la ayuda debe apuntar a que Irak se retire de Kuwait.

Ya hemos visto, señor presidente, que no quedó otro remedio que el uso de las medidas directas, las medidas de fuerza. En este punto cabe subrayar que cuando hablamos de la asistencia mutua entre los miembros de las Naciones Unidas con respecto a las resoluciones del Consejo de Seguridad hablamos de un deber y de una obligación.

Esto es importante porque alguien podría perfectamente argumentar que si teniendo naves en la zona del Golfo la Argentina optara ahora por retirarse, retaceando la colaboración solicitada por la Carta y por el párrafo tercero de la resolución 678, estaría explícitamente omitiendo cumplir una obligación internacional principal en este momento crucial del mundo.

Todos estos puntos quedan explícitamente reflejados en el proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo. Además, una vez aprobado, seguramente dicho poder se asegurará de que la fuerza actúe dentro del marco establecido por el párrafo tercero de la citada resolución. Ello se verá facilitado por el hecho de que en todo momento la fuerza seguirá respondiendo a un mando único nacional. Y quiero que esto quede claro: las naves argentinas no han respondido, ni responden, ni responderán a ningún mando que no sea el de las autoridades argentinas, o sea al comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la República Argentina. Y lo único que hacen con las otras fuerzas que actúan en la misma condición que las naves argentinas son tareas de coordinación. En ningún momento quedan sujetas ni subordinadas a ningún otro mando que no sea el nacional que encabeza el comandante en jefe de las fuerzas armadas argentinas, que es el presidente de la Nación.

Por otro lado, el Poder Ejecutivo ha manifestado que las naves operarán en un área geográfica alejada del teatro del conflicto; esto ya lo he explicado detalladamente. También se ha dicho que las actividades de las naves se vinculan con el apoyo logístico a las fuerzas internacionales. Sólo se contempla la posibilidad del uso de la fuerza con propósitos defensivos; como dijo hace un momento, las naves no van a atacar. Sólo van a defenderse en caso de que sean atacadas.

Lo que está en juego en el Golfo es mucho más que un serio conflicto de intereses y posiciones internacionales. Es la credibilidad y la eficacia del sistema de seguridad colectivo de la Carta de las Naciones Unidas en su conjunto. Ese sistema obliga a los Estados a respetar escrupulosamente los derechos fundamentales de los países y de los individuos. Es la única garantía de un orden internacional inspirado en la justicia y fundado en la ley.

La vigencia de ese orden es esencial para que los países como el nuestro puedan realizar su destino de grandeza. Necesitamos paz, estabilidad y reglas de juego claras. Un mundo como el que propone Irak, fundado en la ley del más fuerte, es inequívocamente contrario a nuestros genuinos intereses.

Por ello no puedo compartir ese argumento que dice: "¿Qué tiene que ver la Argentina con esta guerra?". Yo digo que si tenemos que ver con la paz del mundo, si este Congreso ha adoptado por ley la Carta Orgánica de las Naciones Unidas y nos sometemos a sus normas y resoluciones, ¿cómo no vamos a tener que ver

cuando en otras partes del mundo hay un Estado que ha sido prácticamente arrasado y a sus ciudadanos se les niegan los derechos más elementales, como está sucediendo ahora en Kuwait?

**Sr. León.** — ¿Me permite una interrupción, señor senador?

**Sr. Menem.** — Sí, señor senador.

**Sr. León.** — Usted dio el ejemplo de que por primera vez las Naciones Unidas han hecho una síntesis en sus actitudes, haciendo privar el derecho sobre la fuerza. Como usted dijo recién, esto ha sucedido por primera vez en los años de vida de las Naciones Unidas.

El problema es que esa actitud, que parece ética e importante, en alguna medida estuvo alentada por quienes nutrieron de armas a Irak —lo que nosotros condenamos— y son los mismos que ahora reclaman la victoria del derecho sobre la fuerza.

Por otra parte, en Naciones Unidas, en el caso de Malvinas todavía aparece derrotado el derecho por la fuerza.

Lo agradezco, señor senador.

**Sr. Menem.** — El señor senador sabe que en esta causa de Malvinas nosotros estamos en la misma trinchera y hemos ido a numerosas reuniones internacionales donde hemos defendido el derecho de la Argentina sobre las islas. Sobre este tema no tenemos ninguna discrepancia.

Reflexiono en torno de las palabras del señor senador y creo que si hubiera existido este nuevo orden internacional que ahora estamos queriendo apoyar cuando los ingleses usurparon nuestras Malvinas, quizás no hubieran podido hacerlo porque toda la comunidad internacional habría reaccionado como ahora está reaccionando. Es cierto que esta nueva actitud llegó tarde en nuestro caso; pero aun así es preferible que esto ocurra. Para que no tengamos que lamentar en el futuro nuevos casos como el de Malvinas y otros tantos de agresión como los que hemos venido soportando los países más pequeños a lo largo de estos últimos años, es que apoyamos virtualmente la vigencia de este nuevo orden internacional en el cual la Argentina quiere dejar de ser espectador para convertirse en verdadero protagonista de un sistema de seguridad internacional que está en sus comienzos y que ha tenido su bautismo en estas horas. Esperamos que de aquí en más esto sirva como un freno para todos aquellos que hacen de la fuerza la única bandera del derecho que reclaman.

**Sr. Brasesco.** — ¿Me permite, señor senador?

**Menem.** — Le permito, señor senador.

**Sr. Presidente.** — La Presidencia ruega a los señores senadores que no soliciten interrupciones. Existe una lista de oradores...

**Sr. Brasesco.** — La solicito para efectuar una pequeña reflexión. El doctor Menem me da permiso.

**Sr. Presidente.** — Sí, pero la Presidencia no autoriza interrupciones porque hay que ordenar el debate.

**Sr. Juárez.** — Muy bien.

**Sr. Brasesco.** — Está ordenado.

**Sr. Presidente.** — No quiero que se desordene.

**Sr. Menem.** — Quiero colaborar con la Presidencia y como ya estoy prácticamente terminando voy a pronunciar mis reflexiones finales.

**Sr. Brasesco.** — Es una barbaridad.

**Sr. Menem.** — Vea, señor senador, lo de la barbaridad...

**Sr. Brasesco.** — No, no es para usted.

**Sr. Menem.** — Estamos haciendo un debate con altura.

**Sr. Brasesco.** — Quería acompañarlo a usted en algunas cosas.

**Sr. Cass.** — De paso, descansaba.

**Sr. Menem.** — Señor presidente: cuando interveníamos en la recordada sesión del 26 de septiembre citamos al jefe del gobierno de España, Felipe González, a quien se le habían planteado similares objeciones a las que se le formularon al gobierno argentino cuando decidió enviar naves.

Decía Felipe González: "Es verdad que nos jugamos, en la resolución de este conflicto, es verdad que nos jugamos el funcionamiento del orden internacional de la posguerra fría. Y es del interés de todos que ese funcionamiento esté garantizado por el mecanismo multilateral de las Naciones Unidas. Pero también es necesario reconocer por todos que, cuando algunos países asumen mayor responsabilidad que otros, no es fácil hacer una crítica que no sea la tentación demagógica de decir que se está de acuerdo con los principios pero en desacuerdo con su aplicación en la práctica". Repito estos conceptos: que se está de acuerdo con los principios, pero no con su aplicación en la práctica, "tentación demagógica".

He querido recordar lo que decía el presidente de España, porque sé que muchos van a replicar diciendo: "¿Cómo es que la Argentina interviene y otros países no? ¿Por qué algunos sí y otros no?". Esto depende de la forma como cada país o gobierno quiera asumir la responsabilidad de salvaguardar el orden internacional, los principios y la filosofía de este nuevo orden internacional que nosotros desde esta parte austral del mundo estamos apoyando con toda la



fuerza; y no para la guerra sino para la paz; para que cese una agresión ilegítima y para que de aquí en más todos aquellos que quieran hacer uso de la fuerza sepan que hay una comunidad internacional que va a responder cada vez que se levante un arma para conculcar el derecho de la comunidad internacional o de cada ciudadano que vive en un país que, por más pequeño que sea, tiene el derecho de ser respetado al igual que aquel que vive en el país más poderoso.

Por todas estas consideraciones, señor presidente, solicito el voto favorable de este Senado de la Nación al proyecto de ley en consideración.

**Sr. Presidente.**—Tiene la palabra el señor senador por el Chubut.

**Sr. Solari Yrigoyen.**—Señor presidente: el bloque de la Unión Cívica Radical llega a este debate como lo hace habitualmente, con los mejores deseos y anhelos. No es nuestra intención limitarnos a rebatir las opiniones que ha vertido el señor senador vocero del bloque justicialista. Aunque él no hubiera hablado, igualmente la Unión Cívica Radical diría lo que tiene que decir. Nuestra posición está avalada por toda una historia en materia de política internacional. Y debo expresar que no la fijamos de contragolpe por las posturas que puedan tener otros partidos así sean mayoritarios, como ocurre en este momento con el justicialista. Actuamos impulsados por nuestras propias ideas y movidos por nuestros ideales.

Desde ya que las afirmaciones que hagamos los representantes del radicalismo en esta sesión no tienen la intención de menoscabar las aspiraciones sanas y patrióticas que puedan tener quienes disientan de nosotros. No pensamos nunca que tenemos el patrimonio absoluto de la verdad. Si creemos que tenemos ideas claras y coherentes que queremos volcar en este debate para enriquecerlo y poderle dar al país y en consecuencia al mundo, que en este momento está asistiendo al comienzo de una guerra, nuestra contribución en favor de la paz.

Es cierto que este debate que hoy encaramos es en alguna medida la prolongación del realizado en la noche del 26 al 27 de septiembre último. Pero aquél no fue el que nosotros queríamos tener sobre un tema tan trascendente, puesto que fue un debate tardío y de traspase. Recuerdo que la sesión se interrumpió muy tarde. No juzgo las intenciones pero sí sé que de esa forma se logró que no se tuviera eco en la prensa. Y esto ocurrió no por mala voluntad del periodismo sino en razón de que ese poder

tiene sus reglas de juego, sus horarios y no puede para las ediciones para adecuarse a un debate forzosamente hecho a la medianoche.

Entiendo que con ese proceder los representantes de este cuerpo declinamos en parte nuestras atribuciones. Nosotros tenemos funciones militares que nos da la Constitución Nacional; tenemos funciones para determinar cuándo entramos en guerra y cuándo celebramos tratados de paz. No voy por qué tuvimos que hacer un debate chico, oscuro, casi clandestino diría. Dicho debate fue guiado por una estrategia que no la ideó la Unión Cívica Radical. Fue la estrategia que impuso el bloque de la mayoría porque tenía y sigue teniendo el número suficiente para ello. Pero esa estrategia no nos perjudicó solamente a los radicales, que vimos disminuida la difusión de nuestras ideas; y de nuestras críticas; nos lesionó a todos: a los justicialistas, a los partidos provinciales, a todos los bloques que integramos este Senado, y a la institución misma también, por cuanto la gente se pregunta cuando ocurren tales hechos cómo puede el Parlamento estar al margen de los temas que conmueven a la opinión pública, como lo hizo en aquel entonces el envío de tropas argentinas al golfo Pérsico. También hicimos aquel debate con posterioridad a la partida de las tropas, lo que contribuyó a disminuir su valor.

El Parlamento debe afirmar siempre sus derechos; no los radicales del Parlamento sino el Parlamento con mayúsculas, todos los bloques. Si procedemos así, si ejercemos las atribuciones que nos otorga la Constitución Nacional, le daremos prestigio y brillo al cuerpo que integramos y tendremos también plena credibilidad ante la opinión pública, ante el pueblo y las provincias que representamos.

Pienso que el de hoy también es un debate tardío. La guerra ha comenzado anoche. Los radicales queríamos que la discusión se hubiera hecho ayer. Veinticuatro horas en circunstancias normales no alteran las cosas. Sin embargo, ayer no había comenzado la guerra; hoy ha empezado.

Nos hicimos presentes en la sesión de tablas; queríamos que vieran nuestros amigos del justicialismo y de los partidos provinciales que, con excepción del señor senador por Corrientes, Romero Ferris, tampoco estaban presentes. No queríamos ponerlos en la silla de los acusados sino volcar nuestras inquietudes y decirlo al pueblo cuál es la posición de los parlamentarios argentinos. Por eso me permito decir que éste es un debate tardío.

No voy a disentir de todo lo que ha dicho el señor senador por La Rioja en nombre del bloque mayoritario. En muchas cosas coincidimos: en la interpretación de los nobles propósitos que tiene la Carta de las Naciones Unidas, en la condena a Irak, en las ansias de paz que tiene la humanidad. Pero este cuerpo no sustituye al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Acá no estamos para disentir lo que se debatió en Nueva York. Estamos para resolver otra cosa, que es la participación que tendrá la Argentina en este conflicto armado.

Seguramente tendremos muchas coincidencias en materia de lineamientos internacionales, a lo mejor más de las que podemos señalar hoy en forma sucinta, en razón de la brevedad con que tenemos que exponer. Pero lo cierto es que el mundo hoy está en guerra. Y la guerra es una guerra, aunque no se la declare. Parecería que esto no tiene importancia. En los tiempos actuales muchas naciones entran en guerra sin declararla. Es en este contexto que tenemos que interpretar las normas de nuestra Constitución de 1853, que habla de "declarar la guerra o hacer la paz", porque hoy las guerras no se declaran: se hacen directamente. Lo que la Constitución ha querido es indicar la participación necesaria del Congreso en estos hechos que afectan la soberanía y la seguridad de la Nación.

En el debate de fines de septiembre los radicales fijamos claramente nuestra posición. No voy a repetir ahora todos los argumentos que dimos en aquel entonces, pero sí quiero señalar que fueron de forma y de fondo. Los primeros fueron muy importantes, puesto que se basaban en formalidades que surgen, nada más y nada menos, que de la Constitución Nacional, cuando el artículo 67, inciso 25, otorga a este Congreso la facultad de autorizar la entrada de tropas extranjeras en el territorio de la Nación o la salida del país de nuestras tropas. Es el único poder que tiene estas atribuciones.

Sé que también podríamos invocar el inciso 28 del mismo artículo, referente a los poderes implícitos del Poder Legislativo, el único poder que los tiene, pero no hace falta que entremos en esta segunda red argumental porque nuestra Carta Magna es muy clara y taxativa en este sentido para darle atribuciones al Congreso.

En aquel entonces, cuando el Poder Ejecutivo decidió mandar tropas al Golfo Pérsico, lo hizo sin la autorización del Parlamento, y valiéndose de decretos. Condenamos esa actitud y hoy tenemos que reiterar el mismo argumen-

to porque es el de la sana interpretación de la Constitución Nacional.

Por otro lado, no somos sólo los radicales los que pensamos así. Hay importantes órganos de prensa que nos acompañan a pesar de hallarse en otras áreas del pensamiento argentino diferentes de la nuestra. Las encuestas —no las quiero endiosar— también reflejan de alguna manera el pensamiento de nuestro pueblo que coincide en que la Argentina no debería participar de este conflicto y en que el Congreso debió haberse expedido en aquel entonces cuando partieron nuestras naves, nuestras tropas y aviones hacia el Golfo Pérsico.

Pero también dimos nuestras razones de fondo, porque no queríamos quedarnos en el razonamiento fácil de decir que nos oponíamos porque el Poder Ejecutivo no nos había consultado. Y señalamos que aunque el Poder Ejecutivo hubiera mandado un mensaje a este Congreso pidiendo la autorización para el envío de efectivos militares, también hubiéramos estado en contra. Teníamos argumentos de fondo para oponernos, como los tenemos ahora, y por eso hemos emitido un dictamen de minoría con extensos fundamentos.

Esta guerra en el Golfo Pérsico podrá ser una guerra oportuna o no. Creo que nunca se agotan los esfuerzos necesarios para evitarlas. Estoy consternado —y bajo los efectos de ese estado de ánimo es que hablo— por la conflagración que ha empezado anoche. Y tan consternado estoy que deseo que ya que la guerra existe, finalice en el menor tiempo posible con la victoria de los aliados para que así se derrame la menor cantidad de sangre y para que menos sean las víctimas.

La Argentina no es una gran potencia. La Argentina es un país en vías de desarrollo; es un país que sufre enormes dificultades económicas. En consecuencia, no podemos participar de todos los conflictos que se desatan en el mundo. Esta es una guerra que realizan las grandes potencias; y ellas tienen sus motivos para hacerlo. El mapa de los intereses de los Estados Unidos, por ejemplo, se confunde con el mapamundi. Eso no pasa con nuestro país. Nosotros no tenemos que ir a defender las vías de acceso de las reservas de petróleo que están ahí, en el Golfo Pérsico. Tampoco somos beneficiarios de ese gran Estado financiero internacional que es Kuwait. Muchos creen que la principal actividad económica de este emirato es la petrolífera, y sin embargo no es así. Lo fue hace unos años; pero ahora la principal actividad se centra en las empresas que domina

en todo el mundo. Tiene aproximadamente cien mil millones de dólares invertidos en Europa Occidental y en numerosas empresas de Estados Unidos.

Somos un país que pertenece a una región que es América latina; con ella tenemos compromisos, pero no podemos extenderlos a todo el mundo.

La guerra que se desató ayer está realizada por las grandes potencias. Los países que intervienen son muy pocos —apenas 28— con relación a los que integran las Naciones Unidas. Grandes potencias, como la Unión Soviética, China o Japón, no intervienen activamente en dicha guerra. ¿Y por qué debemos hacerlo nosotros?

Hemos quebrado con nuestra actitud bélica una larga tradición de política internacional de país independiente y soberano.

Este es un conflicto ajeno a nuestros intereses. No es cierto, como alguna vez se argumentó, que este conflicto nos traerá ventajas. Yo escuché decir esto, junto con muchos otros legisladores, al propio canciller en el Salón Rosado.

No quiero entrar en el cálculo mezquino de las ventajas. Pienso que con las guerras todos perdemos, absolutamente todos. Y lo cierto es que los acontecimientos posteriores a aquel debate del 26 de septiembre nos han dado la razón.

Hace poco vino a la Argentina el señor presidente de los Estados Unidos, George Bush. Durante su recorrida, visitó todas las repúblicas de América del Sur; y no hizo distinciones entre la Argentina, que mandó tropas, y los demás países que no las enviaron.

También hemos quebrado una vieja tradición de solidaridad regional. Nos largamos a intervenir en este conflicto sin coincidir con nuestros vecinos, sin siquiera consultarlos. Durante la última reunión que tuvimos con el señor canciller en el Salón Rosado, él nos dijo que diversos países del continente aplaudían la posición intervencionista de la Argentina. Yo le pregunté —hay versión taquigráfica de dicha reunión— cuáles eran esos países. Y el ministro me contestó que Colombia era uno y que por razones de Estado no me podía decir cuáles eran los demás. No acepté eso de las razones de Estado, pero estábamos para escuchar al canciller y no para discutir con él. Cuando desee venir para amadizar este tema, con todo gusto lo escucharemos y entonces confrontaremos diferentes ideas con el ánimo de encontrar las mejores síntesis. Pero para debatir está este recinto.

Da la casualidad de que Colombia fue uno de los primeros países que anoche se expresó públicamente condenando y lamentando esta guerra. Entonces, yo me pregunto cómo puede ser que haya aplaudido nuestra intervención. Lo cierto es que hemos quebrado nuestra posición latinoamericanista.

El presidente Bush no hizo distinciones cuando visitó nuestro continente y tuvo palabras de aliento para las democracias que logramos los pueblos en dura lucha.

En esa oportunidad escuchamos su discurso, señor presidente, que nos agradó porque le recordó al primer mandatario de Estados Unidos viejas falencias para con nuestras democracias. Tampoco hizo distinciones cuando tuvo que tirar de las orejas al gobierno argentino por este bochornoso episodio de la corrupción, que dio motivo a un comunicado del Departamento de Estado.

Menciono este hecho aunque, no quiero ahora entrar en su debate.

Aspiramos los miembros de este bloque a que en una sesión que no sea ésta podamos hablar de ése y otros temas fundamentales para el país que reclaman nuestra intervención.

Allí no se hicieron distinciones. El presidente Bush lanzó su comunicado a través de su Departamento de Estado sobre la corrupción. No pensó que nuestro gobierno era su aliado y que había enviado tropas al golfo Pérsico. Nos trató igual que a cualquier otro.

Ambos casos los cito al pasar, como ejemplos gráficos, para que se vea que no es cierto que si nos ponemos al lado de los Estados Unidos vamos a obtener ventajas especiales.

Cuando enviamos las tropas al Golfo se dijo que iban en misión de paz, y debo disentir con ese argumento. No son tropas de paz. No se me escapa que las intenciones de quienes las enviaron o de quienes están allí son el mantenimiento de la paz, pero la Carta de las Naciones Unidas no juzga intenciones, porque también se puede hacer una guerra con aspiraciones de paz y, sin embargo, no deja de ser una guerra. A las cosas hay que llamarlas por su nombre y no por las intenciones.

Las naves no podían ir como una fuerza de paz porque las Naciones Unidas estaban aplicando el Capítulo VII de su Carta. No se aplicó el Capítulo VI que es el que habla de los arreglos pacíficos de las controversias.

El Capítulo VII, en cambio, que ha sido citado por el señor representante del bloque justicialista al leer las resoluciones de las Naciones Unidas, se refiere a las acciones en casos de amenazas contra la paz, de su quebrantamiento

y de actos de agresión. Naciones Unidas, a través de su Consejo de Seguridad, comienza a aplicar este capítulo porque hubo una agresión: la actitud de Irak al invadir un país soberano como era Kuwait.

Nuestras tropas fueron a formar parte de un bloqueo y eso no es un acto de paz. El bloqueo es una medida de hostilidad propia de la guerra; no nos debemos confundir en este aspecto. Siempre se trata de una medida de coerción. Entonces, las naves no estaban ni están allí en una misión de paz, aunque tengan las mejores intenciones en ese sentido.

**Sr. Juárez.** — ¿Me permite una interrupción, señor senador?

**Sr. Solari Yrigoyen.** — Tengo por práctica conceder todas las interrupciones que se me solicitan. Tuve muchos deseos de pedir interrupciones al señor representante del bloque de la mayoría, pero no lo hice en atención al pedido que nos formuló el señor presidente.

**Sr. Juárez.** — Está bien, la dejo sin efecto.

**Sr. Solari Yrigoyen.** — Le concedo la interrupción, señor senador, aunque quiero tener presente la exhortación que ha hecho el señor presidente a todos los bloques.

**Sr. Juárez.** — Es brevísima mi interrupción.

Señor senador: su versación en estos tópicos me imagino que le habrá permitido informarse de que en el derecho internacional hay dos tipos de bloqueos: el bélico y el pacífico. Esa diferencia está hecha en el derecho internacional.

Es todo lo que quería indicar por ahora.

**Sr. Presidente.** — Continúa en el uso de la palabra el señor senador por el Chubut.

**Sr. Solari Yrigoyen.** — Me atengo a mi interpretación respecto del carácter coercitivo del bloqueo. Por lo demás esta opinión está avalada por una doctrina internacional que es uniforme. Una definición de este tipo es dada por el doctor Charles Rousseau, profesor de Derecho Internacional Público en la Sorbona. Además, en el debate que tuvimos en el Senado en la noche del 26 al 27 de septiembre pasado leí un editorial del diario "Clarín" que daba la misma interpretación al acto del bloqueo. Cito, para tratar de hacer un equilibrio, fuentes nacionales e internacionales.

El tiempo también ha confirmado que las naves argentinas no constituían tropas de paz. Las tropas de paz son los "casco azules".

El secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, hizo un último intento para evitar la guerra. Fue hasta Bagdad, habló con el dictador Saddam Hussein y lo exhortó a que abandonara Kuwait. Como contrapartida

le hizo una propuesta: "Si usted procede así —le dijo— las Naciones Unidas van a nombrar una fuerza de paz —los casco azules— para que se desplacen y ocupen ese país".

Esto prueba que las tropas que fueron al golfo Pérsico después que se dictó la resolución del Consejo de Seguridad —la número 665—, no están allí en misión de paz, aunque tuvieran esa intención. Están porque había un conflicto, como lo dicen la primera resolución del Consejo de Seguridad y las siguientes.

El Poder Ejecutivo de la Nación envió un mensaje a este Congreso, que entró por esta Cámara. El bloque de la Unión Cívica Radical hizo todos los esfuerzos a su alcance y se sumó a los realizados por otros bloques, para poder debatirlo lo antes posible. Nos hicimos presentes en el Salón Rosado cuando se convocó a una reunión conjunta de las comisiones de Relaciones Exteriores y Culto y de Defensa Nacional. Aspirábamos a analizar en conjunto ese mensaje pero no pudimos hacerlo porque no hubo número suficiente de legisladores. Pero fuimos con nuestro trabajo elaborado: el dictamen contenido en el Orden del Día N° 628, apoyado con amplios argumentos. El dictamen de la mayoría no tiene fundamentos, el nuestro sí.

No tengo el ánimo de establecer comparaciones pero sí quiero señalar que detrás de los fundamentos de nuestro bloque estaba el deseo de aportar nuestras ideas y explicar a nuestros colegas cuáles eran las razones que teníamos para redactar un dictamen en minoría oponiéndonos al mensaje del Poder Ejecutivo y a la participación de las fuerzas argentinas en la guerra.

Hemos sido muy claros. Entendíamos que no puede constituir un antecedente válido que el Poder Ejecutivo hubiera dictado aquellos dos decretos que autorizaron el envío de tropas al golfo Pérsico, dado que esas tropas están allí ilegalmente. Esa es la realidad, aunque resulte dolorosa para muchos, fundamentalmente para nuestros hombres que están en la zona del conflicto por orden presidencial.

No podemos modificar los hechos ni disminuir las responsabilidades. No se cumplió con lo que establece la Carta Magna. No se respetaron las facultades que tiene este Congreso para decidir la salida de tropas del país. Y la nuestra no es una posición sectaria. Muy lejos de ello, recuerdo a mis colegas que hemos sancionado aquí, prácticamente por unanimidad —hubo un solo voto de la mayoría en contra— un proyecto de comunicación del Senado por el cual se reivindicaba el rol del Parlamento para disponer lo establecido por nuestra Constitución en el inciso

25 del artículo 67, que otorga atribuciones al Poder Legislativo para permitir la salida de tropas nacionales o la introducción de las extranjeras en el territorio de la Nación.

No podemos apoyar este pedido del Poder Ejecutivo, que una vez más quiere obtener delegaciones de facultades del Congreso que no le hacen bien a nuestras instituciones. Es por todos estos motivos que no podemos apoyar el mensaje enviado por el presidente Menem.

La imagen de nuestro país está dañada con esa salida extemporánea de nuestras tropas. Es cierto que en el mundo, después de que felizmente se ha diluido la guerra fría, han sucedido los episodios del Muro de Berlín, del fin del Pacto de Varsovia y de su confrontación con la OTAN y se está delineando un nuevo sistema de seguridad.

Pero la Argentina no puede ni debe delegar en las grandes potencias —en Estados Unidos ni en nadie— el diseño de este nuevo esquema de seguridad.

Queremos ser partícipes de la nueva construcción para establecer el derecho de nuestros pueblos al desarrollo y a no alinearse al lado de las grandes potencias. Queremos defender el principio de país independiente en materia de política internacional y no descamos subordinarnos a ningún país del mundo, así sea la primera potencia.

Descamos tener las mejores relaciones posibles con los Estados Unidos. Si ése es el objetivo que ha señalado el gobierno, vamos a coincidir. Pero lo que los norteamericanos deben saber es que las decisiones internacionales de la República Argentina se toman y se deben tomar siempre en Buenos Aires y no en Washington.

No podemos coincidir con ninguna política de alineamiento. Reivindicamos el derecho de la Argentina a establecer cuáles son sus intereses y a tomar actitudes de acuerdo con los mismos y no con los de las grandes potencias, por respetables que sean para ellas.

No puedo entender —no lo entiende mi bloque ni tampoco gran parte del pueblo argentino— la actitud beligerante que ha tomado en este conflicto el gobierno de la República Argentina.

El señor presidente ha dicho esta mañana que el país está en guerra. Yo me he estremecido ante esta afirmación y todavía quiero creer que ha sido malinterpretada o sacada de contexto, porque la oí en un boletín radial y no directamente de su boca.

También he escuchado que el señor presidente de los Estados Unidos, George Bush, ha mencionado a los países aliados que participan en la guerra y allí incluyó también a la Argen-

tina. Y nuestra Cancillería no salió a desmentirlo. Por el contrario, el canciller ha pronunciado palabras que tienden a avalar este pensamiento.

Hay una gran y enorme diferencia entre ser una gran potencia y tener velocidades de serlo. No bastan los buenos deseos para ascender en el rango internacional.

Estamos teniendo una sobreactuación en este conflicto, lo cual no se condice con nuestra situación de país en vías de desarrollo, que en el mejor de los casos puede ostentar un desarrollo intermedio que atraviesa grandes dificultades.

Por estas razones tampoco podemos aprobar el mensaje del Poder Ejecutivo y hemos elaborado nuestro propio dictamen, oponiéndonos a la solicitud que se nos formula de participar en la guerra.

El gobierno quiere hacernos creer que nuestras tropas y nuestros barcos que están cerca de Ormuz no corren riesgos. Ojalá fuera cierto.

No soy un técnico en problemas militares como para decir si el misil tal o cual —tierra-tierra, aire-agua, etcétera— puede alcanzar a nuestros barcos o no. Lo que sé es que existen armas nucleares y que si se forma un paraguas radiactivo, nuestros buques van a ser alcanzados. Y el gobierno ni siquiera descarta la posibilidad de intervención cuando dice que si son atacados reaccionarán el ataque.

He escuchado en forma directa al comandante de nuestra delegación, el capitán de navío Rosenthal, quien ante una pregunta de los periodistas sobre la ubicación de nuestros barcos dijo: "Estamos en el teatro de operaciones". Escuché esto directamente de la radio, en la madrugada de ayer. El jefe naval, que está allí para ejecutar las órdenes que le ha impartido el presidente de la Nación, dice claramente que está en el teatro de las operaciones. Tenemos que creerle en este Parlamento. Y me pregunto, señor presidente: si nuestras naves no están en el teatro de operaciones, ¿qué hacen? ¿Dónde están? ¿Para qué fueron, si están tan lejos de las acciones? Realmente, el alejamiento no tendría justificación ni explicación lógica. Si están allá, están, como dijo el capitán Rosenthal, para actuar en el teatro de operaciones.

Se ha dicho que nuestras tropas van en función logística, a dar apoyo logístico. He consultado en el diccionario de la Real Academia qué significa "logística": "Parte del arte militar que atiende al movimiento y avituallamiento de las tropas en campaña". Si solamente vamos a dar apoyo logístico, ¿a qué se van a dedicar nuestras naves? ¿A transportar soldados de otras nacionalidades? ¿A transportar alimentos o vendas? ¿A un barco inglés o italiano a otro barco? No se entiende esto del apoyo logístico. El apoyo lo-

gístico se interpreta como parte de las operaciones de guerra de las tropas en campaña, de acuerdo con el significado que este vocablo tiene en castellano.

Por otro lado, estamos ante un mal precedente. Si hoy mandamos tropas al golfo Pérsico, en el futuro, con iguales argumentos, podríamos mandar tropas a otros lugares del mundo. Se dijo en septiembre que había que buscarles nuevas funciones a nuestras fuerzas armadas. Interpreté que se quería que estuvieran entretenidas. Lo dijo el señor ministro de Defensa, en aquel entonces el doctor Romero. Pero insisto: si el día de mañana se usa el mismo argumento, éste será el primer paso de una cantidad de intervenciones igualmente erróneas que nos llevaría a participar a la ligera en cuanto conflicto se presente en cualquier parte del mundo, sin que las Naciones Unidas nos lo pidan.

Las Naciones Unidas tienen prevista en su Carta la participación de tropas de la organización. Así lo dispone el artículo 43, en el Capítulo VII. Pero esta situación no se ha dado. Además, para que sea válida la formación de una fuerza de las Naciones Unidas los Estados signatarios, conforme a la Carta de la organización, tienen que seguir sus respectivos procedimientos constitucionales. Es decir que en ese caso la Argentina necesitaría la aprobación del Congreso, porque así lo establecen nuestros procedimientos constitucionales que la propia Carta de las Naciones Unidas nos exige respetar.

En consecuencia, no hemos obrado bien, y nuestras tropas están en este momento en una situación poco airosa. Lo mejor es que se ajusten a nuestras leyes, que respeten nuestra Constitución y que el señor presidente de la Nación, como comandante en jefe, les ordene que vuelvan a la brevedad posible.

Hay otro aspecto al que debo referirme, que se relaciona con la situación del país. ¿Quién paga esta operación? ¿La Argentina, Kuwait, los países árabes, Estados Unidos o alguna otra de las grandes potencias mundiales? No está claro, de ninguna manera. Yo he presentado un pedido de informes, y también se manifestó en el mismo sentido el señor senador Gass frente al ceciller cuando vino a la reunión en el Salón Rosado: queremos saber quién va a pagar nuestra intervención. Si la pagamos nosotros, con qué derecho estamos avituallando barcos para trasladarse a zonas lejanas de conflicto que no pertenecen a nuestra región, cuando no le pagamos a los maestros, no disponemos de camas en los hospitales; cuando en provincias como la mía se ahogan niños y jubilaciones con meses de retraso. Y por otro lado, no me parece

digno que la Argentina se convierta en una suerte de mendigo internacional al golpear las puertas de Kuwait, las del fondo de la Liga Árabe o cualquier otra, para pedir que paguen la intervención de nuestras tropas.

Si el gobierno realmente asume que lo que debe hacer nuestro país es participar de la guerra, entonces no tiene que hacer de mendigo y debe afrontar también los gastos. De hacerlo así, merece nuestra crítica.

El radicalismo desea fijar con toda claridad cuál es su posición ante Irak. De ninguna manera se puede interpretar erróneamente nuestro deseo de que las tropas argentinas no vayan a pelear al golfo Pérsico; damos nuestra condena más absoluta a los actos bélicos desarrollados por Saddam Hussein.

No bien se produjo la invasión a Kuwait, nosotros presentamos un proyecto que esta Cámara aprobó fijando nuestra posición. El partido también lo hizo y somos unánimes en ese sentido. Todos condenamos esta acción. Tenemos en claro que Saddam Hussein es un dictador. Sabíamos de su inclinación a usar la fuerza cuando se embarcó en la guerra contra Irán, que duró ocho años y causó tantos estragos. Una guerra en la que ninguno de los dos países acató las decisiones de las Naciones Unidas.

Deseamos que el legítimo gobierno de Kuwait vuelva al poder y que lo haga ocupando el territorio que le pertenece como país soberano.

No existe ninguna incompatibilidad entre nuestra condena a la actitud de Irak en sus afanes expansionistas, al empleo de la fuerza, al no respeto de la autodeterminación de los pueblos y de la intangibilidad de sus territorios, y nuestro deseo de que las tropas argentinas no vayan a pelear en aquel conflicto que no es nuestro.

Por otra parte, hay muchas otras potencias y 136 países del concierto internacional que no participan de la guerra y la mayoría condena a Irak igual que nosotros. No participan porque no pueden; y nosotros tampoco podemos. No podemos actuar como si fuéramos ricos, porque no lo somos. No debemos avergonzarnos de decir ante la comunidad internacional que no estamos en condiciones de intervenir en esta guerra ni en ninguna otra; que aquella no es nuestra región; que nuestros compromisos están con América latina. Ahí sí: si un país de América latina es atacado, nosotros reaccionaremos como si se hubiera intentado menoscabar nuestro territorio. Esta es la tesitura de la Unión Cívica Radical con respecto a Irak.

Pero también queremos fijar nuestra posición con relación a Kuwait. Respetamos el derecho

de este pequeño país, de escasa población —apenas un millón ochocientos mil habitantes— y diecisiete mil kilómetros cuadrados; un territorio muy pequeño, un poco más grande que el de nuestras islas Malvinas, que tienen 11.700 kilómetros cuadrados. Respetamos igualmente a la dinastía Al-Sabah y a su jeque; pero sabemos que en ese Estado no había una democracia, principalmente después de que se disolviera el Parlamento hace unos años. Este país debe volver a recuperar su territorio, y su gobierno debe instalarse nuevamente en la ciudad de Kuwait, encabezado por su emir, el sheik Jaber Al-Ahmad Al-Sabah. Pero ellos también tienen que aprender la lección y darse cuenta de que tienen la solidaridad universal pero no para oprimir a su pueblo. El emir ha dicho que abrirá el Parlamento; ¡en buena hora!

Formulamos votos para que esta guerra termine pronto y para que Kuwait recupere su soberanía, pero queremos que surja un nuevo Kuwait democrático, así como anhelaamos lo mismo para la república de Irak.

Todos los países son amigos de la Argentina. Podemos disentir con sus gobiernos, podemos condenarlos, pero siempre nos sentimos solidarios con todos los pueblos del mundo.

Señor presidente: no quiero extenderme demasiado pues hay muchos senadores que quieren hacer uso de la palabra, pero tenía necesidad de hacer estas referencias para dejar bien en claro por qué hemos expresado en nuestro despacho de minoría, por medio de sólidos argumentos, nuestro rechazo al pedido del Poder Ejecutivo.

Las tropas argentinas en el golfo Pérsico deben volver. Es fundamental que lo hagan porque de esa forma respetaremos nuestra Constitución nacional. La causa del pueblo argentino es la causa de la paz. Este es un punto muy importante porque en él coincide nuestro pueblo.

El bloque al que pertenecemos quiere hacer su contribución a la paz en este debate. Pero no quiere que sea una contribución circunstancial sino sólida y permanente. Por eso, señalo que debemos empezar por respetarnos a nosotros mismos; tenemos que respetar el estado de derecho; tenemos que respetar la cláusula constitucional que otorga atribuciones a este Congreso para autorizar la salida de tropas. Sin embargo, debemos lamentar que hayan ido al Golfo ilegalmente. Es menester pedirle al Poder Ejecutivo que respete la división de poderes y nuestras atribuciones.

Estoy seguro, señor presidente, de que si nos atenemos a estas reglas mínimas, los argentinos —aunque tengamos diferentes ideas y criterios

y aunque participemos de diferentes movimientos políticos— lograremos que se reconozcan nuestro derecho al desarrollo y nuestro derecho a la independencia. Ese será nuestro aporte a la paz, que no será entonces efímero sino una contribución firme, seria y responsable. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Sr. Presidente. — Tiene la palabra el señor senador por Santa Fe.

Sr. Rubco. — Creo que a esta altura del debate debemos señalar que el mismo va logrando un gran nivel de altura. Creo que el Senado de la Nación tiene oportunidad de discutir nuevos puntos de partida para la Argentina en circunstancias distintas e inéditas, por supuesto.

Por consiguiente, creo que de las exposiciones de los oradores que me han precedido en el uso de la palabra se desprende un repudio claro y concreto a formas totalitarias en la conducción de los pueblos. Creo que en esta materia el repudio a formas y prácticas totalitarias muchas veces se equiparaba con las posiciones tradicionalistas que la Argentina venía sosteniendo respecto de la autodeterminación de los pueblos. Desde aquellos elementos que surgen de la doctrina Drago, la Argentina permanece inalterable en la defensa del precepto vinculado con la autodeterminación de los pueblos.

Está claro que debemos señalar que existe un antecedente que erosionó esa posición argentina en ocasión de la Segunda Guerra Mundial. En aquellas circunstancias se señaló la primera jurisprudencia en la vida contemporánea de las naciones.

Un régimen novedoso, que surgió del sufragio del pueblo al oír en nombre de reivindicaciones que tenían que ver con porciones de territorios que su oír les correspondía, comenzó a desarrollar una acción de intromisión desafiando la posición de la entonces Liga de las Naciones.

En aquella circunstancia, la República Argentina mantuvo una gran discusión que aún subsiste entre nosotros respecto de si debía mantenerse en un estado de neutralidad o si, por el contrario, se sumaba a la posición de los aliados que repudiaban las formas totalitarias del belicista y nazi imperio nazi. La posición neutralista u ultraanza sugería no tomar compromiso en favor de ninguna de las partes.

Construí mi historia militante en el credo de la autodeterminación y creíame, señor presidente, que sigo convencido de que esa posición es loable en tanto y en cuanto la autodeterminación no signifique el punto de partida en favor del desarrollo de acciones que en nombre de ban-

deras presuntamente legítimas signifiquen una clara intromisión y una vulneración de la autodeterminación de otros pueblos y que en nombre de tales reivindicaciones no se lleven adelante acciones que afecten los derechos humanos, como sucedió en diversas oportunidades.

Quiero detenerme en este punto de un pequeño aporte para señalar algo importante. En 1945, en San Francisco, se constituyen las Naciones Unidas. La capacidad de veto adquirido por determinadas potencias impidió en estos últimos cuarenta y cinco años la posibilidad de constituir un organismo moderador que impidiera vulneraciones como las que acontecieron en la historia de la América doliente —por hablar de nuestros hermanos—. Podríamos acordarnos de lo que pasó en la Guatemala de Jacobo Arbenz y en el Chile de Salvador Allende, para tomar algunos ejemplos.

Pero también es cierto que la historia edifica en cada circunstancia nuevas oportunidades. Y yo creo que esa oportunidad nace como consecuencia del conflicto.

Nadie discute la personalidad del dictador que conduce los destinos de Irak. Coincido con la vehemencia del señor senador por el Chubut cuando señala elementos vinculados con la guerra que ese país sostuvo con el Irán: ocho años de costo inadmisible, donde cada uno de los ciudadanos del mundo fue contribuyente indirecto en el financiamiento de dicha guerra.

El costo del petróleo aumentaba periódicamente en razón de las conveniencias de los países que participaban del conflicto y de aquellos que se beneficiaban con el mantenimiento de la infraestructura.

Si nosotros coincidimos en la caracterización de que el régimen de Irak es de tipo dictatorial, conducido por un partido único que niega la práctica democrática y el uso de las libertades y que con el ejercicio de esa actitud irresponsable ha colocado al mundo civilizado en un punto de crisis traumática con un costo inapreciable de decenas y miles de personas que mueren bajo el fuego y la metralla de este idioma repudiable que es la violencia, deberíamos convenir que la anexión del emirato por parte de Irak no solamente significaba que en nombre de la autodeterminación se violentaba la autodeterminación de otro país con el cual se mantenían relaciones diplomáticas en un mismo foro internacional, —como son las Naciones Unidas— sino que en definitiva, el control del emirato significaba, además, el control del 30 por ciento del petróleo mundial. Si nos atenemos a las declaraciones del dictador Hussein, también

tendríamos que coincidir en suponer que el conflicto no se ha agotado en la anexión del emirato. Ya estaba el Estado de Israel también en la mira de una acción de proporciones inusitadas en materia de generar un conflicto de proporciones también inusitadas.

Viene ahí la posición de la República Argentina, la que por primera vez, por una clara decisión del Poder Ejecutivo asume una actitud de solidaridad respecto del conflicto en el golfo Pérsico, fundada en las razones que surgen de las disposiciones que adopta el Consejo de Seguridad y el Plenario de las Naciones Unidas.

Tengamos en cuenta que la invasión del emirato por parte de Irak se realiza el 2 de agosto de 1990. O sea que estamos hablando de más de seis meses de gestiones realizadas por las Naciones Unidas a través de los representantes oficiales de ese altísimo cuerpo.

El señor senador Solari Yrigoyen señaló la gestión del secretario general de las Naciones Unidas, Pérez de Cuéllar. Sólo omitió decir —por supuesto involuntariamente— que el ofrecimiento de la presencia de los cascos azules en el emirato fue rechazada por Hussein.

También tenemos que decir que a setenta y dos horas del conflicto hubo una propuesta francesa que era aceptada por el resto de la comunidad internacional, consistente en discutir nuevas formas que evitaran el conflicto. Sin embargo la intransigencia y la dureza propias de figuras que se han formado en la ideología totalitaria y que consideran que la fuerza es el instrumento que se debe utilizar para imponer ideas y procedimientos, colocaron a la casi totalidad de los países que integran las Naciones Unidas en una decisión que ha permitido el nacimiento de un nuevo sistema de seguridad internacional. No recurre el país débil a solicitar el apoyo gracioso de la poderosa potencia, sino que esto surge como consecuencia de una discusión que en los foros internacionales llevó horas de polémicas y de confrontaciones entre distintos temperamentos, algunos de ellos ubicados en las antípodas.

No es casual que esta resolución de las Naciones Unidas haya contado con la posición coincidente de la Unión Soviética y del resto de los países altamente desarrollados del mundo.

Señor presidente: pregunto qué hubiera sido preferible en esta circunstancia. ¿El ataque indiscriminado de un país o de un grupo de países que acudían a ayudar al emirato de Kuwait, arrasando ciudades, o la actitud que han tomado las fuerzas multinacionales en el sen-



tido de atacar solamente objetivos estratégicos, lo que ha evitado con celeridad que el conflicto se extendiera?

Todavía no hemos logrado incorporar a la discusión la posición del resto de los países del mundo árabe. Me resisto a creer que Egipto y Siria —países que por supuesto no son coincidentes de ninguna manera con el régimen de Irak y que en momento alguno han abjurado de su posición en defensa de los derechos del pueblo palestino y mantienen gravísimos conflictos con Israel, que rogamos puedan proseguir siendo dirimidos en el marco de las resoluciones pacíficas que se adopten en el seno de las Naciones Unidas— como un hecho gracioso y casual, por así decirlo, para quedar sometidas en este caso al manejo y a la voluntad de los Estados Unidos.

Me parece importante que rescatemos un hecho que surge de la votación acontecida en el Parlamento italiano. Italia, por imperio de la moción triunfante, se convirtió en país beligerante. Votan en favor de esta posición los partidos integrantes de lo que ellos denominan "compromiso histórico"; esencialmente, la alianza entre la democracia cristiana y el socialismo. Pero fíjese, señor presidente, que la moción que pierde, que es la que corresponde a los partidos Comunista y Verde, es, precisamente, la que dice que Italia debe adoptar una posición similar a la adoptada hasta ahora por la Argentina en el conflicto del golfo Pérsico.

Quería señalar estas cosas, señor presidente, porque entiendo que no existen deseos de hacer pirotecnia alrededor de esta cuestión. Comprendo la posición de la bancada de la Unión Cívica Radical.

He seguido la trayectoria de cada uno de los integrantes de esa bancada en la defensa de posiciones que tienen que ver con la autodeterminación de los pueblos. Pero ello no significa, señor presidente, que transfiramos a la opinión pública un mensaje tremendista que haga aparecer a nuestros ciudadanos que realiza tareas de patrullaje en la zona del Golfo en cumplimiento de las disposiciones de las Naciones Unidas que mandan el bloqueo que realizan los diferentes países, como si estuvieran corriendo un grave peligro.

Parecería poco menos que si estuviéramos transmitiendo un mensaje apocalíptico, de acuerdo con el cual la vida y los recursos económicos de la República Argentina han quedado comprometidos como consecuencia de esta posición que nuestro país asume, por supuesto con un

debate como el que estamos realizando, para ir quebrando tabiques que dificulten nuestra tarea de ordenarnos y de ayudar a ordenar a la comunidad internacional, acostumbrada a otras prácticas cuando se deben resolver problemas de estas características.

Entiendo, señor presidente, que debemos seguir con absoluta preocupación el desarrollo de este conflicto. Me acaban de informar que Irak ha atacado con misiles a Israel. Le pregunto al altísimo foro: ¿podemos seguir subordinados a la actitud irresponsable y mesiánica de dictadores que, adscriptos al credo de los Hitler, suponen que se puede avasallar a los pueblos de la manera en que pretende hacerlo Saddam Hussein?

Por el contrario, creo que nosotros con esta actitud estamos registrando una posición más argentina: la República Argentina se hermana y adhiere a las resoluciones que surgen del cuerpo más legal y pacífico con que cuenta el mundo.

En esta línea de análisis lo que convendría en el debate es que pongamos sobre la mesa, entonces, la efectividad o no de este llamado organismo. Sería salir por peteneras, señor presidente, si sólo nos detuviéramos a discutir el capítulo que tiene que ver con la hermenéutica —que por supuesto debemos respetar— y conlata con los procedimientos que el Poder Ejecutivo tiene que utilizar no sólo en este sino en todos sus actos.

Pero debemos reconocer que la Argentina, liberada, democrática y pluralista como nunca a partir de 1983, muchas veces no respalda los tiempos, se ha dado estas posibilidades que tienen que ver con la discusión en el marco de la práctica civilizada para que confrontemos ideas y temperamentos que edifiquen una salida para nuestras necesidades, que son múltiples.

Comprendo al señor senador por el Chubut cuando habla de las carencias de nuestros hospitales y de las necesidades de nuestro pueblo. Creo que le falta agregar que no es nuestra la responsabilidad, por supuesto, en esta situación de dificultad que vive la República y que, por el contrario, nuestro partido y nuestro presidente con muchos sacrificios, con mucha vergüenza, pero con un gran patriotismo, han asumido la responsabilidad de conducir esta acción de reconstrucción a la cual pretendemos que sumen todas las fuerzas del espectro democrático.

Entendemos que la democracia y la libertad son los elementos capitulares que debemos po-

seer los ciudadanos para defender estilos de vida que permitan que realicemos sesiones de estas características, a fin de que no prime la intolerancia. Porque esas manchas de petróleo que se extienden, como son los regímenes totalitarios, también nos alcanzan en algunas circunstancias.

Señor presidente: nuestra actitud y adhesión a la presencia de la Argentina en el ejército de paz que han creado las Naciones Unidas cuenta con mi total apoyo.

Elevo mis plegarias al Santísimo para que las heridas causadas por esta epidemia de locura que ha llegado a seres inteligentes pero, por supuesto, enfermos —seguramente paranoicos— puedan ser cauterizadas rápidamente. La posibilidad de que así sea está en manos del Altísimo, pero también en nuestra propia responsabilidad frente a lo que está aconteciendo.

Estoy seguro de que esta discusión, que de ninguna manera decae en el capítulo del agravio, servirá cuando el tiempo nos brinde la posibilidad de analizar estos episodios con la tranquilidad que quizás ahora la Argentina y el mundo no tienen, y nos permita hacer las reflexiones que me planteo hoy, viniendo de las cárceles, de los exilios y de las torturas, como yo vengo. Si mi actitud frente a Hitler hubiera sido distinta en otra época y la actitud de millones de personas frente a este hombre fuera distinta —quizá una posición de mayor entereza y firmeza en la defensa de la libertad y de la democracia—, podría ahorrársele a la humanidad sangre, dolor y lágrimas.

**Sr. Presidente.** — Tiene la palabra el señor senador por Buenos Aires.

**Sr. Gass.** — Señor presidente: creo que tenía razón el señor senador por el Chubut cuando dijo que hubiésemos podido actuar o hablar con mayor tranquilidad de espíritu en el supuesto de que no se hubiese producido la guerra. No es fácil intervenir en un debate tan profundo cuando se están desarrollando hechos tan atroces en una parte del mundo.

Estoy consternado y confundido, señor presidente. Estoy consternado por lo que ocurre y confundido porque no entiendo bien a mis dirigentes; no entiendo bien al Poder Ejecutivo de la Nación.

Soy un hombre que cree en las manifestaciones de las personas. Los bloques de diputados y de senadores nacionales de la Unión Cívica Radical nos pusimos de acuerdo para solicitar una entrevista al señor presidente de la República y rogarle, de una forma civilizada y democrática, que decida como un hecho político

el regreso de las naves a la Argentina. Y le dijimos más, pues le señalamos que no íbamos a discutir si el acto por el que había decidido el envío de esas naves al golfo Pérsico era constitucional o inconstitucional; fue un hecho político que él asumió y que tomamos como tal, como un hecho pasado. Le solicitamos que, de la misma manera en que había resuelto ignorando al Parlamento el envío de las naves al golfo Pérsico, decidiera su regreso a nuestro país.

Cuando el presidente de la bancada de diputados nacionales de la Unión Cívica Radical le señaló al señor presidente de la República y al señor canceller, que lo acompañaba, que el 80 por ciento de la opinión pública del país estaba en contra de que nuestros soldados interviniesen en esta guerra, que no era la nuestra, el señor presidente —que no se olvida de que es abogado y político— dijo que no le interesaban demasiado la opinión pública ni las encuestas porque el pueblo se expresa por intermedio de sus representantes; y señalándonos a los dos diputados y a los dos senadores presentes nos dijo que íbamos a ser nosotros quienes decidiéramos qué era lo que debía hacerse con las naves que estaban en el golfo Pérsico.

Además, el señor canceller nos dio una explicación de que nuestras naves no corrían riesgo porque estaban a mil kilómetros o más del lugar donde tiene sus bases la república iraquí. Señaló que la población argentina no debía preocuparse porque no les iba a pasar nada a los oficiales y suboficiales, porque están en una tarea de apoyo al bloqueo económico. Les dije al señor presidente y al señor canceller: "A mí, personalmente, con todo lo pacifista y humanista que soy por mi formación profesional, me interesa la vida de la gente".

Tengo una convicción: el pueblo argentino posibilitó a los que tienen vocación para ser militares la opción de que asuman la responsabilidad de morir en una guerra. Cuando yo asumí la vocación y la responsabilidad de ser médico nunca pregunté si tenía que ir a las salas de infecciosos para no correr el riesgo de infectarme o contagiarme.

Le dijimos al presidente que éste no era el tema en discusión. El tema es otro: si está en manos del Parlamento la decisión de lo que se va a hacer con las naves del golfo Pérsico.

¡Oh sorpresa! Hoy a la mañana me despierto escuchando la radio y oigo que el presidente de la República dice que las naves están allá y seguirán estando hasta que él lo decida porque eso no tiene nada que ver con el mensaje y proyecto de ley que ha enviado al Parlamento.

A su vez el señor canciller, quien ayer manifestó lo que acabo de relatar, también dijo en una audición radial que lo que tiene que debatir el Parlamento es otro tema.

Yo quise entender las explicaciones que dio el senador Menem, por quien siento un alto respeto intelectual, pero no me ha podido convencer.

No se trata de una cuestión semántica. Embargo no es lo mismo que bloqueo y se lo dijimos al canceller cuando vino al Salón Rosado. Le dijimos que no se confundiera; el embargo es un acto pacifista donde alguien decide embargar algo a otro pero no lo hace con una pistola 45 en la mano. En cambio, el bloqueo es algo muy distinto. Tan distinto es que no se manda un barco mercante a controlar las vituallas, alimentos o armas que podían ir a Irak. El gobierno decidió mandar las dos naves de guerra más sofisticadas que tenemos. De ahí en más viene mi confusión.

¿Qué es lo que estamos discutiendo acá? ¿Qué es lo que vamos a resolver? Sé por anticipado el resultado de la votación que vamos a hacer esta noche. Me lo adelantó con toda lealtad el presidente del bloque justicialista, quien me dijo: "No vamos a entrar al recinto con el riesgo de perder una votación". Yo le respondí: "Nosotros no venimos a ganar o a perder una votación. Acá de lo que se trata es de la paz o la guerra".

Somos oposición y minoría y venimos a este recinto a decir nuestras verdades, que no son las verdades totales, pero no venimos con la intención de ganar o perder la votación.

Suponiendo que el Parlamento decidiera no aprobar el proyecto remitido por el Poder Ejecutivo de la Nación, el señor presidente de la República ha dicho *urbi et orbi* que los barcos seguirán allí para brindar apoyo logístico hasta que él lo decida.

Reflexiono un poco y me pregunto: ¿qué estamos haciendo? El senador Menem se quiso enojar con nuestro senador por el Chubut porque dijo que se aprovechaba esta circunstancia para hacer política. No es así, pero somos políticos y hacemos política.

Aquí la cuestión pasa por otro lado. Cuando fuimos a la Casa de Gobierno pasamos al lado del Monumento a los Dos Congresos. Ayer hubo una manifestación en esa zona y pintarrajearon nuevamente ese hermoso monumento, tan castigado generalmente por las manifestaciones políticas. Pudimos ver que las expresiones allí pintadas no eran las tan conocidas como: "Desaparecidos con vida" o "No al indulto". Las consignas decían, nada más ni nada menos, lo siguiente: "Viva la O.L.P.", "Viva Saddam Hus-

sein", "Abajo los sionistas", "Mueran los sionistas", "Irak vencerá".

Entonces, la reflexión que con el respeto debido a su investidura hice al presidente de la República y también al señor canciller —quienes con cordialidad nos habían recibido— fue: ¿Cuál es nuestra participación? ¿Va ser decisivo el hecho de que nosotros estemos allá para que Irak sea castigada? ¿No pensó usted, señor presidente, que la República Argentina tiene la suerte de ser un país de inmigrantes en el que todos somos hijos —algunos nietos y pocos bisnietos— de inmigrantes?". Hay dos colectividades importantes en nuestro país que han hecho todos los esfuerzos posibles para que se desarrolle y prospere esta República. La colectividad árabe, con muchos miembros en todos los Parlamentos, y la colectividad judía. Desde la iniciación de la colonización judía en la República Argentina —hace más de cien años que han llegado al país— los árabes y judíos viven aquí en paz.

Debo decir que aceptamos que Irak debe abandonar Kuwait y deseamos que se hubieran obtenido los mecanismos para que no se desatara la guerra. Acaban de informarnos que tres misiles disparados por Irak —como lo manifestara el señor senador por Santa Fe— han caído sobre la ciudad de Tel Aviv en el Estado de Israel. Estas son las consecuencias de la guerra.

Quiero referirme a la ocasión en que cuatro senadores nacionales tuvimos la oportunidad de visitar el Estado de Israel en noviembre invitados por sus autoridades. En conversaciones que mantuvimos con el presidente israelí, con el ministro de Relaciones Exteriores y los miembros de las comisiones de Relaciones Exteriores y de Defensa participó, nada más ni nada menos, que un viejo comandante triunfador de la Guerra de los Seis Días quien dijo que no tenía ninguna duda de que el primer misil que dispararía Irak sería contra Israel.

Un investigador israelí que tiene un equipo de más de veinte hombres que se dedica desde hace más de veinte años a investigar la situación de los Estados árabes, cuando le dije: "Este loco" —por el dictador iraquí—, me interrumpió y me dijo. "No se equivoque, señor senador, Saddam Hussein no es un loco, es el estadista más inteligente que tienen todos los países árabes. Sabe lo que quiere y adonde va. Lo que no sabemos es si va a llegar. El quiere ser el líder de todos los países árabes, y sabe muy bien cómo conquistar este liderazgo que no pudo conquistar Nasser. Tiene que atacar a Israel para que inmediatamente confluyan todos los árabes que tienen problemas con ese

Estado. El problema palestino tendrá que resolverse en una conferencia de paz; no tengo ninguna duda; pero va a cometer ese delirio y va a atacar a Israel con misiles". Y estos investigadores no son tontos.

Acaban de informarnos que los misiles iraquíes atacaron a Tel Aviv. Quiero comentarles que en aquella oportunidad, junto con ésta premonición, también nos dijeron: "No tengan dudas de que caerán dos o tres misiles, que Israel contraatacará tratando de destruir a Irak. No nos vamos a quedar con los brazos cruzados porque Estados Unidos nos pida que no interpongamos". Lo que ocurre es que hace pocos días el presidente de Siria —aliado de los Estados Unidos, que está en las multinacionales de los ejércitos— dijo que si Israel ataca a Irak ellos estarán del lado de Irak. Le pregunto a mis colegas qué va hacer nuestro país en ese caso. ¿Del lado de quién va a estar? ¿De los Estados Unidos, que convocó a las fuerzas multinacionales para destruir a Saddam Hussein, de Siria —que se va a poner del lado de Irak—, o de Israel? ¿Qué política exterior es ésa, señor presidente? ¿Basta ser doctor o tener un título universitario en este país para pensar que se sabe de todo?

Quería hacer estas manifestaciones antes de entrar en el fondo del asunto.

No estoy más o menos consternado por el hecho de ser descendiente y más precisamente hijo de judíos, y lo digo con modestia, orgullo y naturalidad. Mis padres vinieron hace cien años a la República Argentina a colonizar las tierras del oeste. Tengo tanto dolor por lo que pueda ocurrir en Israel como por los pobres iraquíes indefensos que son matados y que están muertos de hambre, y por los kuwaitíes que no eran emires sino gente de pueblo que no tenían los más mínimos derechos y eran agredidos permanentemente.

Me enesta improvisar en un tema de esta categoría. Pensé que esto sería más útil, pero no quiero irme por las ramas. No obstante, quiero salpicar mis manifestaciones con algunos conceptos que creo que son fundamentales para rebatir. Me refiero a las palabras del señor senador Mouem, que pronunció con tanta inteligencia y galanura. Pero debo confesar que es la primera vez que lo veo tan flojo. Lástima que no está aquí mi amigo Eduardo para decirle que nunca lo he visto tan flojo como hoy. Estoy seguro de que él tampoco está convencido de lo que está defendiendo.

La situación del golfo Pérsico es el punto focal de todas las tensiones internacionales en

este momento. Vivimos seguramente el hecho más histórico de fines de este siglo.

No es mi propósito eludir la realidad de esta coyuntura, pero nuestro análisis se orienta a definir el nivel de compromiso que la Argentina puede asumir desde un punto de vista realista. Yo permanentemente quiero verlo, como también lo quieren los hombres del radicalismo. Nos interesan los problemas de la comunidad internacional. Cada país debe tener su grado de participación sin condicionamientos ni pérdidas de la identidad nacional.

—Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 1.º del Honorable Senado, senador Héctor J. Velázquez.

**Sr. Cass.** — Se participa para favorecer la solución de los problemas y no para inscribirse en una línea de acción elaborada por otro centro de poder con propósitos que no siempre son desinteresados. Y aquí también cabe una reflexión. Ahora se rasgan las vestiduras, —ya lo dijeron algunos señores senadores aquí— porque se ha atacado a Kuwait y se quiere defender a un país democrático. ¿Pero quién le dio armas tan sofisticadas a Irak? Los mismos que se están rasgando las vestiduras. Quieren defender la democracia allá, y —¡qué casualidad!— allá hay pozos de petróleo. Por eso van a defender la democracia allá. Cuando hubo que invadir a Panamá la gran democracia del Norte no tuvo ninguna preocupación; mandó sus *marines* y detuvo al que decían que era un dictador, Noriega. Seguramente lo era; un narcotraficante. Pero no lo quiero calificar porque no lo conozco. Lo mismo hizo con Granada cuando tuvo que intervenir; lo hizo directamente, y se olvidó de la democracia. No había pozos de petróleo.

Desde siempre es conocida la postura crítica del radicalismo con respecto al envío de fuerzas militares a la zona del conflicto. Advertimos que esto no debe interpretarse como una neutralidad indiferente. Por el contrario, adherimos a la participación argentina, pero con otra metodología. Ello incluye el repudio a la acción expansionista —insisto— de Irak, la exigencia del restablecimiento de la independencia de Kuwait y el repudio a la amenaza de utilización de armas químicas y bacteriológicas —armas químicas y bacteriológicas que también le proveyeron los países industrializados que hoy están en guerra con Irak y que van a sufrir las consecuencias—; pero los negocios estaban por encima de la probidad y de la integridad.

Nuestras reservas al envío de naves al Golfo, señor presidente, no significan una oposición a ultranza a la acción de las grandes potencias que decidieron bloquear al agresor de Kuwait. Es cierto que nuestro diagnóstico no puede ser tan ingenio como para no advertir —insisto— los intereses ocultos. Pero tampoco seremos tan ciegos como para no percibir que también existen valores trascendentes en juego, tales como la libertad y el respeto a la integridad y a la soberanía de un Estado miembro de las Naciones Unidas; en fin, todos los ideales humanitarios de los cuales podemos hablar.

A mí se me ocurre que una cosa es verla venir y otra ir a buscarla. El mundo está cambiando hasta el punto de volverse casi irreconocible. Hoy no podemos estudiar los problemas internacionales con las mismas categorías de análisis con que lo hacíamos hace muy poco tiempo. Nosotros estamos dispuestos a enfocar este problema sin ninguna clase de prejuicios.

Por cierto creemos que se sentaría un peligro antecedente si un acto de agresión rindiera frutos al agresor. En esto coincidimos con la clara posición adoptada por las Naciones Unidas. Creemos que, en las condiciones en que actualmente se encuentra el mundo, un episodio como la invasión de Kuwait afecta, directa o indirectamente, a toda la comunidad de naciones y, por lo tanto, también a la República Argentina.

El radicalismo siempre defendió la propia personalidad, el derecho de la Argentina, no a ser indiferente sino a fijar —en su caso— su posición. Es mentira que el radicalismo fue neutral. No lo fue durante la guerra mundial. El radicalismo no intervino en la guerra, y tenía posición tomada con la libertad, en contra del nazi-fascismo.

El radicalismo repudió la actitud de aquellos a quienes les daba lo mismo —acá, en este país— estar con el Eje o con los aliados, de acuerdo con sus intereses. Por otra parte, nuestro partido —porque se nos quiere acusar de esto cuando hablamos del tema— nunca tuvo hostilidad contra los Estados Unidos. La política exterior independiente practicada por nuestro partido nunca fue antiorteamericana.

Arturo Illia supo conciliar la independencia de criterios con un acercamiento hacia los Estados Unidos; pero sabía lo que es la soberanía, sabía lo que es la independencia.

Por eso vale la pena recordar una anécdota. En cierta oportunidad, un embajador de los Estados Unidos solicitó audiencia con el presidente de la República Argentina, doctor Illia, para decirle que si anulaba los contratos petroleros iba a sufrir las respectivas consecuencias. Este vie-

jo, tratado de tortuga, apretó el timbre cercano al sillón presidencial —antes había uno solo; ahora muchos más—, llegó el edecán y le dijo: "Dígale al señor embajador que se retire; que ha terminado la audiencia". Esto significa tener independencia de criterio. Y la metodología que hay que usar con los poderosos es ésa.

Durante el gobierno del presidente Alfonsín se restauraron las relaciones con los Estados Unidos, deterioradas por la sistemática violación de los derechos humanos en nuestro país durante el triste régimen militar que sufrió la República. El radicalismo no tiene, pues, sentimientos antiorteamericanos, que otros sí tuvieron. Lo que el radicalismo se pregunta legítimamente es por qué la Argentina debe ser un país beligerante en el golfo Pérsico. Las Naciones Unidas no se lo pidieron; no es cierto que así haya sido. La resolución de la ONU es clara: cumplir la tarea de hacer participar del embargo a las potencias que al tiempo de sancionada la resolución estaban allí; a los demás países miembros, solicitar que colaboren con estas potencias en la medida en que ellos mismos lo requieran.

Estados Unidos no nos pidió intervención militar. Gran Bretaña tampoco. Francia no solicitó nuestra intervención militar. Nadie nos la pidió, con excepción de una persona —yo la escuché—: el ministro de Agua y Electricidad de Kuwait. Y lo hizo en oportunidad de una conferencia realizada en el Consejo Argentino de Relaciones Internacionales, cuando uno de los presentes le preguntó si su país había solicitado la intervención del nuestro. Paladina, honrada y lealmente dijo que no. Pero que, como ministro, lo hacía en ese momento. Es así que un simple ministro de segunda fue el que pidió a la Argentina su colaboración, habida cuenta de que dejó deslizar que los gastos iban a ser cubiertos, seguramente, por Kuwait.

Nuestros buques están estacionados a unos mil ochocientos kilómetros de la zona del conflicto. El canciller —insisto— en repetidas oportunidades nos dijo: "No se preocupen; están lejos. Los misiles tienen un alcance de ochocientos kilómetros". No sé desde cuándo el señor ministro de Relaciones Exteriores y Culto es especialista en defensa. Pero insisto: éste no es el fondo del asunto.

¿Por qué nuestra Armada está presente allí, donde no fue llamada, donde no se necesita, donde sus hombres corren riesgos innecesarios. Ayer lo dijo el capitán de fragata Rosenthal que quizás esté preocupado porque algunos misiles cayeron en Israel: "Nuestros barcos corren el mismo riesgo que todas las naves que están en la zona". Esto quiere decir que alguien sabe bien cómo andan las cosas: el señor can-

ciller o el que está en medio del fuego; y con todo el respeto que me merece, creo que es el señor canceller.

Hay quien dijo que mandamos los barcos para congratularnos con los Estados Unidos y luego pasarles la factura por nuestra cooperación. Pero cuando uno puntualiza estas cosas siempre salta alguien que dice que se está haciendo política barata, que se está tratando de lesionar al presidente de la República o al Poder Ejecutivo, y esto no es así. Lo ha dicho el señor canceller: nosotros queremos ser los fundadores del nuevo orden internacional. Pero ésta es una expresión de deseos. Quizá, a mí me gustaría —no lo creo— tener un Mercedes Benz. No puedo tenerlo y no voy a decir todos los días: "Quiero un Mercedes Benz", y ni me voy a aliar con quien lo tenga.

Pero es cierto que se piensa así; es decir que por ser socio fundador de un supuesto nuevo orden internacional que va a existir deba adoptar este tipo de actitudes. Disculpeme, señor presidente, el término que voy a utilizar, pero creo que es un razonamiento humeral, absolutamente humeral. Y por encima de esto es ingenuo.

La diferencia entre la paz y la guerra es demasiado grande como para que un gobierno decida embarcarnos en un conflicto sólo porque supone que nos dará réditos. Por eso, sostengo que es una inmundicia.

¿Estados Unidos va a levantar los subsidios —como lo señaló el señor senador Solari Yrigoyen— a los productos agropecuarios? ¿Va a obligar a los bancos a condonar la deuda argentina? ¿Va a realizar las inversiones que necesitamos? ¿Todo esto lo hará por el hecho de que mandemos los buques al Golfo?

Al señor presidente de los Estados Unidos no se le mueve un pelo por nuestros problemas. Después de estar en nuestro país y de su brillante discurso ante la Asamblea Legislativa, de jugar al tenis y de hacernos el agravio —yo lo considero así— de poner un sosia en un auto igual al suyo, como si los argentinos fuéramos tontos para no reconocer a una y a otra persona; luego de permanecer veintidós horas en nuestro país, tiempo suficiente para que diga todo lo que tiene que decir un poderoso, fue a Chile. Y para este país que no mandó ni un barco a vela a la zona de conflicto, ¡oh sorpresa!, le prometió un amplísimo crédito en millones de dólares.

¿No habrá pensado que los dirigentes políticos chilenos merecen más respeto que los de la República Argentina, quienes permanentemente hacemos gestos de amor. Y éstos tienen que ser retribuidos, de lo contrario, no se trata de gestos de amor.

El señor senador Solari Yrigoyen señaló que el ex ministro de Defensa, en un impromptu de sinceridad manifestó en el Salón Rosado —y esto lo escucharon todos los que estuvieron presentes allí— que este hecho venía bien a las fuerzas armadas a las que había que buscarles un rol. Porque después de la consulta popular de 1983, en la que se decidió el tratado de paz y amistad con la República de Chile— país con el que generalmente teníamos enfrentamientos en las fronteras y que en 1979 nos colocó al borde de la guerra—, acabándose en consecuencia la hipótesis de conflicto con el vecino país, según el ministro, se les acabó su trabajo. También, cada tanto, teníamos un problema con Brasil. Los argentinos —misioneros, formoseños y chaqueños— decíamos que Brasil nos quería invadir y los brasileños del sur sostenían que nosotros queríamos invadirlos. Estos eran cuentos de quienes querían ver enfrentados a los hermanos latinoamericanos. Pero después de los acuerdos que se hicieron durante el gobierno anterior y que les continúa hábilmente y con responsabilidad el gobierno actual, se acabó la hipótesis de conflicto de guerra con Brasil. Esto no es óbice para que nosotros le busquemos otro trabajo a nuestras fuerzas armadas. Constitucionalmente tienen un trabajo: defender la soberanía argentina. Para eso dejamos que nuestros hijos hagan la conscripción y no para que los manden a pelear o a meterse en problemas que no son nuestros.

Voy a decir algo que debe ser bien interpretado porque tengo por las fuerzas armadas, como institución del país, un alto respeto. He atacado muchas veces a algunos militares pero no a la institución armada como tal. Si alguna vez fui duro en mis manifestaciones aquí y en todas partes fue porque hubo excesos cometidos por algunos militares; no fui duro con ellos. Por esos excesos los mandamos a la justicia y no porque pertenecían a las fuerzas armadas.

Decía con respeto y también con vergüenza— que ahora quieren convertir a las fuerzas armadas en una especie de Legión Extranjera, dispuesta a secundar a otras multinacionales en cualquier acción o con cualquier motivo. Aunque sea algo importante, no es nuestro motivo.

El radicalismo cree que no podemos ser indiferentes frente a la acción de Saddam Hussein y que debemos apoyar las medidas de las Naciones Unidas. El radicalismo no cree en la neutralidad como una palabra hueca frente a hechos que exigen definiciones. Si creemos en la independencia de criterios y en la dignidad tanto de la Nación como de nuestras fuerzas armadas.

Debo decir a esta altura del debate, con el respeto que siento por el señor canciller, que la exposición que realizó en el Salón Rosado no me causó ninguna satisfacción. Yo soy un aprendiz en materia de relaciones internacionales y algo tuve que aprender cuando el gobierno del presidente Illia me honró como jefe de misión. De cualquier modo, lo que nos dijo el señor canciller me produjo una fuerte decepción.

No veo que la Argentina tenga criterios propios. No veo que el gobierno tenga convicciones claras sobre este tema. No veo que sepamos lo que están haciendo las naves en el Golfo.

Siempre vamos a estar en favor del derecho internacional. No decimos que debemos rehuir los compromisos internacionales asumidos por nuestro país.

Hoy se reverenció a las Naciones Unidas y también yo quiero reverenciarlas por múltiples decisiones adoptadas en el tema de las Malvinas cuando, casi por unanimidad, resolvieron que el Reino Unido debía sentarse a la mesa de negociaciones con la República Argentina para resolver el problema de la soberanía de nuestras islas.

Se dictaron varias resoluciones en tal sentido, que debimos ir flexibilizando para que los poderosos británicos entendiesen que no vamos a cometer más la osadía de querer recuperar por la fuerza algo que es nuestro. Esto lo repitió cada vez que algún despistado todavía habla de la invasión que realizó el gobierno militar en las islas Malvinas. No se trató de una invasión sino de una recuperación, aunque se equivocaron en la metodología y se midieron mal los equilibrios y a nuestros supuestos amigos.

Se creyó que eran amigos nuestros porque tenían el TIAR con ellos, que tenían la obligación de ayudar a la República Argentina porque, además, era una causa justa. ¿Qué hicieron? A través de sus satélites les dieron apoyo logístico a los británicos. Así mataron a nuestros hijos, a oficiales y suboficiales bombardeando cobardemente un barco que volvía de la zona del conflicto. Ahí están, en el fondo del mar, los cadáveres de trescientos hijos argentinos que patrióticamente fueron a cumplir una obligación, enviados por sus superiores.

Nadie con cierta actitud principista puede estar del lado del dictador árabe. Nadie que tenga una actitud principista puede estar a favor del envío de tropas que no hacen falta y nadie pidió.

Nuestra preocupación nace de una profunda convicción interna. El anterior gobierno radical, con todos sus errores —que asumimos—, con

todo lo que no hizo, no pudo o no quiso hacer —como dijo el ex presidente Alfonsín—, no dejó de tener un título histórico: desarrolló una política exterior orgánica revirtiendo la falta de credibilidad, el concepto de que la Argentina era ambigua, impredecible y no confiable. Cuando asumimos en 1983 la Cancillería, el primer mundo nos había desahuciado por el tema de las islas Malvinas. Nosotros tenemos la obligación de estar dentro del Tercer Mundo, porque somos Tercer Mundo: con buena voluntad somos un país en desarrollo —si tuviéramos mala voluntad, honradamente deberíamos decir que somos del subdesarrollo—. Teníamos el resentimiento de una Argentina con delirios de integración en el primer mundo que, cuando recibió el portazo de las potencias centrales, sin pudor, mendigaba el apoyo de un tercer mundo al cual un momento antes había despreciado. Nosotros no tuvimos crisis de identidad. No tuvimos desubicaciones delirantes como para darnos cuenta del exacto lugar que ocupábamos en el concierto de las naciones. Con nuestra sinceridad recuperamos el crédito diplomático ante los países en vías de desarrollo.

Todos los años logramos que las Naciones Unidas, por unanimidad, intimen al Reino Unido para sentarse a negociar. Ahora enviamos dos barcos al Golfo, pero eso no nos hace ser parte del primer mundo, sino furgón de cola de las potencias que nos impusieron el colonialismo en las Malvinas, esas Malvinas que el tercer mundo clamaba por descolonizar. Además, nos vamos con los colonizadores, porque nuestros militares están integrando una formación bélica en la cual, seguramente, hay algunos oficiales que nos combatieron en las islas Malvinas.

El canciller ha tratado de darnos una explicación de esta reversión de alianzas y de abandono de nuestros amigos para colaborar con quienes ayer se hicieron tiempo para extender su jurisdicción cincuenta millas más en torno a las Malvinas.

Es tan trágico este episodio que me atrevería a decir que moralmente es peor que otros grandes problemas nacionales. Se ha destruido la paciencia política diplomática elaborada entre 1983 y 1989, y posiblemente lo hemos hecho en forma irreversible. Digo esto porque todos creían que con la caída de la señora Thatcher aquí se arreglaba el asunto de Malvinas ya que el nuevo primer ministro se sentaría con nosotros a la mesa de negociaciones. Pero este señor que también es británico y de la misma hechura que la señora Thatcher, no tuvo mejor ocasión ni oportunidad que aprovechar las

fiestas de Navidad y de fin de año para mandar un mensaje a sus súbditos de las islas Falklands —porque ellos no hablan de Malvinas— diciéndoles que la soberanía será permanentemente del Reino Unido.

Este es el mensaje que graciosamente nos envía el gobierno británico, con quien reanudamos las relaciones no hace mucho tiempo. Y muchos argentinos empezaron a ponerse la bandera británica, porque luce bien. La Cámara de Comercio Argentino-Británica, gozosa, hizo posible que muchos buenos argentinos empezaran otra vez a hacer buenos negocios, aunque antes los hacían igual ya que los triangulaban; no teníamos relaciones directas con el Reino Unido pero hacían los negocios por otro lado. Ahora tienen la posibilidad de sacar pecho y van a todas las reuniones sociales en donde está el embajador del país amigo nuestro, el Reino Unido.

Nosotros decimos que esta inestabilidad en la conducta es particularmente grave con nuestros propios vecinos de Latinoamérica.

Decimos esto, señor presidente, porque el gobierno argentino ha afirmado que nuestra participación en esta guerra nos permitirá ingresar en el primer mundo. Es falso, de absoluta falsedad.

El único camino para poder discutir y ser protagonistas reales de los esfuerzos para construir un nuevo orden internacional es a partir de la integración de Latinoamérica. Aquí está nuestro destino y para estos fines se constituyó, por ejemplo, el Grupo de Río.

Precisamente, apoyamos la creación del mecanismo permanente de consulta y concertación política en Río de Janeiro el 18 de febrero de 1983 a nivel de cancilleres.

En la página 77 de un libro que escribió Simón Alberto Consalvi, gran canciller de la República de Venezuela, escritor, poeta y defensor de los derechos humanos, que reúne todos los antecedentes sobre la política latinoamericana, en la parte referida a la creación del mecanismo permanente de consulta y concertación política dice: "Los cancilleres de Argentina, Brasil, Colombia, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela, a partir de la experiencia de varios años derivada de nuestra acción conjunta en los Grupos de Contadora y de Apoyo, hemos decidido fortalecer y sistematizar la concertación política de nuestros gobiernos, mediante la realización de un proceso de consultas regulares sobre temas internacionales que afectan o interesan a nuestros países, en el contexto de una creciente unidad latinoamericana".

Y dice más en esa declaración de Río: "El resurgimiento de la democracia en América latina ha permitido un intenso diálogo político en el que se reafirma la necesidad de conjugar esfuerzos y capacidades para encontrar soluciones propias a nuestras dificultades".

En otro punto dice: "Ampliar y sistematizar la cooperación política entre nuestros gobiernos, examinar las cuestiones internacionales que sean de especial interés para nuestros gobiernos, y concertar posiciones comunes en relación con las mismas particularmente en los foros internacionales". Tenemos el compromiso que tomamos en San Carlos de Bariloche, en la Primera Reunión Ministerial del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, realizada del 14 al 16 de abril de 1987, donde se dijo: "...que este foro cumple dos funciones: 1) efectuar consultas recíprocas. 2) concertar acciones conjuntas".

Disculpe, señor presidente, que lea estas cosas, pero lo hago porque creo que es bueno; alguna vez alguien que tenga poco que hacer va a hurgar en las versiones taquigráficas, en los Diarios de Sesiones, para ver cómo nos comportamos y si cumplimos en el año 91 con los compromisos internacionales que habíamos adoptado, porque el hecho de que haya cambiado un gobierno no significa que hayan cambiado los mecanismos que se hayan aprobado con anterioridad.

Y en el Compromiso de Acapulco para la Paz, el Desarrollo y la Democracia, emitido por la cumbre presidencial el 29 de noviembre de 1987, se dijo: "La negociación internacional requiere la conformación de un poder conjunto de influencia y decisión. En consecuencia, sólo una mayor identidad y una mejor articulación de intereses de Latinoamérica y el Caribe reducirán la vulnerabilidad de la región ante los factores externos. Este propósito responde al avance histórico de nuestros pueblos, así como a un concepto de responsabilidad compartida en la solución de los problemas que afectan a la comunidad internacional." Tengo marcados otros párrafos del Compromiso de Acapulco, pero no quiero seguir leyendo. Pido entonces que se inserten en el Diario de Sesiones para que sirvan como antecedentes.

—Asentimiento 1.

Sr. Gass. — Quiero citar también la Declaración de Punta del Este, en Uruguay, correspon-



diente a la Reunión Cumbre del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, del 29 de octubre de 1988.

Para llegar a esta decisión que tomó nuestro gobierno, ¿se le ocurrió al señor canciller releer estos documentos que fueron firmados por la República Argentina? ¿Se le ocurrió consultar con un país amigo? Hoy dijo nuestro senador por la provincia del Chubut que cuando le hicimos esta pregunta mencionó a Colombia y dijo que también había conversado con otros países pero no los podía señalar por razones de secreto de Estado. ¿Puede ser secreto de Estado la información sobre los países con los que hablamos, sobre todo tratándose de países del Cono Sur con los que tenemos tantas excelentes relaciones, después de que, por suerte, han desaparecido las dictaduras en esta parte del hemisferio?

No consultó con nadie absolutamente nada. Es decir: somos guapos, somos poderosos, somos la República Argentina. Este es nuestro pecado, señor presidente. Sin querer, pecamos permanentemente con esta soberbia. Quienes tuvimos que estar en el exilio, como recordó el señor senador Rubco, nos enteramos de que se hacía un chiste con los argentinos, que no nos causaba ninguna gracia. Era como una puñalada. El mejor negocio —decían en Venezuela, en México, en Colombia— es comprar a un argentino por lo que cuesta y venderlo por lo que él cree que vale. ¡Qué ironía que esto sucediera en países a los que ayudábamos a desarrollarse! Por eso nos duele.

Quiero hacer una pequeña mención de argentinos que ayudaron a países latinoamericanos. La primera cátedra de Filosofía de Venezuela fue dictada por Frondizi. No quien fuera presidente de la República, por cierto, sino el doctor Risieri Frondizi, que fue rector de la Universidad de Buenos Aires y gran filósofo argentino. Dictaba clases en la Universidad Central de Venezuela y en otras universidades americanas.

La primera escuela de anestesiología en Venezuela la fundaron médicos argentinos de la especialidad, egresados de la cátedra de los famosos cirujanos Finocchietto; entonces, tenemos derecho para que de alguna manera nos consideren bien.

Pero en la forma de llevar a cabo nuestras relaciones exteriores apareció una pequeña cuota de soberbia y nuestro canciller —creo que sin quererlo, porque sé que es hombre de bien— pecó de soberbia al ignorar en forma absoluta qué pensaban nuestros hermanos lati-

noamericanos o, para no ir tan lejos, nuestros hermanos sudamericanos, con quienes estamos más cerca y en contacto. Tal vez hubiera encontrado buenos argumentos para la reflexión en diplomáticos tan inteligentes, capaces y estudiosos como los brasileños. Con esto no quiero decir que los nuestros no lo sean; pero es habitual hablar de la gran diplomacia brasileña.

Decía, pues, que tal vez ellos hubieran encontrado una forma de aconsejar útilmente para lograr el objetivo de que Irak se vaya de Kuwait, sin pensar en un holocausto.

Fíjense en la palabra que utilizo: "holocausto", expresión que comenzó a usarse luego de la Segunda Guerra Mundial, oportunidad en que comenzaron a utilizarla los judíos. No sé por qué razón; tal vez porque perdieron a seis millones de sus hermanos en los campos de concentración y en los hornos crematorios que el loco asesino de Hitler sembró por toda Europa.

Y en este momento vuelvo a pensar en el holocausto, cuando recién se me acercó uno de mis amigos secretarios para decirme que Israel va a atacar a Irak. Israel lo hará y les aseguró que no será con cañones como los que vemos en algunos museos de la República Argentina. Israel no va a dejarse destruir, y el no dejarse destruir puede significar otro holocausto.

Señor presidente: para nadie es un secreto que posean bombas atómicas la Unión Soviética, Estados Unidos, China, Francia, la India y que, tal vez, Israel disponga de algunas cabezas nucleares. Y esto no es para alegrarse... Porque si entre la vida y la muerte el gobierno israelí decide atacar con las armas de las que dispone, las consecuencias no serán sólo para Irak sino para todos los países de la zona.

Nosotros queremos conocer las explicaciones en cuanto a por qué van a seguir quedándose allí las dos naves argentinas. ¿Para apoyo logístico? Aquí hay una de dos cuestiones. El presidente de la República y el señor canciller hoy dijeron que no somos neutrales. Se me informó —no lo he escuchado, por lo que no puedo asegurar nada— que el presidente y el canciller dijeron que estamos en guerra...

**Sr. Brasesco.** — El presidente, escuché yo.

**Sr. Cass.** — ¿Quién decidió la guerra? ¿El Parlamento argentino? ¿Nosotros hemos discutido si entramos en la guerra o no? Esto cuando el mismo presidente remitió un mensaje haciendo referencia solamente al apoyo logístico. De ahí surge mi confusión; por eso mi consternación con lo que ocurre. Se agranda mi confusión. ¿Adónde nos van a llevar y por qué estamos acá?

El presidente de los Estados Unidos anunció, quizás equivocadamente, que eran 28 países los

que estaban peleando en el Golfo. Y entre esos 28 países está la República Argentina. Para el señor Bush, nosotros debemos ayudarlo a recuperar los pozos de petróleo y esto es lo que no aceptamos.

Yo entiendo lo que es ser oficialista; nosotros lo fuimos en el pasado. Algunas veces, tuvimos que desgarrarnos las entrañas para apoyar algún proyecto del Poder Ejecutivo. Pero algunos, en un momento determinado, dijimos basta. Señalamos: "Lo lamentamos muchos, pero más de aquí no pasamos".

Me gustaría que nuestros amigos del bloque justicialista, en el que observo que faltan algunos importantes senadores —sé que no pueden venir aquí, perteneciendo al gobierno, a decir lo que estoy manifestando, sabiendo que ellos piensan lo mismo que yo...

**Sr. Sánchez.** — ¿Por qué dice eso, señor senador?

**Sr. Cass.** — No me refiero a usted, señor senador que está sentado en su banca. Déjeme hacer una suposición graciosa, señor senador.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Ruego a los señores senadores que se dirijan a la Presidencia.

**Sr. Cass.** — El señor senador por La Rioja sale el aprecio y respeto que le tengo, razón por la cual nunca formularía un agravio en contra de su persona.

No voy a extenderme mucho más en mi exposición, pero quiero señalar que no podemos aprobar el nuevo orden internacional tan vehementemente apoyado por nuestro canciller sin un previo análisis de sus repercusiones en América latina y, particularmente, en nuestro país. Su aspecto positivo, debemos admitirlo, es la feliz circunstancia histórica de que las superpotencias hayan alcanzado un acuerdo de fondo después de casi medio siglo de antagonismos y de guerra fría.

Pensábamos que luego de terminada la guerra fría nunca más íbamos a ver la posibilidad de una hecatombe nuclear. Y nos volvimos a equivocar porque también los hombres se equivocan.

No vamos a entrar aunque estemos con los dos barcos allí, hamacándose. No vamos a revertir lo que quiera Estados Unidos. Ya perdimos en el GATT porque no obtuvimos ningún resultado. Sigue una política regresiva, de un egoísmo primitivo. Porque a este nuevo orden internacional le falta un pequeño detalle, le falta moralidad. Escuchamos discursos vacíos que sirven para las grandes potencias; ¿qué le importa a Estados Unidos y a otros países industrializados el costo de la guerra si ellos han acumulado riquezas vendiendo armamentos?

Ellos van a reconquistar inmediatamente sus posiciones; van a llenar nuevamente sus cajas con dólares, yenes o no sé con qué otra clase de monedas. Si la guerra se extiende —ojalá no sea así—, se van a transformar las máquinas para hacer automóviles en máquinas de guerra y cuando les queden rezagos, seguramente van a encontrar republiquetas a quienes vendérselos. Como nos los vendieron en su momento; todavía deben quedar algunos de esos camiones que se llamaban "frontales".

Ellos se van a resarcir en lo económico, pero seguramente no se van a resarcir de sus muertos. Vamos a ver qué dice la Historia en ese sentido.

La deuda externa queda como una hipoteca imposible de pagar. ¿Acaso se piensa que la vamos a pagar gracias a este nuevo orden internacional que seduce tanto a nuestro canciller, del que él quiere ser socio fundador? Yo pienso que no.

Todos, en la vida política, social y familiar, tenemos días tristes y amargos. Tal vez éste sea un día triste y amargo para todos los argentinos porque no podemos entender esta guerra. No podemos entender que nuestros hombres estén allá; no nos convencen las explicaciones que nos han dado.

Ojalá todos entendamos a tiempo lo que está sucediendo. Esta guerra no se va a terminar pronto, aunque ganen los países de las multinacionales. El coletazo de esta guerra va a seguir largo tiempo. No quiero ser un profeta del odio, pero esto va a seguir porque hay una cuestión nacional y religiosa en el medio; desgraciadamente, es así.

Ayer estaban bailando en las calles de Amman y de otras ciudades, cantando y orando al dios de ellos para que Irak venza. Ojalá no sea así. Aunque no lo sea, el costo para todos va a ser inmenso y hoy, todavía, no lo podemos comprender.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra el señor senador por Corrientes.

**Sr. Romero Feris.** — Señor presidente: a esta altura del debate, ya finalizado el jueves 17 de enero, debo señalar, como lo dije en reiteradas oportunidades, que deberíamos haber considerado este tema antes de que se produjera el inicio de las hostilidades. Según las últimas informaciones, las acciones bélicas están alcanzando un nivel que jamás hubiésemos pensado.

Quiero ser lo más breve y concreto posible en homenaje al tiempo de los señores legisladores ya que se está debatiendo ampliamente este tema; con el deseo de que podamos definir hoy

en el Senado el importante asunto que estamos considerando.

El proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo apunta a lograr que la fuerza naval argentina destacada actualmente en el estrecho de Ormuz, en las puertas del golfo Pérsico, destinada, como se ha dicho, a efectuar tareas de control de tráfico marítimo, y que ha realizado varias operaciones de verificación, en cumplimiento del embargo impuesto por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pueda a partir de hoy prestar el apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse en cumplimiento de la Resolución 678 del Consejo de Seguridad.

Dicho Consejo emplazó a Irak a retirarse del territorio de Kuwait, y autorizó a los Estados miembros a cooperar para el restablecimiento de la paz en la región y, de no producirse el retiro del Estado agresor, a utilizar los medios necesarios para restaurar en el territorio de conflicto la situación imperante al día anterior a la invasión.

Como es de público conocimiento, el Estado de Irak no dio cumplimiento al retiro de sus tropas dentro del plazo otorgado por las Naciones Unidas a pesar de todas las gestiones, lo que motivó que ayer las fuerzas multinacionales dieran comienzo a las operaciones preanunciadas.

El bloque que represento ha prestado toda su colaboración para lograr el tratamiento del proyecto señalado, cuya relevancia sin duda imponía un debate urgente —como dije al comienzo— por parte de quienes tenemos la representación popular, que compromete en todo momento nuestra responsabilidad y diligencia.

Lamentablemente, una vez más los acontecimientos nos han superado.

Mientras en este preciso momento en el teatro de operaciones del golfo Pérsico la historia de la humanidad se escribe segundo a segundo, mientras en la zona de conflicto cientos de personas —o más, según las última informaciones— ofrecen su vida en la que se vislumbra como una guerra cruenta, mientras hombres de armas argentinos están destacados en la zona pérsica, en defensa —con su presencia— del cumplimiento de los compromisos internacionales asumidos por la República, este Congreso Argentino, en una actitud típicamente autista, ha dado la espalda a la realidad mundial y, una vez más, a los reclamos de la sociedad argentina, ya que la incomprensible morosidad en el tratamiento del tema encuentra a las fuerzas de la República destinadas en el Golfo sin el sustento legal necesario que debe proveer este Poder Legislativo.

Se debe comprender de una vez para siempre que el Congreso Argentino debe constituirse como en otras épocas de su historia, en el timón de legalidad que conduce al respeto y cumplimiento del orden jurídico vigente, y en el timón político que guía las grandes decisiones de nuestra vida republicana. En caso contrario integraremos la nómina de los grandes deudores de este querido país.

Antes de concurrir a este debate me he preguntado qué características jurídicas posee la aprobación o negación parlamentaria para que los buques de la Armada presten el "apoyo apropiado", que, como ha hecho público el canciller, se limitara a un apoyo logístico, materializado en acciones de control de tráfico marítimo de las mismas característica que se venían realizando hasta hoy, dentro del marco del derecho interno e internacional vigente.

Entiendo que la respuesta surge de un análisis conjunto de las disposiciones constitucionales y de las obligaciones que la Nación aceptara derivadas de los tratados internacionales ratificados por este Congreso, como lo es nuestra pertenencia a la organización de las Naciones Unidas que, conforme lo dispuesto por el artículo 31 de nuestra Carta Magna, forma parte de la Ley Fundamental de la República.

Y aquí radica un punto de interpretación, que entiendo reviste relevante interés en la cuestión. El problema capital es situar el derecho internacional dentro del ordenamiento interno, cuando éstos, ante un caso concreto, se contraponen en apariencia.

¿Tiene el derecho internacional mayor jerarquía que el derecho interno de un país? ¿O este último debe privar por sobre los compromisos internacionales suscritos por el gobierno?

Desde antiguo los doctrinarios encontraron argumentos relevantes para apoyar ambas teorías. Las extensas fundamentaciones de las conocidas doctrinas monista y dualista me eximen de comentarios.

En un famoso fallo de nuestro más alto tribunal, que podemos incluir dentro de los denominados "clásicos" de la jurisprudencia argentina —me refiero al caso "Merk Química Argentina" de 1917—, la Corte Suprema de Justicia de la Nación sentó la posición de que en épocas de paz el derecho interno priva sobre el derecho internacional, y en épocas de conflicto el derecho internacional se antepone al propio, adquiriendo jerarquía supranacional.

Por otra parte, tomando la fórmula de Kellog o Pacto General de Renuncia a la Guerra de

1928, habrá guerra cuando los Estados recurran a la fuerza como "instrumento de política nacional". Por el contrario, el recurso de la fuerza en el marco de una acción colectiva por mandato o indicación de un organismo internacional no constituye una acción de guerra sino una operación de poder de policía internacional, como enseña el reconocido profesor especialista del derecho internacional de la Universidad de París, doctor Rousseau.

De los conceptos doctrinarios y jurisprudenciales expuestos, tengo para mí que el histórico y lamentable caso que hoy nos convoca descarta como una situación de guerra con una potencia extranjera la participación argentina prestando apoyo logístico en cumplimiento de una resolución de las Naciones Unidas.

No forma parte de este debate la autorización a los buques argentinos para recurrir a la fuerza como iniciativa para imponer por dichos medios puntos de vista propios de la política nacional; se discute técnicamente la autorización o no a dichas fuerzas para prestar apoyo logístico a grupos multinacionales de acción en cumplimiento de obligaciones internacionales asumidas por el país, que de acuerdo al orden de prelación de nuestras normas constitucionales integran la cúpula de la pirámide jurídica interna.

Por lo tanto, no estaría en debate la previsión constitucional contenida en el artículo 67, inciso 21, que establece que es el Congreso quien autoriza al Poder Ejecutivo para declarar la guerra o hacer la paz.

Pero sostengo que si resulta imprescindible —como lo manifesté públicamente— la autorización de este Congreso para permitir la salida de las fuerzas nacionales fuera del país, previsto en el inciso 25 del artículo 67, que no fuera solicitada en su momento, y por supuesto, para prestar el apoyo logístico que se reclama.

Debemos tener presente que a partir de la finalización de la guerra fría desputa un nuevo orden internacional que se viene consolidando diariamente con hechos concretos que anuncian el surgimiento vertiginoso de un derecho internacional más sólido y creíble, integrado por normas de las organizaciones supranacionales que incorporadas a las disposiciones de los sistemas jurídicos internos de los países, forman parte del marco legal de los mismos, resultando, por esto, de ineludible cumplimiento.

Tengo la firme convicción de que la Argentina debe participar activamente en la consolidación del nuevo orden internacional aludido, ya que su meta final tiene por objetivo sustentar, y en su caso restablecer, la convivencia pacífica de

los pueblos y el respeto a los derechos fundamentales de los Estados miembros de la comunidad mundial, los cuales, en el caso que nos ocupa, han sido violados lisa y llanamente por el país agresor, que atacó con sus fuerzas regulares a un país soberano miembro de las Naciones Unidas, anexándolo a su territorio.

El orden de ideas de las razones jurídicas y políticas expuestas me conduce por estos propios fundamentos a apoyar el dictamen en mayoría.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra el señor senador por Catamarca.

**Sr. Amoedo.** — Señor presidente: para evitar a los señores senadores que tengan que escuchar un discurso completo, pronunciaré sólo unas pocas palabras, ya que, reglamentariamente, debo hacerlo, como firmante del pedido de esta sesión especial del Honorable Senado.

Como digo, mi intervención será limitada. Todos los señores senadores están fatigados por las extensas y medulosas exposiciones, a veces en defensa de tesis contrapuestas. La única razón que determina mi intervención —como ocurre en todos los órdenes de mi vida— es la de asumir la responsabilidad de mis profundas convicciones, que son las que hicieron que firmara el despacho de la mayoría de la comisión, otorgando al Poder Ejecutivo la facultad que requiere, circunstancia que está a consideración del Honorable Senado.

Creo que la posición del presidente y la resolución adoptada han sido justas y oportunas, porque los hechos que acá se han señalado demuestran la demencia de un dirigente que se cree enviado por la divinidad para resolver los problemas del mundo en que vivimos.

Quiero recordar algo que tenemos que saber como ciudadanos de un país suscriptor de la Carta de las Naciones Unidas, cuando fueron fundadas en San Francisco. Esa organización mundial incipiente y tímidamente naciente reprimió y sancionó entonces la nefanda acción de otro dictador mesiánico, que con razones filosóficas distintas representa lo mismo que el mundo en que vivimos observa frente a la actitud política y la acción agresiva del mandatario de Irak.

Existe otra razón que se ha omitido en el transcurso de las magníficas exposiciones realizadas. Se trata de un hecho real. La Argentina, con la doctrina de Rufino Varela, elaborada por uno de esos hombres de indiscutible prestigio que han pasado a la posteridad no sólo en el orden nacional sino en el internacional, sostuvo a través de su ministro de Relaciones Exterio-

res, que la fuerza no da la razón. Luego se produjeron otros acontecimientos donde la fuerza predominó sobre el derecho.

Además, ¿cómo no voy a estar en favor de la presencia de las naves argentinas en el golfo Pérsico? Más que todo —y creo que es verdad— se trata de un hecho simbólico. ¡Ojalá no fuera simbólico! ¡Ojalá que nuestros marinos, que nuestras fuerzas, jueguen un papel primordial para impedir este holocausto al que quiere someternos la demencia de un dictador extraviado!

Como miembro de la delegación argentina y del Parlamento Mundial recuerdo que cuando nos incorporamos al organismo después de que el país recuperó su democracia, era firme y sostenido nuestro principio por la defensa de la soberanía de nuestras islas ocupadas en 1833 por una fuerza extranjera.

En esa oportunidad, señor presidente, en la Conferencia 84, celebrada en Canadá, en nombre de la delegación argentina, sostuve los derechos irreversibles de nuestro país. Fue así que nuestra delegación, integrada por legisladores de distintas tendencias políticas, por primera vez, por 673 votos a favor contra 240 abstenciones, consiguió que se reclamara que las Naciones Unidas exigieran el cumplimiento del requisito establecido en la resolución 1514, por la cual se obligaba a Gran Bretaña a someterse a negociaciones bilaterales con agenda abierta, lo que permitió reafirmar el principio sostenido por la Argentina y negado por Inglaterra. En consecuencia, sería absurdo estar en contra de una resolución del Consejo de Seguridad que sienta un precedente en favor de nuestras futuras reclamaciones con relación al atropello de un gobierno extranjero sobre nuestras Malvinas. En este caso la agresión consistió en expulsar a los auténticos titulares de esas islas del archipiélago sur, que eran argentinas por herencia histórica, no obstante lo cual se destituye y destierra al gobernador designado por el gobierno argentino.

Es por eso que respaldo totalmente la posición adoptada por el señor presidente de la República, doctor Carlos Menem, y además por la oportunidad, coraje y decisión con que la adoptó para reintegrar a la Argentina al grupo de naciones civilizadas que repudian la transgresión del derecho y de las normas más elementales de la política internacional. Juzgándolo desde el punto de vista político, es lo que ha venido reclamando nuestro país en los foros internacionales.

No puedo dejar de afirmar, señor presidente, que la Argentina no tiene otra solución moral y

política que adoptar la posición que sea necesaria. Por supuesto, interesa humanamente lo que pueda ocurrir con los trescientos hombres que están en el Golfo y, sobre todo, si se produce alguna baja. Pero recordemos, señor presidente, que allí no hay ningún conscripto sino que son profesionales de las armas, expuestos a las contingencias de la profesión que eligieron.

De cualquier manera, tal como han dicho el señor presidente de la Nación y el señor senador por La Rioja, se encuentran a mil kilómetros de la posibilidad de un hecho de esa naturaleza.

Para honor de nuestras fuerzas armadas, creo que si tienen que intervenir en defensa de un principio de invulnerabilidad de la integridad territorial de un país como Kuwait, cumplen con la obligación moral de defender ese principio.

Estas son las razones fundamentales por las cuales voy a prestar mi aprobación irrestricta al dictamen que está a consideración del Honorable Senado y que lleva mi firma, en virtud de los hechos que acabo de exponer y en razón de mis profundas convicciones con relación al principio de invulnerabilidad de derechos internacionales de integridad territorial de pequeños Estados que, lejos o cerca de la Argentina, tenemos la obligación de defender.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra el señor senador por San Juan.

**Sr. Posleman.** — Señor presidente: a esta altura del debate y con las exposiciones que se han realizado en forma pormenorizada de todos los pro y los contra y las distintas razones y puntos de vista respecto del tema que estamos considerando, creo que nuestro aporte sería útil si en forma resumida expresamos las razones de nuestro voto.

En la oportunidad en que este cuerpo debatió el tema del envío de las dos naves al golfo Pérsico, dispuesto por el Poder Ejecutivo, sostuvimos que tal medida debía evaluarse desde dos puntos de vista. Uno, político, que respondía evidentemente a la reubicación del país en el mundo del desarrollo, según el cambio de política internacional que estaba imponiendo el Poder Ejecutivo en ejercicio.

Otro punto de vista, jurídico, es el referido a si dentro de las facultades constitucionales del presidente estaba la de ordenar, como comandante en jefe de las fuerzas armadas, sin previa autorización del Congreso, la salida de tropas fuera del país para colaborar en misión de control del embargo dispuesto por las Naciones Unidas contra Irak.

En aquella ocasión, considerando que la salida de tropas se hacía en misión de paz y no de

guerra, prestamos nuestro apoyo y votamos en consecuencia. En ese mismo momento, reivindicando nuestras facultades, las del Congreso, expresamos que, frente a la posibilidad de que se desate la guerra, es el Congreso quien debe decidir si nuestras fuerzas armadas pueden intervenir conforme a lo que resulta del artículo 67, incisos 21 y 25, de la Constitución Nacional.

Hoy, lamentablemente, estamos en presencia de una guerra ya desencadenada; se han desatado las hostilidades y, como consecuencia de ello, es el Poder Legislativo el único que tiene la potestad constitucional suficiente para resolver sobre la procedencia del proyecto de ley remitido por el Poder Ejecutivo.

Tal proyecto merece, a nuestro criterio, las siguientes observaciones. La primera es que implica una delegación de facultades propias del Congreso, al autorizar al Poder Ejecutivo para que disponga la adopción de "medidas adecuadas...". Esto está dicho sin mayores precisiones y en una forma vaga e imprecisa que no compartimos. La segunda observación se refiere a lo que dice el proyecto cuando señala que la fuerza militar destacada en el golfo Pérsico "...preste el apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse...". La autorización para que el Poder Ejecutivo disponga discrecionalmente, sin conocimiento ni autorización del Congreso, cuáles son las medidas adecuadas, significa una verdadera delegación de facultades; si vale la expresión, sería como otorgar un cheque en blanco.

En cuanto a la segunda observación, la referida al "apoyo apropiado" a las acciones a emprenderse, el proyecto aparece oscuro y ambiguo. Gramaticalmente, "apoyo" es lo que sirve para sostener o auxiliar y "apropiado" es lo acomodado o proporcionado para el fin a que se destina. Entonces, cabe preguntarse cuáles son las acciones a emprenderse que requieren el auxilio de nuestras fuerzas armadas, en qué consistirá ese auxilio y en qué proporción habrá que darlo.

Aceptar los términos en que el proyecto está redactado equivale a adherir indiscriminadamente a la guerra declarada y, por ende, a las acciones bélicas que ya se han emprendido.

El texto del proyecto no refleja nada de lo que el señor ministro de Relaciones Exteriores y Culto y el senador Menem, vocero de la mayoría, han repetido en conferencias de prensa y a través de los medios de comunicación, además de lo que hace instantes se dijo en este recinto que las naves argentinas destacadas en el golfo Pérsico se limitarán a cumplir con el embargo y, en

caso de aprobarse este proyecto, a prestar apoyo únicamente logístico, aclarando que este apoyo logístico se traduce en acciones como transporte de tropas, o medicamentos, o municiones. Es decir, de ninguna manera puede significar entrar en beligerancia.

El proyecto dice "apoyo apropiado" que por cierto no es igual que "apoyo logístico". En el léxico castrense la logística es la parte de la conducción militar que se ocupa del abastecimiento, mantenimiento y transporte de tropas, vituallas, etcétera.

Consecuentemente con esta posición, nuestro bloque, que apoyó con anterioridad el envío de naves al golfo Pérsico, prestará también su apoyo en general al proyecto en tratamiento si es modificado el artículo 1º del siguiente modo: donde dice "preste el apoyo apropiado" se elimine el término "apropiado" y se lo sustituya por el mucho más preciso de "logístico".

Merced a esta modificación se aclararían los alcances de la misión a cumplir por nuestras fuerzas cuyos extremos, además de ser puntualizados por el canciller, fueron ratificados por el señor presidente de la Nación.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra el señor senador por el Chaco.

**Sr. León.** — Señor presidente: durante largos meses los políticos estuvimos recogiendo papeles y antecedentes para ilustrar nuestra preocupación acerca del problema en el golfo Pérsico. Pareciera que esta montaña de información que fuimos juntando para tratar de blanquear nuestra comprensión ya hay que quemarla, porque en el escenario de las disputas, las bombas y los misiles están destruyendo a una parcialidad del género humano.

Para dolor de la vocación de paz de los argentinos, el hombre está mostrando otra vez que es un ser irracional. En esta guerra —que felizmente no está sobre nuestro territorio— tenemos un desafío especial, una preocupación especial, ya que nuestras tropas representadas por dos barcos de nuestra Marina de Guerra, están cerca de la zona participando en el marco de una resolución de las Naciones Unidas, teóricamente orientadas a poner en vigencia un esquema ético, un esquema de funcionamiento que cambie a las viejas Naciones Unidas del veto y de la prepotencia de las potencias por una sociedad internacional más justa.

Esto es un poco en esencia lo que ha manifestado el miembro informante de la mayoría, la esencia de la participación de nuestro país.

Nosotros —por lo menos yo, pero fundamentalmente nuestro partido, aunque en debates de

este tipo los partidos se achican frente a la responsabilidad que tienen los hombres de custodiar los valores de la nacionalidad— estamos realmente preocupados por si todos los argumentos de nuestra presencia no responden a una falacia que seguramente está siendo manejada con mucha buena intención y con lealtad a esos principios. Pero en esta crisis del Golfo mucho temo que los valores que de verdad se están definiendo no son los de la paz, sino los de los intereses creados de grandes potencias y grandes valores económicos. No olvidemos que en Kuwait estaba la Standard Oil, hace muchos años, manejando el monopolio del petróleo.

Escuché muy entusiastamente al señor senador Menem cuando dijo recién que la ley del más fuerte se ha terminado.

Señor presidente: lo que más me preocupa de este problema, aparte del derramamiento de sangre que pueda significar, es que aparecemos con una incoherencia política en el manejo inteligente que tenemos que hacer de nuestra presencia internacional.

Aquí hago una pregunta. Vamos al Golfo en nombre de la moralidad y defender el territorio ocupado por otra nación, pero en nuestro país hacemos políticas pacifistas y conciliatorias con los que nos pisotean. ¿Qué estrategia nacional puede ser arriesgar la guerra para defender el territorio de Kuwait o la Standard Oil, como quieren llamarle? ¿Buscar la paz y tener la indignidad, el dolor y la cicatriz de que aceptamos jurisdicción inglesa para pescar o custodiar los mares?

A mí no me gusta esta política, porque creo que no nos representa. El mundo está viendo cómo se está agotando un tiempo, el de este siglo, con grandes transformaciones. La revolución va creando la tecnología que mezcla las culturas, pero por arriba y por debajo de la transformación, de la ciencia y de la tecnología, hay un hombre en el mundo que está preocupado, puesto que esa tecnología también está acentuando la dependencia.

Aquí se habló de un nuevo orden. Esencialmente votaré en forma negativa este proyecto porque creo que no estamos interpretando lo que necesitan la Argentina y América en el marco de ese nuevo orden que tenemos que elaborar.

No creo que haya traidores en nuestro país, pero algunos se pueden equivocar. Muchos de nuestros dolores han resultado de pecados y de errores cometidos por argentinos. Entonces, creo que estamos corriendo el riesgo de pretender creer que vamos a corregir algunos de los fac-

tores de nuestros dolores y de nuestra decadencia con medidas de este tipo.

Somos un país que tiene pecados y que tenía el 50 por ciento del producto bruto de América latina tres meses antes de que lo echaran a Yrigoyen; ahora, tenemos mucho menos. Contábamos con el doble del producto bruto del Brasil, ahora, casi tenemos la mitad del producto de San Pablo. Somos uno de los países que más caminó para atrás.

Desde el 30 en adelante hubo sólo algunos gobiernos legítimos y banderas honorables que intentaron custodiar los intereses del país. Todos sabemos cuáles fueron los períodos de cada gobierno. El país parecía un botín listo para el despojo del lucro sensual material, por parte de algunas dirigencias que se instalaron, sea por la dictadura, sea por el fraude. Los argentinos estamos pagando esta declinación. Hoy estamos arriesgando, y creo que éste es un desafío —saben que siempre digo todo en forma muy respetuosa— para los políticos y, fundamentalmente, para los que tenemos representación parlamentaria. Da la sensación desde hace ya algún tiempo de que la política, en este aspecto de nuestra declinación, en lugar de estar orientada por sí misma, lo está más por la concentración económica. Entonces, aquí estamos yendo hacia una encrucijada del destino, un poco motivada, a lo mejor ingenuamente, por alguno de estos valores.

Tengo aquí un artículo sobre el Golfo escrito por Flora Lewis, publicado en el "New York Times", que dice que lo que provoca la crisis del Golfo es el dinero que genera el petróleo; sólo un mojigato, concluye, podría negar eso, aunque muchos otros factores legales, políticos, sociales y emocionales también hacen lo suyo. Luego, manifiesta que Irak compró mucho, gastó mucho en armas y tuvo que utilizar lo que había comprado para ver cómo recuperaba su propia inversión.

Pero mi preocupación está dada porque pareciera que nuestro gobierno se ha apurado a bendecir a un nuevo orden internacional que todavía no está bautizado. El nuevo orden está constituido —según la interpretación del señor senador Menem— por estas Naciones Unidas donde, de golpe, todos los que violaron su Carta orgánica desde el 45 hasta ahora, se transformaron en puros, limpios, revolucionarios. Y los Estados Unidos, que van al Golfo a recuperar la tierra de Kuwait, no se acuerdan de que están pisoteando desde hace tiempo a Grenada. Nosotros condenamos —creo que por unanimidad— en este Senado al presidente de Irak, del mismo modo en

que condenamos por unanimidad lo que se hizo en Panamá y en Afganistán.

La Argentina siempre trató de orientarse mediante valores y principios éticos de funcionamiento internacional. Fijense si seríamos éticos que en la Carta de la OEA se recoge una frase de un ministro argentino, aquello de que la victoria no da derechos; tal vez un acto de ingenuidad en el campo internacional.

Pero estoy preocupado, e insisto en que cuando vino el presidente Bush el doctor Menem quedó un tanto comprometido en una asociación que, creo, tiene sus riesgos para nosotros. Estados Unidos, que lidera todo este proceso, es una gran nación, respetable. Salvó al mundo de ser víctima del nazismo. Pero tiene estrategias que custodiar que no siempre se compadecen con la nuestra. Ahora es unilateralmente el líder del mundo y tiene que mantener su liderazgo, mientras que nosotros tenemos que empezar a crecer. Y algunas de las políticas que dictan los que tienen que mantener el liderazgo, chocan con las que nosotros tenemos que elaborar para volver a crecer: políticas de ajuste, actitudes de tipo financiero, apretones en el campo internacional, etcétera.

Yo no descalifico a este gobierno porque en algún porcentaje el año también estuvo flojo; y lo puedo decir porque critiqué antes como crítico ahora. ¡Y para qué hablar del drama del gobierno militar que financió la revolución boliviana! El general Videla sale en libertad y quiere la reivindicación para quien transmitió por televisión el casamiento del príncipe de Gales; para el que le dio un avión a un ministro inglés para que vaya a visitar las islas Malvinas; para los que instauraron una política económica que dejó al país la herencia de tener que estar condicionando muchos aspectos de nuestra economía por la deuda externa. Este es otro país; pero son culpables, y esto también tenemos que decirlo. Porque cuando en un debate queremos hablar de soberanía debemos hacerlo también de estructuras militares. Por eso dije aquí, cuando defendimos la ley de defensa nacional, que no podíamos tenerla con ladrones en el Banco Central o enmarcada la República en ciertos esquemas financieros.

Tampoco podemos hablar de defensa nacional si ciertos dirigentes, en algunas circunstancias, son capaces de gastar 200 millones de dólares sacándoselos a los argentinos, en el financiamiento de un golpe de Estado contra hermanos bolivianos.

Pero a mí me preocupa esto que votamos porque creo que nosotros, de buena fe, estamos tra-

tando de custodiar algo que no está claro. Considero que nos apuramos al mandar los barcos. Tengo sobre mi escritorio el informe que elevó la Consejería Legal de la Cancillería el 29 de agosto de 1990, cuando surgió este problema. Allí, nítidamente se aconsejaba el tratamiento de este asunto en el Parlamento. No se les hizo caso. Mandamos los barcos. Y resulta que después, cuando vino aquí el canceller, le pregunté cómo se financió todo esto —hay senadores que lo pueden atestiguar—. El nos dijo que Kuwait había establecido una financiación que, hasta el 15 de enero, implicaba el gasto de 18.900.000 dólares. Entonces, de continuar en la zona luego del 15 de enero, habrá que realizar otra financiación.

Le pedí al canceller que sacara 20.000.000 de dólares de las reservas del Banco Central y lo pagáramos nosotros, porque si el gobierno dispone que los barcos permanezcan en la zona, también tiene que hacerlo en cuanto a que no sea cubierto con cuotas aportadas por los países realmente interesados, sino con nuestro propio capital. Es una forma de resguardar nuestra propia dignidad. Y también el señor miembro informante dijo que lo que está en juego es el concepto de una nueva seguridad colectiva. Esto requiere que pensemos en cuál ha sido la idea capital para mandar esos barcos cuando países que están en el Consejo de Seguridad no lo han hecho. Por ejemplo, la Unión Soviética votó y aprobó todas estas resoluciones pero no envió un solo soldado; y nadie me puede decir que esa nación, a pesar de la deformación y de la crisis que hace parecer que la *glasnost* se está ensuciando, no va a participar del nuevo orden internacional. Pero este nuevo orden que tiene que surgir debe ser precisamente eso y no una persistencia del actual.

Ahora, se juntan los siete grandes y le dicen al mundo cómo tiene que comer, cómo tiene que vivir, hasta dónde pueden tener techo y hasta dónde pueden tener libros.

El nuevo orden que tenemos que hacer los argentinos con América es lograr una nación latinoamericana; ver si todos juntos podemos empujar y ser dueños de una de las patitas de la mesa que ponga en marcha nuevos esquemas, porque si los otros siguen pensando por nosotros vamos a seguir declinando nuestra propia emancipación.

Y seguramente en medio de este marasmo que es la sociedad internacional de nuestro tiempo, los políticos de todos los partidos tenemos conciencia de que para transitar hacia nuestra recuperación necesitamos engranajes de



política mucho más independientes de los que realmente tenemos.

No puedo aceptar como hoy ni como ayer ni como durante los gobiernos militares al Banco Central diciendo cómo será el presupuesto de la República.

Nosotros podemos enviar los barcos y decir que queremos asistir al bautismo como un país importante en el nuevo ordenamiento, pero tenemos que cambiar las formas, las estructuras y tener una personalidad que nos haga más emancipados porque, de lo contrario, por más que nuestros barcos vayan, no vamos a tener el prestigio que en otras circunstancias tuvo nuestro país.

El señor senador Menem se refirió a la tercera posición. Quiero recordar, sin ánimo de entrar en una polémica con el Partido Justicialista, que el general Perón envió un telegrama al secretario de las Naciones Unidas diciendo que iba a enviar tropas a la guerra de Corea. Yo lo leí en el debate que se realizó en la Cámara de Diputados con relación a la presencia de dichas tropas. Después, algunos se equivocaron. Parecía que por ahí querían meter miedo.

En resumen, nosotros tenemos que definir una estrategia nacional. Estamos llegando, como lo señalé hace un momento, al fin de un siglo en el que se están produciendo cambios, y la velocidad de éstos debe estar compaginada también con el cambio de estructuras del país.

Nosotros tenemos políticas agotadas, estructuras obsoletas, estamos realizando políticas de ajuste que fracasaron en toda América y hace veinte años en nuestro país. El resultado de esto es siempre el mismo: recesión y un pueblo cada vez más pobre. Es una bendición tener un pueblo con las características del nuestro, que trabaja, no se rinde, no tiene rencores, con la declinación de la clase media y con la existencia —hoy y ayer— de algunos pillos que se aprovechan de ciertas circunstancias para enlodar el funcionamiento político, económico o social, con un criterio puramente materialista de la vida. Para fabricar este nuevo orden dicen que van cayendo las ideologías, pero aunque haya caído el Este y aunque parezca, a través de la propaganda liberal, que el capitalismo se ha humanizado en el mundo, sigue habiendo más de mil quinientos millones de hombres que tienen hambre. En el Tercer Mundo todos los días mueren de hambre cincuenta mil chicos.

Entonces, el nuevo orden no debe estar basado en el privilegio y la potencia de las naciones. Tiene que ser un nuevo orden armonizado, equilibrado, de mejor distribución, donde

el hombre que no tiene bomba atómica y que no puede asustar ni meter miedo también tenga la jerarquía de su propia dignidad.

Estoy pensando como político y hago esta reflexión: el debate que estamos haciendo no tiene la simpleza de si vamos a traer o a dejar los barcos. Tiene otra profundidad. Quiero saber qué es lo que queremos hacer con la estrategia de nuestra presencia en el Golfo o con nuestra retirada.

Yo haría esta pregunta: si los Estados Unidos se quedan en el Golfo durante diez años —como yo creo que va a ocurrir—, ¿qué vamos a hacer nosotros? ¿Vamos a dejar los barcos diez años o los vamos a traer?

No hay que ser una persona demasiado perspicaz para advertir que la tremenda inversión de algunas naciones tiene como objetivo quedarse arriba del petróleo, elemento que por ahora no ha podido ser reemplazado y que según algunos países se está vendiendo a precios muy baratos.

Ya que hablo de esto, quiero señalar que uno de los corolarios de este debate debería ser un pedido al gobierno nacional para que por favor vuelva a regular el esquema petrolero argentino. No puede haber libertad de exportación para nuestro petróleo porque tenemos reservas para diez u once años, trabajando el país a media máquina como lo está haciendo ahora. Si podemos trabajar más —tengo confianza en que vamos a poder salir de esta emergencia—, la Argentina va a necesitar mucho petróleo.

Es casi una historia de ciencia ficción absurda que tengamos que subsistir padeciendo esta crisis, considerando los recursos que tenemos: nuestra inteligencia y la jerarquía de nuestra cultura.

No puede ser que algunos liberales que se han colocado en el espinazo de algunas decisiones hagan que este país se esté manejando no como una nación en crisis sino como un Estado casi en liquidación. A nadie de nosotros se le ocurriría, aunque estuviese muy pobre, vender primero la casa para salir de la crisis. Sin embargo, aquí se están haciendo algunas cosas que no están bien.

Por ejemplo, el otro día el Banco Central tuvo que vender 150 millones de dólares en una sola jornada y el gobierno vendió Aerolíneas Argentinas en 130 millones de dólares y encima había quienes querían pedirle plata prestada al Estado para hacer esa compra. Estas cosas no hacen a la defensa de la soberanía nacional. Así como se piensa en la necesidad de estabilizar la eco-

nomía, creo que también se puede combatir la inflación creando riquezas.

Esta mañana le envié un telegrama al ministro de Economía para que no cierre el Banco del Chaco, que tiene una deuda de 40 millones de dólares. Me animé a pedirle que no pague los 60 millones de dólares mensuales de la deuda externa y que nos deje algo para salvar una institución que sirva a nuestro propio crecimiento.

Esto que estamos tratando está totalmente ligado a una estrategia nacional. ¿Cuál es nuestro proyecto? Creo que nos está fallando el proyecto; no lo tenemos; no planificamos bien nuestros recursos.

Anoté algo que hace instantes dijo el senador por La Rioja: que tenemos que salir de la ley del más fuerte. ¿Quién puede no estar de acuerdo con esto? El drama universal de las naciones como la nuestra es que el mundo se andaba manejando como una selva. Y cuando aquí, en el país, se instaló la ley de la selva, también significó nuestra declinación. Somos una nación con muchos matices, pero debemos tener un común denominador: cuál va a ser nuestro destino y cómo lo vamos a buscar. Humildemente, no sé en este momento si los barcos tienen que volver. Ya empezó la guerra. Firmé el despacho y creo que tienen que volver. También debería consultarse a las fuerzas armadas, que es una institución que debemos tener en cuenta al fijar las estrategias de la Nación. Pero creo que uno de nuestros pecados es que a veces resolvemos temas sin consultar los canales por los que pasa el funcionamiento nacional.

Han dicho algunos funcionarios que se pretende justificar que ya nos estamos adscribiendo a un mundo que pareciera que será manejado por la potencia triunfadora, porque estamos hablando de un nuevo orden. Creo que este Bretton Woods está muerto. Los acuerdos que hicieron las potencias triunfadoras al finalizar la última guerra constituyeron estrategia y comercio internacionales: el GATT, el Banco Mundial, el Fondo Monetario. Pero eso está agotado porque se ha hecho una distribución perversa del mundo y se sigue acentuando la riqueza, que trae el poder económico, trae los misiles, las bombas y el poder que destruye.

Por otro lado, están los países pobres. Un desafortunado como el presidente de Irak pone a un pueblo con determinadas características en pie de guerra y todo lo que hace es achicar el consumo y producir más armas.

Sobre este mundo en el que se muestra una actitud de prestigio y conducción unilaterales

por parte de una potencia, Brodsky decía que pareciera que se mostrara sólo el poder del dinero, que el poder del dinero será lo que va a unificar y aquello por lo que los pueblos van a distinguirse, por sus tipos de cambio. Es decir; se va a producir una actitud hegemónica a cargo de un número de naciones, en la medida en que otras no resuelvan sus problemas de identidad.

En una palabra, no estoy de acuerdo con que las naves permanezcan en el Golfo porque creo que allí no se está jugando un proyecto nacional. Creo que la Argentina necesita un proyecto nacional. Digo esto teniendo en cuenta las circunstancias que presentan nuestros matices políticos. Debiera existir un consenso que privilegie a la Nación por sobre algunos de los factores que están tirando de la cola a nuestro crecimiento.

Simplemente, quería hacer estas reflexiones y no seguir el debate institucional sobre si esto reviste constitucionalidad o no.

También está el problema de la neutralidad, que aquí fue mencionado. Al respecto quiero decir que para el radicalismo la neutralidad no es abstracta, miedosa, como una chica que se esconde. Cuando el radicalismo tuvo que jugar un papel neutral fue porque esa actitud era afirmativa, dinámica. La neutralidad era no abrazarse a dos causas perversas y quedarse, a lo mejor, en el medio, pero no quieto y sosegado.

Aquí tengo un librito de Ricardo Rojas en el que se comentan episodios de la vida internacional del país. Refiriéndose a la definición de neutralidad, dice que hay diferentes clases: perfecta, imperfecta, natural, convencional, modificada por tratados concurrentes de neutrales o beligerantes, afectada por agresiones o reclamaciones en cuya gestión los hechos, el derecho, la política y la jurisprudencia internacionales, suelen andar por caminos divergentes.

Leí, señor presidente, que el ministro dijo ayer que no somos neutrales. Yo no quiero ser neutral porque no podemos serlo frente a este mundo que necesita brazos solidarios, consensos, una dinámica que lo cambie. Parece triunfante este capitalismo humanizado que quieren vender los liberales, pero hay una revolución suelta que tiene que sedimentar en América latina y en la Argentina.

Aquí nos quieren decir que el Estado es prácticamente el diablo. Sin embargo, admiran a países que tienen altos porcentajes del Estado en la elaboración de sus economías y políticas. Somos socios de un país que subsidia y protege; somos socios de países europeos, como Alema-

nia, que también hace lo propio; y también lo somos de la Comunidad Económica Europea, que acaba de firmar un convenio diluido, raquítico y descolorido con América latina, porque no se expresa qué se hará con la deuda ni cómo se romperá su propio proteccionismo.

Entonces, por un lado, pretendemos meternos profundamente en un espacio trascendente, pero por el otro estamos apareciendo como socios de algunos valores que son los que deforman nuestra propia pretensión.

Aquí se dijo que los comandantes van a manejar en forma exclusiva nuestros barcos. Todos sabemos que en esa área la coordinación significa unificar mandos. ¿Quién de nosotros duda de que si el comandante de alguna de nuestras naves dice que hay que ir por allí pero el americano dice que hay que ir por allá, no se irá por allá? Pero esto puede ser casi una anécdota porque hemos elegido esta estructura.

Voy a terminar rogando a Dios para que pueda ser cierto lo que dijo el señor senador Menem, es decir, que la ley del más fuerte ha terminado. Eso sería, prácticamente, un nuevo esquema de emancipación, pero no se puede ser muy optimista al respecto.

No es posible que digamos que estamos en misión de paz y el presidente de la Nación exprese que estamos en guerra.

Dejo este debate para no repetir las cosas que ya se dijeron. Quería participar porque me parece que siendo miembro de las comisiones de Defensa Nacional y de Relaciones Exteriores y Culto tengo la obligación de decir humildemente lo que pienso.

Tengo la idea de que habrá que luchar mucho en las Naciones Unidas para que sea como pretende el informante de la mayoría. Habrá que suprimir el derecho de veto, que fue una de las causas de muchas de las deformaciones del país.

Seguramente vamos a hacer esto si somos capaces de reencauzarnos y de discutir, como ahora. Pero debemos advertir que después de ello tenemos que trabajar y tirar para el mismo lado.

En este Senado estamos representantes de distintos partidos. Por viejo, nombro primero al nuestro, que en un mes va a cumplir cien años, en una nación que todavía no tiene doscientos de vida independiente. Es decir que estamos en nombre de un partido histórico en estas bancas.

La mayoría pertenece a un partido con menos años, pero con igual significación, porque sirvió también al proceso de recambio y mejoramiento social de la Nación.

Y están los partidos que representan la idea federal, que estuvo en el bautismo del funcionamiento del país.

Cada uno va a votar según lo que piensa. Yo voy a votar por el dictamen de mi bloque. No creo que los barcos en el Golfo sirvan para la estrategia nacional que el radicalismo anda buscando. Y quiero terminar con una de las preguntas que hice al comienzo: ¿a qué estrategia sirve que mandemos, a lo mejor con la posibilidad de que muera algún muchacho argentino, naves para redimir a Kuwait? Y no somos capaces de tener una actitud más enérgica frente a los gringos que están pisoteando nuestra propia tierra.

Habría que preguntarles a los militares de nuestro país si aceptan esta política; los mandamos a pelear por Kuwait y hacemos un pacifismo casi deformante, como el acuerdo con los ingleses para custodiar una zona de pesca.

Yo creo en la Nación, señor presidente. Creo en mi partido, pero mucho más en la Nación. Soy mucho más argentino que radical. Pero también creo que el país de mis sueños tiene una alta interpretación en las ideas de mi partido. Y creo que en este asunto las ideas del radicalismo son una bandera honorable, para seguir custodiando muchas cosas que nos legaron quienes fueron forjando el pensamiento de la Unión Cívica Radical.

Yrigoyen fue un baqueano en lo interno y en lo externo. Allí tuvo el coraje de decirle al presidente del Banco Mundial que se fuera en veinticuatro horas, porque no admitíamos el pensamiento de los de afuera. A mí me hubiera gustado que el presidente Menem no hubiera dicho nunca que está contento porque Bush está contento. Esa no puede ser nunca una política para una nación que tiene que custodiar su identidad.

Por custodiar la identidad voy a apoyar con total convencimiento, aunque respetando otras actitudes, el dictamen de la Unión Cívica Radical. *(Aplausos en las galerías.)*

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Corresponde que haga uso de la palabra el señor senador por La Rioja.

**Sr. Sánchez.** — Señor presidente: las expresiones que hemos escuchado en esta ya larga sesión, y el apasionamiento puesto por cada uno de los señores senadores que hicieron uso de la palabra en los distintos aspectos que se tocaron, muestran a las claras la importancia fundamental que tiene el proyecto que estamos considerando, porque más allá del acierto o del error, éste quedará como un jalón en la historia de nuestra República.

Esta situación ha permitido que se incursione por todos los campos que hacen a la vida de nuestro pueblo y de la humanidad, lo que muestra esta situación de crisis que tanto nos angustia y nos hace reflexionar para que con el debido respeto escuchemos las opiniones de los otros y seamos escuchados.

No podemos negar que tenemos el alma contrita y el espíritu embargado por un tremendo dolor, porque el azote de la guerra está castigando a pueblos que son víctimas de manojos tenebrosos, aunque se pretenda hacer ver que se están defendiendo la libertad y la democracia.

El problema de Kuwait no es sólo el de esta nación, que ha sido invadida y ocupada, hecho que en su momento hemos criticado y abominado —me refiero a la acción de la República de Irak—, posición que hoy reiteramos.

Creo necesario bucear en la historia para que vayamos uniendo los eslabones de la cadena que nos permita comprender la real dimensión de esta desgastada situación, en la que se está muriendo y matando.

Aquí se habló del conflicto en el golfo Pérsico y creo que es errónea la puntualización de ese nombre porque el problema es del Medio Oriente, del cercano Oriente o del próximo Oriente, como se lo quiera llamar, zona en la cual, desde el fondo de la historia, se están viviendo conflictos por una u otra razón. Hablo de ese próximo Oriente por el que alguna vez pasó Marco Polo y donde vio arder las arenas bituminosas del desierto de Arabia, a punto tal que creyó estar en el infierno. Y ahora, nosotros tenemos el infierno en llamas producidos por estos bombarderos inmisericordes a poblaciones indefensas.

Es ese mismo Medio Oriente que, sojuzgado a través de los tiempos por la acción de distintos imperios, surge un personaje al que se lo aureoló de leyenda, que servía a los intereses de su país, el imperio británico, conocido como Lawrence de Arabia, quien consiguió pacificar los ancestrales enfrentamientos tribales para enfrentar al imperio turco y tratar de organizar los Estados que actualmente conocemos y que vio finalizar la Primera Guerra Mundial quedando esos países bajo el protectorado anglofrancés.

El mundo europeo efectuó esa distribución con las clásicas maniobras de dividir, hecho que conocemos de las grandes potencias para poder manejar mejor. Después de la Segunda Guerra Mundial, terminado ese protectorado, las naciones del Medio Oriente adquirieron tremenda relevancia por las posibilidades económicas que significa el petróleo, que transforma a esas na-

ciones pobres hasta entonces en naciones con ingresos de dinero realmente fabulosos, aunque sus estructuras políticas derivadas de la tribu, determinan absurdas monarquías que aún persisten, capitalizan los ingresos a través de este factor que es el fundamento de la guerra y de los enfrentamientos entre los pueblos. Esto es lo que sucede ahora, aunque se trate de disfrazar con una supuesta defensa de la libertad y de la soberanía de un Estado ocupado. Este es el fondo de la cuestión, señores senadores.

Me voy a permitir leer, a continuación tres o cuatro cosas que opinó el embajador de Argelia en un reportaje que le realizara el diario "La Nación" el pasado 14 de diciembre.

La pregunta periodística fue la siguiente: "¿Qué es lo que subyace y dio génesis a este conflicto?", ante lo que el embajador respondió: "El petróleo", y agregó: "Durante los próximos cincuenta años seguirá siendo la principal fuente de energía; quien cuente con él tendrá poder". Pero se olvidó de decir que no es sólo una fuente de energía sino también una fuente fundamental de la industria petroquímica, y que en la zona de Medio Oriente está la tercera parte de la reserva petrolera del mundo, pese a que se pretenda disimular la importancia de esta situación, porque la producción de petróleo se incrementa en el Mar del Norte, en los Estados Unidos, en el golfo de México, en Venezuela, en Ecuador, etcétera. Pero aquí falta decir quién se alzó con las ganancias que produjo el aumento del valor del barril, que de los 16,40 dólares pasó en algún momento a valer 46.

Aquí tampoco se dice, señor presidente, lo que señala un hombre del mundo árabe en el sentido de que debemos comprender que nuevamente Medio Oriente es escenario de una lucha entre los países centrales y los que no lo son porque, lógicamente, como lo acaba de señalar el señor senador por el Chaco, las empresas multinacionales que operaban en Kuwait y que manejan la producción y la construcción del material que se necesita para la explotación y comercialización petrolera no pueden permitir que alguien les haga peligrar ese gran negocio de unos pocos en detrimento de muchos otros.

Es más, el embajador de Argelia sostiene que Irak perderá la guerra, pero aun con ese resultado —que es previsible— cambiarán las condiciones del mundo en distintos aspectos, como la situación política, económica, estratégica —obviamente— y hasta la condición de la ecología, porque se sostiene también en todos estos artículos que pocas veces salen en las páginas de los diarios, que son las que suelen traer las

noticias más importantes, que, si se llegasen a volar los pozos petroleros como lo anunció Saddam Hussein, se elevaría la temperatura del globo en veinte grados y se produciría un gran desequilibrio ecológico que alcanzaría hasta nuestra América.

Esto muestra que no se ha reparado en las consecuencias funestas que pueden tener acciones de esta naturaleza.

También es lógico que nosotros señalemos el gran negocio de los traficantes de la muerte, como son los fabricantes de armas. Como aquí se dijo, qué le puede importar a los Estados Unidos el gasto que realiza en esta guerra si en una sola operación le vendieron armas a Arabia Saudita por valor de 20.500 millones de dólares. Si estas cifras fueran ciertas nos estarían mostrando el esqueleto macabro, cruel y despiadado de los intereses que se están jugando.

Aquí se han traído a colación las resoluciones de las Naciones Unidas, de las que formamos parte, y nos sentimos contentos porque por primera vez hay una acción punitiva contra un Estado que ha invadido a otro más pequeño. Reitero que abominamos de esa actitud de Irak hacia Kuwait, pero nosotros no nos detuvimos a pensar que quien lidera ese movimiento de naciones que se pusieron de pie para llamar la atención a Irak es, precisamente, Estados Unidos de América.

De acuerdo con algunas informaciones periodísticas, por ejemplo las que publica "Clarín" en la página 20 de la edición del 15 de enero, al hacer referencia al despliegue de fuerzas norteamericanas en el golfo Pérsico, hay más de 340 mil hombres en la región; 1.000 tanques sólo en Arabia Saudita; 2.000 blindados; 2.000 aviones; 1.000 helicópteros; 60 buques de guerra y 6 portaaviones; allí está la flota del Pacífico, la del Atlántico y los barcos que partieron desde el territorio estadounidense. Todo esto conforma una capacidad de fuego terrorífica porque en total se habla de 4.500 aviones en operaciones, más de 2.500 tanques de guerra y hasta los aviones invisibles que se utilizaron en Panamá, además de los infantes de Marina.

En el caso de Panamá, no hubo Naciones Unidas para defender a ese pueblo invadido, donde se destituyó a un dictador que era el resultado de la política de Estados Unidos implementada a través de la CIA, de la que el señor Bush, hoy presidente de esa potencia, era su director general.

Entonces, nos han estado preparando psicológicamente para que pudiésemos aceptar esta hecatombe. A los hombres sensibles, a los hom-

bres que tenemos sentido de humanidad nos muerde el dolor de sólo imaginarnos el espanto que en este momento se está viviendo en aquella parte del globo.

Hemos concurrido para contribuir a hacer efectivo el bloqueo realizado por las Naciones Unidas. Aquí he expresado mi disconformidad con esa medida que, a mi juicio, era inconsulta, dado que el Poder Ejecutivo soslayó una facultad del Parlamento perfectamente determinada por la Constitución. Bueno, aceptémoslo hasta ahí, hasta ese bloqueo que constituye una acción.

Ahora nos envían este proyecto para que autoricemos a apretar el gatillo. Como argentino y como peronista creo que este gobierno mío se ha equivocado. Sólo Dios sabe cuánto me cuesta hacer abstracción de mis sentimientos y de mis afectos para hablar de esta manera. Pero también soy fiel a mi escala de valores y a mi postura política de que primero está el país y después, todo lo demás. Este no es un problema de la Argentina.

No podemos entrar a discutir las posibilidades de un nuevo orden, como se lo llama, porque no sabemos en qué Bretton Woods se está discutiendo. No podemos entrar a discutir este supuesto nuevo orden prendidos de los faldores de los poderosos o entrando por la puerta del fondo porque ello atenta contra la dignidad de la Nación y, bajo ningún concepto, los argentinos vamos a resignarla, no estamos atacados de xenofobia, ni en posiciones ultras. Estamos en la posición de todos los tiempos, que heredamos de nuestros abuelos. Estamos como cuando frente a la gnomonía de un régimen de entrega reacciona el pueblo a través de la Unión Cívica, que sintetiza Hipólito Yrigoyen cuando dice que "los pueblos son sagrados para los pueblos y los hombres son sagrados para los hombres." Cuando nosotros nos mantenemos al margen de los conflictos, más allá de algunos errores que hemos cometido, dado que siempre hemos concurrido a cualquier lugar del globo a extender nuestra mano solidaria a la humanidad doliente, no podemos de ninguna manera prestarnos de guardia pretoriana para los mandones de turno. No podemos llegar al estado de aquílarnos. Surge de lo que dijo el canciller Cavallo cuando hizo referencia a que los kuwaitíes no habían cumplido con el compromiso de pagarnos los 18 millones y medio de dólares. Es duro decirlo, porque nos laceró el alma. También estamos llegando al final y es necesario que hablemos con absoluta claridad, más allá de los errores de nuestra posición. Porque cuando po-

nemos sinceridad mostramos el valor de las cosas; entonces también tendremos el valor y la entereza de reconocer el error en que caigamos.

Esto es una guerra, señor presidente, en la que se está combatiendo con una ferocidad sin límites, donde a cada minuto se sigue extendiendo el campo de batalla y decimos muy sueltos de cuerpo que nuestras naves están a mil kilómetros y que no nos va a alcanzar la acción bélica. El solo hecho de estar en el teatro de operaciones hace que estemos participando del acto bélico. Aquí traigo a colación la reflexión del criollo que decía que "tanto tiene la culpa el que mata como el que ayuda a ello." Y esto es así, es cierto. Desde ningún punto de vista podemos caer en ese estado de denigración moral.

Por otra parte, se nos dice que vamos a insertarnos en el mundo moderno y que si no lo hacemos en esta oportunidad perderemos el tren de la historia. Pero desde México hasta el Polo Sur somos el único país que hace acto de presencia en el Medio Oriente. Entonces, o todos nuestros hermanos americanos son muy brutos e incivilizados y no entienden el mandato de la historia, o nosotros somos muy inteligentes y por eso lo captamos y estamos allí.

Creo con absoluta sinceridad que aquí hay un error que lo podemos reparar en este cuerpo legislativo, que ha sido soslayado casi con desprecio hacia las instituciones, porque debemos señalar que a los mercenarios apátridas les importan muy poco las instituciones. Aquí estamos pensando y especulando cuánto perdemos o cuánto ganamos con nuestra actitud. Podremos ganar mucho dinero, tal vez, aunque no lo creo. Pero si así fuera, ese dinero no servirá para limpiar la mugre moral en que caigamos.

Por eso, es necesario conservar la altivez moral que hemos tenido a través de nuestra historia y no nos debemos quedar solamente en la nostalgia. Debemos tener en cuenta, como muchas veces se ha dicho, las lecciones del pasado.

Muchas veces estuvimos en conflictos y en guerras que hemos ganado. Sin embargo, pese a ello perdimos territorios en las trastiendas, en las negociaciones sucias de quienes en esos momentos nos representaban.

Es necesario hablar de la recuperación de la fisonomía real de nuestro ser nacional para tener la conciencia cabal de nuestro continente de habla castellana y de la cosmovisión necesaria para servir a la humanidad, como lo señalara San Martín desde Lima, cuando proclamó la independencia del Perú.

Esto es doloroso. Pareciera que yo, como periodista, estoy en contra del gobierno. No estoy en contra de este gobierno, que es de todos los argentinos, y me enorgullezco de que haya salido del movimiento justicialista. No estoy en contra, sino que discrepo con una medida que se ha adoptado. Y lo hago sinceramente porque me sería mucho más fácil andar en las oscuridades de los laberintos de los negocios que tener que fijar posiciones con el riesgo de que ellas sean mal interpretadas.

Me duele esta situación por los afectos que me unen a muchas personas que están en la función de gobierno. Pero también sé que al adoptar esta posición soy leal con mi patria, que es decir conmigo mismo, porque no hay ninguna razón valedera que me diga que tenemos argumentos para intervenir en algún lugar del planeta donde sólo se juegan intereses económicos sucios, sin pensar en la lesión que se infiere a la condición humana.

Por esas razones, expresadas quizá demasiado apasionadamente, con la vehemencia que nace de mis propias convicciones, de la fundamentación de mi vida, voy a votar en contra del proyecto del Poder Ejecutivo. (*Aplausos en las bancas y en las galerías.*)

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra la señora senadora por Santa Fe.

**Sr. Trilla.** — Perdón, señor presidente, no me opongo a que haga uso de la palabra la señora senadora por Santa Fe, pero debo decir que luego del señor senador Sánchez estoy anotado yo en la lista de oradores, salvo que se haya producido alguna modificación.

**Sra. Gurdulich de Correa.** — Así es, señor presidente: estaba el señor senador Trilla.

**Sr. Trilla.** — Puedo cederle la palabra a la señora senadora, si así lo dispone la Presidencia.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — No se trata del orden que la Presidencia dispone sino del que habían fijado los señores senadores.

**Sra. Gurdulich de Correa.** — Reitero que luego del señor senador por La Rioja estaba anotado el señor senador por la Capital.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Entonces, corresponde que haga uso de la palabra el señor senador por la Capital.

**Sr. Trilla.** — Señor presidente: se hace difícil entrar al debate de un tema tan importante para la República, para la propia historia argentina, y para el futuro, porque, realmente, se trata de una escalada especial en la historia del país.

Hemos escuchado algunos discursos que hacen un análisis profundo, con inteligencia en la explicación de los temas, de las distintas circuns-

tancias que nos llevaron a este punto de los acontecimientos. Tanto el sector del justicialismo como los hombres de mi partido han hablado con intensidad. Los representantes de mi bloque se han manejado con los conceptos básicos del radicalismo, considerando las circunstancias actuales que mueven los intereses de la Nación. También se oyó la palabra de los dos miembros de los partidos provinciales presentes esta noche.

He escuchado con mucha serenidad el discurso reciente del señor senador Sánchez, que puso de manifiesto una nota de emoción y de sinceridad en el pensamiento que se tiene sobre las cosas de la Argentina. Esto indica la riqueza existente en los hombres que hoy ocupan las bancas senatoriales de la República, donde cada uno pone su capacidad y su emoción para defender los criterios que cree oportunos para el mejor andar de nuestro país. Por eso es que, si bien es cierto que había anotado algunos puntos que concurrirían a la fundamentación de este tema, considero que la Cámara ha escuchado detenidamente el análisis completo de los distintos aspectos fundamentales de la circunstancia actual.

Por eso voy a limitarme a tocar algunas situaciones especiales. Una de ellas me resulta difícil de particularizar, y atañe a mi criterio de lo que es la neutralidad. La neutralidad puede haber ocurrido en tiempos antiguos, donde las comunicaciones eran casi imposibles y los conflictos eran regionales. El conocimiento de lo que sucedía en determinado lugar se propagaba con mucha lentitud.

En 1870 se produce una guerra entre Francia y Alemania. Las noticias llegaban con mucha demora porque viajaban en los buques de aquel entonces; ni siquiera el resto de Europa había intervenido, porque se trataba de un conflicto local, producido en la frontera de los dos países. Lógico era que las consecuencias abarcaran también a la política y a la economía de aquel entonces, por lo menos, en Europa. La Argentina mantuvo en esa oportunidad un sentido de neutralidad, fundamentado con mucha fuerza a fines del siglo pasado y principios de éste, particularmente hasta la Primera Guerra Mundial.

Durante esa conflagración nos encontramos con dos episodios que hacen que esa neutralidad decretada en su momento sufriera en su estructura de fuerza. Me refiero a cuando los submarinos alemanes hundieron dos buques argentinos en forma sucesiva: el "Monte Protegido" y el "Toro". A la sazón era presidente de la República Hipólito Yrigoyen, y las comunicaciones al gobierno alemán fueron muy severas para hacer

respetar los intereses y la bandera argentinos. Bien es cierto que Alemania respetó y reivindicó históricamente y en forma absolutamente estricta el pabellón nacional, pero seguramente don Hipólito Yrigoyen, si no hubiera mediado esa circunstancia, habría dejado de ser neutral, y la Argentina hubiese entrado en la conflagración mundial. Alemania en ese momento respetó a la Argentina también por ser realmente un país libre en toda América latina. En aquella época lo era en la fuerza de las grandes conducciones políticas que había tenido y porque realmente pensó muy bien en cuanto a dejar el flanco del Atlántico Sur al descubierto.

Corrían los mismos años y se produjo un episodio regional en el que la Argentina pudo no haber sido neutral: fue cuando ante la posibilidad de que el Brasil invadiera al Uruguay por el norte por la presencia de residentes alemanes en su zona sur, se produjo un pedido de ayuda del presidente Feliciano Viera. Solicitó que se le vendieran armas para defenderse de esa circunstancia; pero don Hipólito Yrigoyen contestó al presidente uruguayo que si llegaba el momento en que se lesionaba la soberanía uruguaya, no sólo se accedería a la venta de armas sino que, además, la Argentina concurriría a rechazar el agravio con su sangre y sus riquezas.

Quiero decir que no se puede ser neutral cuando los conflictos son regionales y cuando se hallan cerca de los propios intereses. Y en este mundo donde todo está comunicado con una immediatez total; donde las comunicaciones son instantáneas y la teleinformática permite conocer al segundo la forma en que está ocurriendo el conflicto bélico, este concepto se ha transformado paulatinamente.

Por lo expuesto considero que en este momento la Argentina, según mi criterio, no puede ser neutral; pero debo aclarar que no ser neutral no quiere decir ser beligerante o participar en la contienda. Debemos ser solidarios activos en las circunstancias específicas en las que las naciones tengan conflictos directos, porque por el hecho innegable de la globalidad de las consecuencias de un conflicto regional todo el mundo se verá afectado.

Hoy nos enfrentamos a esta difícil situación, y me parece importante realizar algún tipo de reflexión que haga a la geopolítica y a la geoeconomía. El Medio Oriente es la región históricamente bíblica; siempre ha tenido importancia fundamental entre el Este y el Oeste; entre Oriente y Europa.

Durante los siglos XVIII y XIX esa zona estaba colonizada fundamentalmente por dos paí-

sez: Francia e Inglaterra. Esa dependencia política y económica del Medio Oriente llega hasta la terminación de la Primera Guerra Mundial. Como consecuencia de la paz posterior entran Oriente y se levanta la colonización política, pero queda la económica, creándose fronteras irreales.

Para ello, basta con mirar los mapas geográficos de distintas naciones para observar que hay fronteras que han sido tiradas con regla. Pocas son las fronteras históricas. Parece el mapa de la Argentina con las divisiones lógicas en momento de producirse la separación de algunas provincias.

Esta situación se prolongó prácticamente hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando se presentaron algunas alternativas distintas con relación a la geografía del lugar, y existiendo la nación se creó el lugar donde debía asentarse. Me refiero al Estado de Israel.

A partir de ese momento se sucedieron una enormidad de conflictos y enfrentamientos entre culturas distintas: la judeo-cristiana y la islámica. Y hasta 1956 estos países estuvieron bajo la fórmula de la dominación económica de Inglaterra y Francia.

Precisamente, el año 1956 es el momento histórico de la toma del canal de Suez por parte de Nasser, el dirigente egipcio que pretendió llegar a ser el mayor jefe de toda la nación árabe, pero que no logró sus fines.

Tanto, Francia como Inglaterra pretendieron recuperar el canal pero ahí entraron a jugar abiertamente los intereses norteamericanos, por cuanto se opusieron a esa acción de las dos naciones más importantes de Europa.

Para 1973, las naciones árabes lograron no sólo la independencia política sino también la económica. Les llegó como consecuencia del embargo petrolero que transformó totalmente la economía mundial de esa época. Distintas circunstancias especiales regionales hacían que todo el mundo sufriera esas mismas consecuencias y tuviera que regular su vida económica y política en virtud de lo que sucedía en otros lugares.

Como ya se dijo anteriormente, el barril subió inmediatamente de 3 a 30 dólares, hecho que revolucionó totalmente la economía del mundo. Esto distorsionó a los países netamente importadores de ese producto que habían adquirido violentamente un enriquecimiento transformado en un aumento de la calidad de vida de sus pueblos, envidiable para todos los países subdesarrollados, como es el caso de toda Europa, y, desgraciadamente, también Brasil.

El hecho de esta elevación del precio del barril de petróleo hace que se conforme el avance de una nueva situación que modificaría fundamentalmente la vida de muchos países. El enriquecimiento de los países árabes y las enormes utilidades de las empresas petroleras no árabes pero con funciones en los lugares de cada una de estas naciones hizo que hubiera una gran liquidez de dólares, que se dieron en llamar "petrodólares". Los países que debieron pagar esa enormidad de precio superior al que pagaban antes tuvieron que recurrir a un procedimiento capaz de equilibrar las balanzas comerciales con los árabes y así empezaron a venderse armas en forma tremenda a esos países árabes. Tanto es así que están armados como las potencias más poderosas del mundo: desgraciadamente, eso lo estamos observando ahora.

Así fue que los árabes compraron alegremente y los países que ahora están sufriendo las consecuencias de esta guerra fueron los que les vendieron alegremente esas armas, incluso los productos químicos que hoy tanto temor producen frente a la posibilidad de que sean lanzados a los vientos para matar a fuerzas armadas y a poblaciones civiles.

También ocurrió otra circunstancia importante. Se produjo la inversión árabe en bancos transnacionales, los cuales instaron a los países del subdesarrollo a que tomaran préstamos desaprensivamente. Entonces, se produjo el hecho de que se prestaba dinero alegremente a gobiernos que lo tomaban también alegremente. A algunos les sirvió para aumentar su producción y consolidar su crecimiento; eso pudo haber sido bueno para ellos, como por ejemplo para México y Brasil, pero aquí están las consecuencias.

En otros casos, como el de la Argentina, se generó una impresionante deuda externa sin que ella sirviera para el crecimiento de estos países.

Hoy nos encontramos frente a estas situaciones y tenemos que adoptar definiciones.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, senador Juan Carlos Romero.

**Sr. Trilla.** — Pienso expresar algunos aspectos parciales y aislados sobre el tema que estamos considerando.

Coincidió, por ejemplo, con los que dicen que es una vergüenza que nosotros cobremos como mercenarios para estar en Medio Oriente. Si realmente ésta es una causa nuestra, como lo



decimos y como accidentalmente puede ser, el costo de esa circunstancia tiene que pagarlo la propia Argentina. Pero, si no es así, ¿cuáles son las razones por las cuales tenemos que pedir el dinero y ser considerados, entonces, como mercenarios?

Otra de las cosas que se han dicho es que no estamos dependiendo de un comando único y directo de los Estados Unidos. Esto no es cierto ni puede serlo porque si realmente nos quedamos en el área del conflicto, no es posible que nos manejen solos cuando en este momento se está extendiendo el teatro de operaciones hacia zonas y límites incontrolables. De ser así, nuestros dos barcos serían como cáscaras de nuez en medio de una tormenta de guerra.

Este tema lo he conversado con un alto jefe de nuestras fuerzas armadas y expresó estos comentarios que, por otra parte, no pueden ser de otra manera.

Por eso no me explico el facilismo que implica expresar que nuestros barcos van a estar bajo el comando de nuestros propios altos mandos.

Estamos en el teatro de operaciones. Personalmente escuché decir al capitán de navío Rosenthal, jefe de la flotilla argentina, que se encontraba en el teatro de operaciones; desde luego no mencionó precisamente dónde. Esto ocurrió en un diálogo radial con un periodista argentino, en el que sostuvo que la inmediata es prácticamente una realidad fáctica y que si eran atacados tendrían que responder. Para eso son profesionales de la guerra, formados por el país para ese tipo de situaciones. Me pareció muy lógica y madura la respuesta de este capitán al periodista.

También quiero particularizar...

Sra. Gurdulich de Correa.—¿Me permite, señor senador?

Sr. Trilla.—Sí, señora senadora.

Sr. Brasescu.—Se conoce que no está el doctor Duhalde.

Sra. Gurdulich de Correa.—No comprendí a qué se refería usted al plantear el tema de la conducción de nuestras fuerzas.

Nosotros insistimos en que no se ha establecido un comando unificado y que, por lo tanto, cada contendiente actúa bajo su propia bandera. Por ello, no comprendo cuáles son sus inquietudes.

Sr. Trilla.—Quiero aclararle el tema perfectamente, señora senadora, porque usted se lo merece.

Por publicaciones en los diarios en el momento oportuno sabemos que, por lo menos, las fuerzas de Francia e Inglaterra aceptaron y se incorporaron —luego de efectuar ciertas consideraciones propias— a la dependencia de los altos mandos de Estados Unidos. Es decir que las fuerzas norteamericanas ejercen la comandancia en jefe. Sabemos los lazos de solidaridad que Inglaterra tiene con los Estados Unidos, cuyos ejemplos nosotros conocemos directamente sobre nuestro país. Francia, en cambio, siempre ha sido políticamente rehuente y ha tenido cierto grado de conflictividad en el manejo de sus relaciones con aquel país. Pero la lógica exige que exista un solo comando en la zona de operaciones en esta conflagración tan importante en la que el poder de fuego es desconocido y en la que existen armas hasta ahora no aplicadas.

Señalemos que las fronteras del teatro de operaciones se extienden cada vez más. Esto se parece al "Big-Bang", a la creación del universo.

En conversaciones de las que también ha participado en algunos casos la señora senadora, he obtenido la información directa de un alto jefe de que en la guerra era indispensable que las fuerzas argentinas desde luego actuaran bajo su bandera, bajo la dirección del jefe designado por nuestra fuerza pero recibiendo instrucciones, porque no sería razonable que estuviéramos bajo distinta conducción, ya que quedaríamos librados a una suerte difícil para componer este holocausto que ya existe en el mundo oriental. Aquí concluyo mi aclaración.

Sra. Gurdulich de Correa.—Si me permite, señor senador, voy a hacer una aclaración.

En el lugar donde las naves argentinas están realizando ahora su tarea, se realiza una coordinación que en algún momento ellas tendrán que llevar adelante. Pero de ninguna manera se acepta la conducción de un comando unificado. Lo único que se hace es una coordinación.

Sr. Brasescu.—Tiene que haber un coordinador...

— Los señores senadores hablan a la vez.

Sr. Presidente (Romero).—Ruego a los señores senadores no dialogar.

Sr. Brasescu.—De acuerdo con nuestros servicios de informaciones, tenemos coordinadores.

Sr. Trilla.—Me parece respetabilísima la interpretación de la señora senadora, fundamentalmente en materia de asuntos de defensa, quien tanto participó en el proyecto de ley de defensa nacional, y creadora, inclusive, de algunas modificaciones que permitieron un mayor entendimiento de dicha normativa.

Entonces, respecto sus palabras. Pero mi criterio es que si nuestras naves quedaran libradas a sus propias fuerzas, a sus propias circunstancias y jefaturas, estarían ajenas y quedarían independizadas, como satélites alrededor de un episodio que no pueden controlar.

Los mandos unificados se crearon especialmente en la Segunda Guerra Mundial, cuando en sus comienzos había ciertas dificultades en cuanto a la conducción de los distintos ejércitos aliados. Inteligentemente se creó un comando único que estuvo a cargo del general Eisenhower. Francia, que era tan remuente a ello, en ese momento aceptó la circunstancia porque era imposible llevar adelante una guerra de la magnitud de aquella si no existía un comando único.

Mucho me temo que esta guerra del Golfo será más dolorosa, importante y extendida en el tiempo, en razón de los episodios que se están sucediendo en estos momentos, acerca de los cuales estamos recibiendo información radial.

También quiero decir que cuando estuvo en el Salón Rosado de este Senado el entonces ministro de Defensa, doctor Humberto Romero, para explicar algunos aspectos de la participación de nuestros barcos en el golfo Pérsico, se habló de los episodios que habían sucedido días antes, es decir, de ese conato revolucionario de Palermo y de otros lugares del país que tuvo lugar el 3 de diciembre del año pasado. Allí el ministro comentó que era importante que las fuerzas armadas tuvieran una tarea específica y que, entonces, era conveniente que fueran a un lugar donde podría haber una guerra o, por lo menos, tener un perfeccionamiento profesional previamente a ella.

En ese momento, yo opiné que nuestras fuerzas armadas, desgraciadamente, están sumidas en una desvalorización total en cuanto a su tarea específica. Por ejemplo, el almirante Ferrer, jefe del Estado Mayor de la Marina, en los últimos días de diciembre, en oportunidad del traspaso de mando de una unidad en Bahía Blanca, dijo en su discurso que la Marina sufre la crisis más importante de este siglo.

A su vez, cuando con la señora senadora Gurdulich de Correa fuimos, hace dos o tres meses, al Estado Mayor de la Fuerza Aérea, en el Edificio Cóndor, nos enteramos de que nuestra aviación prácticamente no está en condiciones de defender a la República, porque son pocos los aviones que pueden volar: de los treinta y dos Mirages funcionaban nada más que cinco, es decir que veintisiete estaban sin poder levantar vuelo. De los ochocientos y pico de pilotos que se necesitaban para cubrir logística-

te nuestro país, escasamente podían haber estudiado el tema y tener las prácticas profesionales del caso cuatrocientos. Este año el número bajó a trescientos.

El ejército está totalmente disminuido. Esto se debe a falta de elementos bélicos, que le permitirían realizar prácticas, como sucedía otrora. Pero también el problema se manifiesta en una cantidad de aspectos relacionados con la preparación de las fuerzas militares y de los casi cien mil hombres que se reclutaban por año con el servicio militar obligatorio. A todo esto hay que agregar la secuencia permanente de dificultades internas, que van tergiversando la orientación, la disciplina y la formación de los hombres de nuestro ejército.

Tenemos que pensar en otra forma, de modo que nuestras fuerzas armadas vuelvan a tener la fuerza moral que tenían en algún momento, y la fuerza profesional que deben tener conforme a la tecnología moderna. Y están hechos los estudios básicos para que esto ocurra, directamente realizados por quienes son profesionales de las distintas armas.

Si bien es cierto que no tenemos hipótesis de conflicto inmediato, puede haberlas para lo mediano, lo que plantea situaciones potenciales que determinan que las fuerzas armadas tengan que configurarse para afrontar las tareas correspondientes, sirviendo no solamente para la defensa de la soberanía nacional sino también para generar el respeto por nuestro país en la defensa de sus intereses en el Cono Sur.

La Argentina puede entrar en guerra. En realidad, está ya en guerra. Es difícil sostener que no estamos en guerra cuando nuestras naves se encuentran en este momento en el teatro de operaciones y está ocurriendo lo que está ocurriendo. Pero yo pregunto: ¿ha estado la Argentina en las conversaciones que han tenido los países aliados antes de lanzarse los primeros misiles, los primeros bombardeos de la noche anterior? ¿Ha participado como para entrelazarse con los intereses geopolíticos y geoeconómicos dominantes antes y después de esta guerra? ¿Ha sido consultada, por lo menos? ¿Qué camino seguir para enfrentar a Irak, con ese Hussein, que quiere ser el continuador de Nasser, y que también ha sido, y sigue siendo, el autoritario, el dictador, un Hitler? Porque como en aquel triste episodio del holocausto de los judíos, este dictador es también el autor del holocausto de los kurdos, que constituyen un pueblo distinto, dentro de sus propias fronteras.

No hemos sido consultados. Le hice estas mismas preguntas al canciller hace unos días, cuando a fines del año pasado estuvo en el salón

contiguo para explicarnos por qué tentamos que estar con dos barcos en el golfo Pérsico. ¿Somos informados, por lo menos? No solamente no somos informados sino que se pretende dejar solos a estos comandantes, cuyas declaraciones son equilibradas y razonables, y cuyas expresiones profesionales son justas. Y los queremos dejar solos sin que siquiera estén bajo el paraguas de una organización conjunta en la que intervienen los países más poderosos, incluso aquellos que permanentemente están en conflicto geopolítico, como Francia y Estados Unidos. Realmente, no se puede entender este asunto.

Sabemos que en esa concurrencia de intereses previos a la configuración de este conflicto enorme en el que estamos inmersos han operado, y seguirán operando, intereses particulares de algunos de estos países. Porque Francia tuvo sus propios intereses en el Medio Oriente y, de alguna manera, quiere recuperar el prestigio que con anterioridad tuvo en ese lugar. Por eso es que hasta último momento expone una teoría que Estados Unidos no acepta para poder lograr alguna alternativa capaz de conseguir la paz, poniendo también en el tablero los conflictos israelí-palestinos, porque saben que esto tiene un senti- especial para el pueblo árabe.

Sabe s que Japón no intervino más que con la apoyatura de 2.000 millones de dólares, monto que nada significa si tenemos en cuenta que su balanza comercial es favorable por 150.000 millones de dólares al año. Porque en el conflicto económico entre Estados Unidos y Japón paulatinamente se van descontando las ventajas que el primero de estos países tenía en su crecimiento y desarrollo industrial. Entonces, a Japón no le interesa quedar desprotegido y bifurcado de los países árabes porque depende del petróleo para el manejo de su desarrollo industrial. Por su parte, Estados Unidos —no debemos asustarnos ni hacer discursos raros que lo coloquen como diablo o algo por el estilo—, lógicamente, maneja sus propios intereses ante la disminución de sus ventajas con respecto a Japón y paulatinamente con respecto a Europa, sin olvidar el crecimiento de Alemania luego de la unificación. Entonces, Estados Unidos entiende que si geopolíticamente tiene el dominio del Medio Oriente y consigue controlar esta fuerza de locos que se ha desatado, seguirá siendo la gran potencia dominadora de la conducción política y, como consecuencia de ello, de su mejoramiento económico, realmente en deterioro.

De tal manera que frente a tantos intereses distintos que no podemos abarcar en modo alguno, debemos ser razonables. Hoy hemos es-

cuchado en las expresiones de varios señores senadores que lo que se halla en juego son las posiciones de las grandes potencias. Y nosotros somos una pequeña nación. Debemos entenderlo sin sumisión, pero con modestia.

Mahatma Gandhi, en una de las tantas frases de importancia que hacen a los derechos humanos y a la libre determinación de los pueblos, en defensa de sus propios intereses y de su nacionalidad decía que cuando dos elefantes hacen el amor o se pelean el que pierde es el pasto. Y nosotros somos el pasto de esta cuestión.

Señor presidente: siento esta convicción absoluta desde el primer momento en que comenzaron a desarrollarse estos acontecimientos, porque era lógico un curso de acción intelectual. Y tenemos la obligación de anticiparnos, por lo menos, considerarlo como una posibilidad.

No estoy de acuerdo con que estos buques estén en el golfo Pérsico, porque en América latina —como sostuvo el señor senador Sánchez—, desde México hasta Chile, nadie ha participado. No me importa tanto lo que dicen los legalistas y los internacionalistas con respecto al manejo del Grupo de Río y de nuestras especiales relaciones con Brasil. Fundamentalmente me interesa que no ganamos absolutamente nada con esta presencia, porque ya hemos tenido en nuestro país una visita importante como fue la del presidente de los Estados Unidos, la gran potencia del norte, a la que debemos respetar, admirar y emular en su desarrollo y conformar en nuestro país para dar impulso a su economía. Pero en el viaje que realizó no se detuvo le iba a otorgar créditos hasta 13 mil millones como lo hizo con Chile. A Chile le prometió que de dólares. Desde luego, si tenemos en cuenta que su deuda externa es de 17 mil millones de dólares, esto resulta una poderosa ayuda a su desarrollo. Nos parece bien que esto ocurra pero nosotros hemos quedado fuera de la cuestión.

Queremos que exista una solidaridad activa de nuestro país en defensa de los derechos humanos y de la soberanía de los pueblos. Entendemos que no deben existir atropellos autoritarios de un país hacia otro porque, de lo contrario, quedamos sumidos en un desbarajuste internacional total. Pero no queremos estar inmersos en la guerra. Pero no nos debemos engañar: estamos en medio de la guerra.

**Sr. Presidente (Romero).** — Tiene la palabra el señor senador por Entre Ríos.

**Sr. Brasasco.** — Señor presidente: indudablemente estamos hablando para que mañana, en el futuro, nos juzgan no estamos debatiendo para convencernos. Manifiesta nos nuestras ideas

y nuestro sentir con un alto contenido patriótico, cada uno desde su prisma, su atalaya, de acuerdo con su formación, su historia y su modo de vivir.

No tengo miedo, señor presidente, de que me digan antiguo. No creo en el cementerio de las ideologías, porque si la Biblia, el Nuevo Testamento, el Corán, la doctrina de Confucio, son la base fundamental de las conductas éticas de los hombres, no tengo miedo —reitero— de que me tilden de antiguo. Pero sí temo que me digan que soy un viejo verde en política y que quiero modernizarme haciendo el ridículo.

Entonces, voy a hablar en nombre de esa formación que no es solamente individual sino que es la que me dio el partido que me educó, y no lo hizo en la cátedra de una enseñanza escolástica o doctrinaria sino por medio del quehacer de una familia, con el ejemplo de un padre, observando la vida de los vecinos, de los chicos que nos hicimos grandes y de los grandes que sin darnos cuenta nos hemos convertido en abuelos.

De acuerdo con la formación que me dio mi partido, la política internacional se basa fundamentalmente en las relaciones pacíficas entre los Estados, en la política de no intervención y autodeterminación de los pueblos, en la igualdad jurídica de las naciones, en la vigencia de los derechos humanos y sociales, en la afirmación de los principios democráticos, en la vigencia de la moral, del derecho, de la cooperación internacional y su participación activa en las organizaciones multilaterales, repudiando los actos bélicos, los totalitarismos y todo tipo de penetración imperialista y explotación colonialista.

También auspicia el desarme universal para terminar con las guerras, sin perjuicio de que el país mantenga los medios de autodefensa, bregando por la prohibición de los ensayos nucleares con fines bélicos, con apoyo irrestricto a los principios y fines de la Organización de las Naciones Unidas, considerando indispensable su universalización y democratización en cumplimiento de su Carta y la eliminación en ella de todo resabio de naciones vencedoras y vencidas, y la supresión del derecho de veto.

A su vez, propicia el mantenimiento de las relaciones amistosas y provechosas con todos los países, cualesquiera fuesen su gobierno, ideología, raza o religión.

Auspicia la declaración y el plan de acción de Estocolmo sobre el medio humano, evitando la contaminación y la destrucción ecológica.

Apoyará y promoverá la concreción de las medidas para impedir cualquier forma de violencia

que ponga en peligro vidas humanas y sus libertades.

Reconoce que América latina está unida por una tradición cultural, una realidad geográfica e intereses económicos que determinan la lucha por un destino común e imponen el pleno apoyo de la tesis de la integración y de la unidad de América latina; y por lo tanto consolidará la coincidencia política democrática, la integración económica, el aprovechamiento tecnológico y la comunidad cultural de América latina, como objetivo esencial para vigorizar la influencia internacional de todo su conjunto y que permitan ampliar las bases para la seguridad y el desarrollo nacional.

Actúa dentro de la OEA con el fin de asegurar la vigencia de los derechos humanos, respeto a la libre determinación de los pueblos americanos y colaboración al desarrollo económico-social de sus miembros.

Impulsará la acción regional de América latina, a través de CECLA, ALALC, de la Cuenca del Plata y del Pacto Andino.

Mantiene e impulsará las iniciativas radicales de 1963/66: la Carta de Alta Gracia, Cuenca del Plata, Fondo Mundial de Alimentos y Libre Navegación para los países vecinos en los ríos internacionales.

El Estado instrumentará una política dinámica en los campos de la expansión comercial y la obtención de capacidad tecnológica.

Se propone fortalecer la acción conjunta de los países de América latina y mantener un frente unido con los países en desarrollo en el seno de la UNCTAD y el G-77, para lograr un mejor acceso a los mercados, la liberación de las condiciones del financiamiento del desarrollo y la intensificación de la cooperación técnica.

Intensificar las negociaciones multilaterales o bilaterales para evitar políticas discriminatorias, desarrollando acuerdos de complementación a nivel regional.

Impulsa la recuperación de las islas Malvinas y afianza la soberanía nacional del territorio antártico. Dentro de pocos meses tendremos que discutir la ratificación del convenio vinculado con el territorio antártico.

Esta fue la filosofía que informó nuestra formación en la materia.

Así como los textos religiosos que mencioné recién tiene sus *aggiornamenti* y adecuaciones a los tiempos modernos, esos cambios tienen que ser como en el árbol, en el que se adecua el follaje pero es auténtico cuando el tronco mantiene firmes las raíces que le dieron la vida.

Por eso quiero manifestar que fundo mi voto negativo, es decir, mi rechazo total al proyecto

del Poder Ejecutivo, de conformidad con las razones que, desde un punto de vista técnico, detallaré a continuación.

Se solicita por parte del Poder Ejecutivo que se lo autorice a partir del 15 de enero de 1991 a "... disponer las medidas adecuadas para que, de conformidad con la solicitud formulada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a todos los Estados, contenida en el párrafo 3 de su resolución 678 (1990), adoptada el 29 de noviembre de 1990, la fuerza argentina en el golfo Pérsico, preste el apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse en aplicación del párrafo 2 de la citada resolución...".

Por lo solicitado al Congreso, se hace necesario determinar claramente el contenido de la resolución del Consejo de Seguridad número 678 de 1990.

En el seno del mencionado organismo de la UN, dicha resolución fue aprobada por doce votos, teniendo dos votos en contra, por parte de Yemen y Cuba, y una abstención correspondiente a China.

Esta resolución se funda:

1º — Abierto desacato de Irak al Consejo, al negarse a cumplir la resolución 660 y las posteriores.

La resolución 660 contiene: a) La exigencia del retiro inmediato de Irak, en forma incondicional, de todas sus fuerzas para establecerse en las posiciones en que se encontraba al 1º de agosto de 1990; b) Exhortación a Irak y a Kuwait a negociar.

2º — A los efectos de lograr el pleno cumplimiento de sus decisiones y en arreglo a lo dispuesto por la Carta de las Naciones Unidas en cuanto al mantenimiento y preservación de la paz.

La parte resolutive se estructura así:

1º — Exige que Irak cumpla la resolución 660.

2º — Si Irak no acata antes del 15 de enero de 1991 el ultimátum, autoriza a los Estados miembros que cooperan con el gobierno de Kuwait a que utilicen los medios necesarios para hacer valer y llevar a la práctica la resolución 660 y los demás dictados sobre el particular.

Como ya lo hemos expresado, el Poder Ejecutivo solicita que el Congreso autorice a la fuerza argentina en el golfo Pérsico a prestar apoyo apropiado a las acciones que pudieran emprenderse en aplicación de la ya referenciada disposición de las Naciones Unidas a través del Consejo de Seguridad.

Por ello se afirma que se solicita implícitamente el uso de la fuerza. En efecto, propor-

cionar apoyo adecuado a quien está actuando dentro de los lineamientos del párrafo 2º es convertirse automáticamente en objetivo militar.

Es necesario recordar que siempre quien apoya adecuadamente una acción militar es susceptible por parte de quien sufre esta acción militar de efectuar ataques tanto a los que ejecutan las medidas, como contra aquellos que con su apoyo adecuado facilitan, perfeccionan, asisten o mantienen las acciones bélicas. Entre paréntesis, la acción militar emprendida por los Estados Unidos en la víspera fue, casualmente, para atacar lugares que se denominan de "apoyo logístico" o de "bases sustanciales de apoyo para acciones armadas".

Por ello ratificamos nuestra afirmación de que el Poder Ejecutivo solicita la autorización para actuar bélicamente; en una palabra, entrar en guerra.

Todo lo expresado necesita para su total conocimiento que quede en claro que las tropas argentinas que se encuentran en el teatro de operaciones no fueron autorizadas por el Congreso de la Nación. En ese sentido queremos hacer una distinción entre tropas de paz y tropas que actúan para hacer cumplir una disposición de las Naciones Unidas que obliga a una de las partes en conflicto a retrotraer la situación al momento anterior a que se concretaran las acciones que configuran una violación al derecho internacional.

Las tropas de paz son aquellas que se encuentran en un sitio para evitar el enfrentamiento entre dos Estados que tienen situaciones litigiosas, que en virtud de acuerdos concertados entre beligerantes ante terceros —ya sea organizaciones internacionales como las Naciones Unidas o internacionales regionales como la OEA— se encuentran en un sector geográfico que evitan el enfrentamiento. También pueden actuar como observadores para informar sobre el cumplimiento de dicho acuerdo.

Toda tropa que actúa en virtud de ser fuerza de seguridad para hacer cumplir una disposición de un organismo internacional es de guerra, ya que debe actuar militarmente en forma activa: en el bloqueo obliga a no entrar a una zona que está vedada, o se obliga a no llevar ciertos y determinados cargamentos a un preciso lugar, y en caso de que no se obedezcan las órdenes debe actuar militarmente para hacerlas cumplir.

Este simple argumento indica que las tropas que se encuentran en el Golfo están violando las disposiciones constitucionales y la Carta de las Naciones Unidas.

Como no son tropas de paz sino que están por su propia actividad autorizadas a evitar que "haga algo" —romper el bloqueo— y por ello, utilizar la fuerza, están —a nuestro juicio— ilegalmente en el golfo.

Dado que tenemos presente esta clara situación, queda ahora la pregunta: ¿debemos autorizar la petición por el Poder Ejecutivo? La contestación categórica es no. Nos preguntamos por qué. Frente a esta circunstancia, exponemos.

Muchos argumentan que la actitud a adoptar en materia internacional por la Argentina, en este contexto, debe surgir honestamente de cómo nuestro país se ve inscrito en el mundo y en qué mundo. Se afirma que debemos alinearnos junto a los países que ya se han adherido a Kuwait, que es estar alineado junto al mundo del éxito.

Sostenemos que debemos jerarquizar a la Organización de las Naciones Unidas, democratizando su sistema y dejando sin efecto de su Carta todo resabio de vencedores y vencidos de la última guerra mundial y hacer desaparecer el arbitrario derecho de veto. Mientras haya veto habrá un sistema de seguridad al servicio de las grandes potencias.

En esta oportunidad, señor presidente, estamos frente a una situación coyuntural y especial donde los intereses de las grandes potencias, vencedoras de la última guerra mundial, no están en contraposición.

La Unión Soviética —balcanizada por la "perestroika" en la discusión entre autonomía e independencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, con un proceso de recesión y desocupación por el cambio de una economía centralizada y planificada a una de mercado— necesita desde todo punto de vista mantener lazos de profunda amistad y colaboración comercial y técnica con el mundo occidental y, a su vez, ser su socia por evitar que cualquier conflicto que pueda ocurrir en el Medio Oriente provoque de alguna forma ciertos y determinados problemas en la Unión Soviética y en las zonas aledañas, que actualmente denominamos zona geográfica de conflicto del golfo Pérsico.

Pero pensemos que mientras el derecho de veto exista, podrá ser utilizado. Aquí se da una coincidencia histórica, pero no un estilo de vida ni una nueva modalidad internacional.

Desearía que estuvieran en este debate los señores Grinspun, Brodersohn, Sourrouille y González, a quienes les preguntaría: "Queridos y apreciables hermanos del país, ¿cómo andan las conversaciones por la deuda externa? ¿Cuáles son los principios solidarios de Mitterrand,

de Felipe González, de Alemania Federal —ahora Alemania unificada— y de los Estados Unidos, que quiere un mercado común americano? ¿Cuál es la posición de los bancos acreedores, encabezados por el Citibank, cuyo presidente o gerente general es un hombre nacido en esta tierra con un nombre extranjero?" Entonces, nos vamos a encontrar con que el mundo sigue siendo propiedad de los poderosos.

¿Qué pasa con la política económica de la Comunidad Económica Europea? ¿No existen subsidios a la agricultura? ¿Qué nos pasó a nosotros?

Debería estar aquí el ingeniero Solá para poder preguntarle cómo terminó la ronda del GATT en Uruguay. ¿Qué le pasa a nuestros chacareros con el trigo, que terminará siendo alimento de nuestros animales? ¿Qué nos dijo el gobierno federal alemán al señor senador Britos y a quien habla cuando estuvimos en Alemania y tocamos el problema de los subsidios? Con gran tranquilidad nos dijeron: "Señores, sáquense de la cabeza, desde todo punto de vista, que Europa vaya a desproteger su agricultura y ganadería. De ninguna manera podemos provocar una despoblación del campo para que se acreciente la desocupación en las ciudades. Tenemos que tener en cuenta ese equilibrio y defender a nuestro pueblo, nuestra gente y nuestra economía. Hagan lo que les parezca, pero no vendan la materia prima agropecuaria industrializada, porque nosotros no podemos subsidiarlos a ustedes; tenemos que subsidiar acá a nuestros connacionales y podríamos bajar el subsidio en un 2, 3 ó 4 por ciento para nuestros silos; pero desde ningún punto de vista vamos a desregular nuestra producción agropecuaria."

¿Y qué pasa con los Estados Unidos de América, que han venido y nos han dicho que para los últimos días de diciembre del año pasado y primer semestre del presente tenemos que resolver el problema de las patentes? Hace un mes estuvimos en ese país, que tenía un millón desocupados mil desocupados cuando se derribó el Muro de Berlín, por la sencilla razón de que había disminuido el índice de fabricación de armamentos. Sin embargo, esa ficha se convirtió en un millón quinientos mil ocupados en las fábricas de armamentos que abrieron nuevamente sus puertas por el conflicto que se avecinaba en el golfo Pérsico.

También podemos estudiar las discusiones que ha mantenido nuestro país en Viena sobre el problema del narcotráfico y la drogadicción. ¿Qué es lo que está pasando con los psicotrópicos? La producción mundial es superior a las necesida-

des médicas para la atención de la salud, y los organismos internacionales tienen que negociar con los grandes laboratorios para que vayan disminuyendo esa superproducción que está al servicio de la drogadicción y no de la salud.

¿El mundo es de los poderosos o hay un nuevo orden internacional? No hay un nuevo orden internacional. En este mundo únicamente disienten, transan y acuerdan los poderosos. Eso lo dijo el actual ministro de Defensa, el ingeniero Di Tella, no hace mucho, en una audición de televisión. Guido Di Tella, en ese entonces embajador en los Estados Unidos de América, fue claro y contundente, y tuvo una gran franqueza, pues dijo que nos tenemos que insertar en el "Nuevo Mundo", pero no tenemos que opinar sobre lo que no nos corresponde. Dijo que no tenemos que opinar sobre Lituania o Estonia o sobre el problema de Europa; en primer lugar, porque si lo hacemos no nos harán caso, y, en segundo término, porque somos un cero a la izquierda. Repito que eso fue dicho por el actual ministro de Defensa y ex embajador en los Estados Unidos; y, por supuesto, como lo dijo en televisión, existe el "videotape".

Señor presidente: cuando yo observo todas estas cosas me pregunto por qué los argentinos no enviamos médicos al golfo Pérsico. ¿Por qué no enviamos alimentos? ¿Por qué no asistimos a los heridos? ¿Por qué no coordinamos la actuación con la Cruz Roja Internacional o con UNICEF y tratamos de proteger a las víctimas inocentes de ese conflicto? Hubiéramos podido ser un gran colaborador en el plano internacional. Pero no ocurrió así; vamos con dos buques. Frente al problema de quién los paga, señalo que estoy totalmente de acuerdo con que hay que defender las reglas morales.

—Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 1º del Honorable Senado, senador Héctor J. Velázquez.

**Sr. Brasesco.** — Pero acá hay un detalle claro y contundente. No podemos formular sofismas. Lo que votaremos dentro de instantes es la autorización a nuestras tropas a intervenir bélicamente. Ya se explicó claramente: quien asiste, sea logísticamente, sea con medios adecuados, a quien está enfrentado con otro en esta guerra, se convierte en un objetivo militar por parte del contrario; y eso lo admitió el señor canceller en conversaciones que hemos tenido.

Acá se ha sido claro, señor presidente: se habló de un conflicto que podía ser corto. Hace cuarenta y ocho horas Jimmy Carter —que algo tiene que saber de estas cosas— dijo que es-

taba muy preocupado porque él creía que los soldados norteamericanos podían permanecer en el Medio Oriente entre cinco y diez años. Además, el embajador de la República de Irak en la Argentina, en el reportaje publicado por un matutino hace unos días, manifestó que Irak desarrolla dos tipos de lucha: la llamada guerra convencional y el terrorismo internacional. Y hoy ya hemos visto esos dos aspectos de la guerra de Irak: el terrorismo en Panamá, en el ataque perpetrado contra el Canal; y el terrorismo en Bonn, en la cadena de supermercados de capitales norteamericanas. También hemos sabido del ataque de los misiles a Israel y del ataque aéreo a Arabia Saudita.

Notifiquémonos los argentinos de que asistiendo logísticamente a las fuerzas de paz estamos ayudando a quienes están bombardeando Bagdad. Y no pongamos sólo dispositivos de seguridad en las embajadas de los países que puedan estar involucrados en el conflicto porque son combatientes. Notifiquémonos también de que, nos guste o no, podemos ser víctimas de los ataques terroristas. Y éste no es un planteo de débil; éste no es un planteo de timorato; éste no es el planteo de los que se quedan en el balcón de la vida internacional, viendo pasar el discurso del mundo. Este es el planteo de lo que el senador que habla considera se tiene que hacer respetando las otras opiniones.

Tenemos que agotar los medios pacíficos y profundizar nuestra actuación para ser mensajeros de paz y hacer lo que sabemos hacer. Y, ¿qué sabe hacer la Argentina en la escena internacional? En todos los tiempos ha sabido ser mensajera de paz. Ha sabido ser conciliadora; ha tenido la dignidad de dar lo que pudo para resolver todos los problemas limítrofes de sus hermanos en América. Ha fijado posiciones que no son historia sino presente; porque hablar de la neutralidad y de la paz en América Central es una realidad presente. Luchar por la paz en El Salvador o Nicaragua son cuestiones de hoy y no de ayer. Ahí ha estado la Argentina. En todos los tiempos, incluso a través de Alfonsín y de Menem. Y ésa es nuestra integración.

Pero, ¿cómo nos vamos a integrar en el mundo, señor presidente? ¿Cómo se integran un hombre y una mujer a la vida social? Con dignidad, con trabajo, con estudio, con pureza de alma y con pureza de acción. Vamos a integrarnos en el mundo cuando no tengamos más corruptos. Nos vamos a integrar en el mundo cuando podamos profundizar dentro de nuestra pobreza como lo hicieron hace ochenta años, en un mundo que avanzaba también tecnológicamente, nuestros padres y abuelos. Nun-

ca escuché a un padre enseñarle a su hija que se hiciera prostituta con el fin de tener una casa. Y en la vida de los pueblos también hay que evitar las prostituciones.

Con esto no quiero decir que quienes piensan distinto que yo, queridos y apreciados amigos del justicialismo que apoyan el pedido del Poder Ejecutivo, tengan ese concepto. No hablo de ustedes, que ya tienen una posición formada. Formulo estas manifestaciones para mis nietos porque en este recinto no puedo convencer a nadie; ni siquiera al señor vicepresidente de la Nación, que en este momento no se encuentra, para que lo transmita al Poder Ejecutivo. Y el Diario de Sesiones tampoco resultará útil para que lo lea algún aburrido porque va a salir publicado dentro de tres meses.

Yo no quiero la guerra. El país está lleno de buenas intenciones. Todos nos hemos equivocado en muchas cosas. Quizá cada uno de nosotros no tenga la franqueza de admitir sus equivocaciones o, de lo contrario, a veces las admitimos con un dejo de justificación o de explicación.

Por eso esta vehemencia, señor presidente. Y por eso también mi convencimiento de que entramos en un conflicto bélico que no nos sirve absolutamente para nada.

Como bien lo dijo el señor senador Sánchez, México, Colombia, Venezuela y Brasil —que intervinieron en la Segunda Guerra Mundial— y muchos otros países del mundo —como Suecia, Noruega o la Unión Soviética— no están presentes en el terreno de las operaciones.

La colaboración con los organismos internacionales se puede realizar también por medio de misiones de paz reales y concretas, ya sea por vía de la asistencia médica, del transporte aéreo —que sirve para sacar gente de distintas partes del mundo que no quieren estar en esa caldera del diablo—, pero no estando con dos naves allí cuando está por explotar el conflicto.

Este es un debate sincero. Hoy he aprendido una lección del señor senador Sánchez que, indudablemente, habló con gran dolor. El no piensa igual que el presidente de la República, del que es amigo y ha sido su vicegobernador. Creo que su franqueza, como la del presidente de la República y la de nosotros, sirven para que el país camine mejor.

La historia y los acontecimientos del futuro dirán quién acertó: los que estamos en contra de la posición del Poder Ejecutivo o los que apoyan esta postura.

Pero me voy de este debate, señor presidente, con una satisfacción cual es la de que todos hemos hablado con una honestidad profunda al servicio del país.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra el señor senador por Santiago del Estero.

**Sr. Juárez.** — Al debate al que hemos asistido esta noche no vacilo en calificarlo —y no tengo tampoco temor de equivocarme— de histórico, porque no sé si llegan a tres las oportunidades que tuvo el Parlamento para tomar decisiones de esta magnitud y envergadura.

En este caso se trata de una decisión que en alguna medida, aunque accesorio, hace participar a las fuerzas armadas argentinas en una operación, diría yo, de retaguardia, pero participación al fin.

Este debate ha generado por eso el intercambio de ideas sinceras, constructivas, patrióticas todas, aun en sus disimilitudes. A esta altura de los discursos y del trámite que le hemos dado al tema he de poner nada más el énfasis en algunos aspectos que se han deslizado a través de algunas expresiones de la bancada radical, las cuales quiero clarificar si es posible con mi pensamiento y mi palabra.

Se ha hablado de una tradición de neutralidad y de paz. Debo referirme a la exposición clara, lúcida y documentada del senador Menem y recojo sintéticamente las expresiones inferidas de su exposición. Así debo señalar categóricamente que no creo que haya un ciudadano que quiera la guerra. La Argentina no fue nunca un Estado beligerante; fue un país amante de la paz. Por ello perdió muchos territorios sometidos a arbitraje. Recurrió a la última instancia previa a la acción bélica y se detuvo en ella. No recuerdo un caso de arbitraje favorable al país de los que sometió a consideración de los respectivos tribunales.

Nuestro país siempre reconoció esta vocación por la paz y por el arreglo pacífico de las divergencias de las contiendas internacionales en el orden diplomático. Por eso se ha dicho aquí categóricamente que el gobierno no quiere la guerra. Por eso se dice en las consultas populares que la gran mayoría del pueblo no quiere la guerra. Nosotros no queremos la guerra. No tenemos aptitud ni vocación para ella.

Se han tomado carriles un poco elementales, diría yo, para censurar el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo sometido a nuestra consideración.

El señor ministro de Relaciones Exteriores y Culto, creo incluso que el presidente y también el señor senador por la Rioja, han sostenido algo básico: el país no es neutral. Es más aún: el país no puede ser neutral. La neutralidad es una actitud ya un poco añeja u obsoleta dentro del marco de las relaciones internacionales en la



configuración actual de los organismos encargados del control de la paz y de la seguridad mundiales.

Es lógico que no seamos neutrales porque formamos parte de una comunidad internacional organizada, en la que hemos adquirido compromisos. Hemos adherido a la Carta y a la Organización de las Naciones Unidas a través del voto del Parlamento y hemos adquirido por ello una serie de compromisos emergentes de esa estructura nacida, precisamente, para preservar la paz y la seguridad en el mundo.

Si formamos parte de esa comunidad organizada para la paz, es obvio que cualquier ataque a uno de los miembros integrantes de esa compleja estructura internacional implica y supone un real ataque a cada uno de los integrantes de ese cuerpo y de esa estructura internacional.

Somos, por ello, parte de la comunidad; ha sido atacado uno de los integrantes de la comunidad y la comunidad entera se siente afectada.

No se puede ser neutral. Nadie puede serlo ante un hecho tan desafortunado como la invasión destinada a hacer desaparecer un Estado pequeño, quizá nada más que por intereses económicos que demandaban esa ocupación arbitraria.

No somos neutrales y tenemos obligaciones que cumplir. Fue por ello que el Poder Ejecutivo envió esas dos naves: para cooperar en las tareas pacíficas del bloqueo. No se trataba de un bloqueo beligerante. Tanto es así que hasta las naves de Irak se sometían sin protestas de ninguna naturaleza a la revisión de la fuerza argentina en su tránsito.

El señor senador por La Rioja Eduardo Menéndez explicitó además cuáles fueron las tareas que debía desempeñar la fuerza naval argentina destacada para preservar la paz con la predisposición benévola y amistosa, incluso, de los Estados en conflicto. El senador abundó en detalles y no corresponde mi redundancia en estos asuntos.

Al mismo tiempo, creo que en este momento no es oportuno retrotraer el debate que efectuáramos cuando el Poder Ejecutivo envió las dos naves en cuestión, debate que ya produjo en el Senado una iniciativa que contó con sanción de este cuerpo. No volvamos, pues, a reiterar determinadas actitudes que significarían entrascarnos nuevamente en la repetición de la discusión de un proyecto que ya consideramos exhaustivamente.

Quiero, sí, advertir que a través del análisis y examen efectuados se ha llegado a la consideración de asuntos de suma trascendencia pero que, paralelamente, no hacen en forma intrínseca al problema en debate. Me refiero, por

ejemplo, a las consecuencias económicas que puede traer aparejada la participación en el conflicto o no, o sea que sería desvirtuar, subalternizar y relativizar una posición que va más allá de los intereses.

Desgraciadamente, se trata de un pequeño país que puede motivar la avaricia rapaz de algunos estados por su riqueza petrolera y sus inversiones. Pero esto es un accidente que aquí se ha dado. Por eso, es menester decirlo enfáticamente: el país tratará de tomar esta determinación con la anuencia del Congreso pero no para defender el petróleo.

Se ha desparranado en el mundo un *slogan* que pareciera accesible a la sensibilidad de los humanos: "No cambiemos sangre por petróleo". No creo que el tema deba ser estrictamente planteado así, por lo menos desde el enfoque de esta decisión que obedece a un impulso que va más allá de los intereses petroleros. Digo más bien que si ha de crearse un *slogan* podría referirse a que los países estamos accediendo a esta contienda para denunciar sangre por la libertad de un pequeño país avasallado, por la seguridad internacional jugada *ad mortem* en Kuwait. Este es el sentido de esa decisión.

He escuchado también con referencia a esta actitud casi lírica que ha llevado al gobierno a tomar esta determinación, cónsono con las resoluciones del Consejo y de la Carta Orgánica de las Naciones Unidas, algo que constituye una inocentada: que acá va a haber un nuevo orden que se estructure por esta guerra. No creo que este nuevo orden vaya a estructurarse a raíz de esta contienda, porque ya ha comenzado a hacerse al margen de ella, como dijera el señor senador por La Rioja, con la caída del muro de Berlín y la desgraciación de esa bipolaridad mundial que decidió los destinos del mundo y que obligaba a tomar parte por uno o por otro bando, o a ser neutral, como lo fue nuestro país en algún momento de un pasado próximo reciente.

El mundo ya ha empezado a cambiar, y esto es obvio. La Rusia comunista se está transformando paulatinamente a través del acceso de principios y de formas de operación económica liberales. Esto es la "perestroika" en su esencia íntima, es decir esa remodelación del sistema comunista para adaptarse a la métrica que ha funcionado con alguna eficiencia en los estados democráticos liberales.

El mundo ha empezado a cambiar y es evidente que ese cambio también ha penetrado, por osmosis necesaria, en sectores de la conducción y de la política internacionales. Se ha dado el

caso insólito, podría decirse, de que en esta emergencia, y con motivo de esta decisión tan trascendente, Rusia ha coincidido con los Estados Unidos y, por primera vez, no hubo veto cuando el Consejo de Seguridad tomó decisiones que implican y suponen una determinación bélica. Esto es lo que está cambiando; ésta es la transformación, el nuevo orden institucional e internacional que está queriendo nacer y crecer. No sé si esto seguirá o no. Pero he notado que el pesimismo inunda el verbo de algunos señores senadores de la Nación. Yo creo que al mundo nuevo lo vamos a construir con un poco de optimismo.

Yo diría que la gran pregunta, el gran interrogante, es qué sucederá después del triunfo de la causa de las Naciones Unidas; qué va a suceder en el Medio Oriente.

Hay vientos que ya han comenzado a circular amenazando las estructuras geográficas de los principales países comprometidos en la contienda. ¿Qué va a pasar con Irak después de la contienda? ¿Qué va a pasar quizá con algún otro país que pueda conjugar su suerte con la de Irak? ¿Qué ocurrirá después en el Medio Oriente? Esto es un interrogante trascendente y real que puede motivar, desde luego, la necesidad de las fuerzas de seguridad para mantener el orden en esa convulsiva zona.

Tratemos este asunto tan hondo y de tanto contenido histórico dejando de lado los recelos del pasado y las xenofobias antiimperialistas. Digo esto porque he escuchado de nuevo agitar los pendones de una suerte de nacionalismo o de una suerte de prevención contra las grandes potencias que indudablemente hasta ayer estaban manejando los destinos del mundo, cosa que no sé si continuarán haciendo con la misma comodidad, puesto que los pueblos están cambiando, al igual que las instituciones internacionales.

Entiendo que es interesante que el país tome una actitud de esta naturaleza, más allá de la ausencia de los hermanos de Latinoamérica.

¿Por qué los demás países no han tomado una actitud similar? Y me pregunto, además: ¿era necesario que siguiéramos como partiquinos, como segundones o como cortesanos de éstos y de otros países, en lugar de tomar nuestra propia determinación, haciendo jugar nuestras propias decisiones personales o políticas?

Creo que es un exceso de sospecha tener una determinación tan trascendente con la acusación de satelismo o con la prevención de estar asien-

a través de una mayoría que está consciente de servir a un motivo levantado y trascendente, como lo es la seguridad de un pequeño país. Pero no llego a advertir la congruencia de algunas exposiciones que censuraron ásperamente la actitud de Irak al arrasar a un pequeño país y han destacado el derecho del pequeño país a sobrevivir internacionalmente. Si esto es así, ¿cómo vamos a vacilar ante un hecho de fuerza?

Comprendemos que Irak ha roto todos los principios del derecho internacional. Se ha burlado del derecho internacional, del Estado y de la gente de Kuwait. Y comprendemos que Kuwait tiene todo el derecho a seguir siendo un Estado libre y soberano. Sin embargo, ¿vamos a adoptar el comodismo fácil —insensible, diría yo— de ocupar una butaca en la gran platea internacional, para seguir plácidamente o con curiosidad el desarrollo de estos acontecimientos sin tomar una determinación para defender el derecho del pequeño?

Y que no se levante algún ejemplo donde podamos haber sido víctimas, porque ése no es un argumento. El hecho de que alguien en algún momento haya faltado a sus deberes no puede servir de cartabón para que faltemos al deber de nuestra conciencia internacional, para que el gobierno falte a sus deberes.

Definitivamente, ésta es la determinación tomada para defender la paz y para defender la seguridad de un pequeño país. Y se la ha tomado con recaudos verdaderamente ponderados, equilibrados.

No se está mandando un mensaje y proyecto de ley para que se apruebe la participación beligerante y activa en la guerra de estas dos naves argentinas que están en la zona del Golfo. No se está autorizando para eso. La autorización es concreta y limitada, como está expresado en el proyecto. Solamente se autoriza a operaciones de apoyo, no a operaciones de agresión, no a participar en la contienda, no a participar activamente en la agresión bélica. Esto no responde al sentido de lo que yo he leído y de lo que estoy dispuesto a votar favorablemente hoy.

Estas dos naves, que estaban enteramente en misión pacífica, van a poder, a partir de la decisión del Congreso, actuar en la retaguardia para apoyo logístico, en el reaprovisionamiento de combustible y de víveres, en la reparación de naves dañadas. No es otro el sentido de la autorización; que esto quede bien en claro.

Se ha hablado de que estas naves están en el teatro de operaciones. Y no es esto así, por más que lo haya dicho el capitán de fragata o de navío; se ha utilizado un término militar,

Ellos consideran que donde navegan se hallan en estado de operaciones. No quiero decir que esto signifique que están en el teatro bélico, que es algo totalmente distinto. Es una expresión militar, diría yo, que se ha utilizado para una acción de esta naturaleza. Pero no están en el teatro de operaciones.

Esto es tan así que tengo conocimiento de que existe una demarcación geográfica según la cual hay naves que van actuar en estas misiones no bélicas y que se desarrollarán dentro de ciertas áreas geográficas como a las que están asignadas las naves argentinas en el marco de esta acción operacional de carácter logístico. En esto debía poner especial énfasis.

Quiero aclarar lo mencionado con respecto a la participación mercenaria de nuestras fuerzas. Me llama la atención —lo digo con toda sinceridad— porque cuando recién se planteó el tema de esta decisión hubo voces multiplicadas dentro y fuera del Parlamento diciendo cómo la Argentina iba a participar en una acción de esta naturaleza, por pacífica que sea, estando inmersa en plena crisis económica. ¿De dónde saldrán los fondos? ¿Cómo pagará esto el país, cuando no atiende otras necesidades primarias que padece la población? Vale decir que el argumento, en ese momento, era que el país no podía gastar en el envío de estas fuerzas de paz.

Pero resulta que cuando se aclara luego que estos gastos eran sufragados por la comunidad internacional, se plantea cómo vamos a dejar que la comunidad internacional se haga cargo del pago de esta acción si es pacífica. Si ése es nuestro deber, cómo lo van a pagar otros.

Y aquí existe una confusión. Es nuestro deber como integrantes de una comunidad internacional que es la agredida y a través de la cual nos sentimos también agredidos. Pero no es específicamente nuestra obligación. Es deber de la comunidad; y por serlo es lógico que ella pague.

Además, esto tiene antecedentes históricos en otras contiendas. Por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos asistió con armas y fondos a Gran Bretaña.

Esto fue así porque era una de sus aliadas, y a nadie se le ocurrió pensar que los soldados ingleses eran mercenarios porque recibían armas o dinero para sufragar los gastos de la guerra. Cuando existe una acción colectiva esto es lógico. Está dentro de la manera de proceder en que siempre se ubicaron los países aliados que han emprendido una guerra, donde necesidades mutuas son sufragadas con esfuerzos comparti-

dos. Esto es así, y no le da a estas fuerzas el carácter de mercenarias.

Hay una verdad de fondo: la guerra no nos gusta; no puede gustarnos. Pero era una obligación impuesta por una determinación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a la cual nosotros nos hemos obligado por ley. Y se ha adoptado el criterio y la solución menos riesgosa para las naves que están asistiendo a ese escenario casi en una misión simbólica.

¿Qué pueden significar dentro del cúmulo de fuerzas que se están manejando, donde prácticamente se hallan dos millones de personas, ciento ochenta hombres que ha mandado la Argentina en dos barcos que ni por asomo tienen el poder ofensivo de los concentrados en el golfo Pérsico!

Nuestra presencia es la expresión simbólica de esta adhesión a los altos principios de defensa de la seguridad para estas naciones más pequeñas.

Y esta situación, así manejada por el gobierno, nos permite asegurar que ha sido el producto de una gran prudencia, de una extraordinaria ponderación para no exponer a esas naves a algún ataque de las fuerzas adversarias.

Podrá de irse que desde el momento en que prestan auxilio también pueden ser blanco de proyectiles o agresiones bélicas. Pero las naves están muy alejadas del real centro de operaciones, y hay otros objetivos infinitamente más importantes para que Irak gaste misiles en una nave pequeña que se encuentra en ese operativo.

Estas son las cosas que tenemos que decir, porque la opinión pública está desinformada con respecto a la misión de estas naves, a la zona donde se encuentran, a la obligación que se cumple con su envío, al margen de otros países que adoptan actitudes similares.

No debemos ser nosotros los segundones de un andar histórico que ha comenzado a tomar otro ritmo y giro en la historia universal; debemos adaptarnos a la idea de que alguna vez tenemos que dar un paso inusual para que otros lo sigan y no siempre seguir el ritmo de naciones ajenas, por más cercanas que estén a la nuestra.

Creo que es una determinación tomada con el más absoluto sentido de la responsabilidad y de la perspectiva, así como también de la inserción en este nuevo mundo y ordenamiento sin que se encuentre prendido a alguna especulación de tipo mercantilista o de interés.

El mismo presidente de los Estados Unidos aclaró en el Congreso de la Nación que esta actitud que valoraba de la Argentina no se había tramitado con el precio de ninguna otra contraprestación.

Quiero dejar esto bien en claro; incluso el presidente de la Nación dijo que con esta actitud la Argentina defendía principios en materia internacional y principios que se avienen a esta estructura del nuevo orden que está naciendo.

No somos utópicos, y si lo fuéramos, en buena hora, porque creo que sólo con utopía pueden conseguirse algunas grandes conquistas en el orden histórico y, sobre todo, cuando se encuentra en juego un principio que empezó a circular en el mundo entero.

Cuando contemplamos el hecho de que se tomó una decisión de esta naturaleza —entrar en guerra sin que haya veto en las Naciones Unidas— no podemos pensar en el satelismo de la Unión Soviética o de otros países europeos que han tomado parte y que apoyan esta medida.

Reitero que deseo que quede claro que la Argentina ha tomado una determinación realmente singular en defensa de principios que siempre hicieron a las acciones de su historia y de su proyección en el orden internacional.

Nada de especulaciones ni de tropas mercenarias; se trata de tropas que han ido en defensa de principios, y los altos mandos navales así lo han expresado.

Que quede claro que esta actitud es argentina y honra a su trayectoria, porque más allá del neutralismo que existió en el estado internacional que pertenece al pasado, hay una actitud nueva en correlación con los principios que rigen en esta materia, que pergeñan la existencia de un nuevo orden entre las naciones.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra el señor senador por Córdoba.

**Sr. Storani.** — Señor presidente: advierto que voy a ser sumamente breve en mi exposición.

Pero al mismo tiempo debo señalar que el tema en debate en este Senado es de gran trascendencia histórica y, como lo señaló el señor senador por Santiago del Estero, puede darse muy pocas veces en un siglo. Y seguramente por la duración de nuestro mandato y de nuestra militancia política no volveremos a estar frente a la obligación de debatir un hecho de tanta envergadura como el que estamos considerando hoy.

Digo que este debate llegó tarde. Debí haberse antes. El Ejecutivo no estuvo en mora; mandó su mensaje y proyecto de ley hace más de un mes y, sin embargo, el Senado no lo trató.

Habría dicho entonces que este debate merecía un examen exhaustivo de las causas generadoras de las circunstancias que el mundo está viviendo ahora y en las que la Argentina se ha

visto envuelta por una decisión del Poder Ejecutivo tomada en su momento, a pesar de nuestras críticas y de nuestra oposición.

Pero fue una realidad, más allá del hecho constitucional que pudimos haber impugnado. Lo cierto es que era indispensable que hiciéramos el análisis de los antecedentes que condujeron a esta situación porque el hecho físico es que una nación armada hasta los dientes como Irak invade un territorio vecino que reclama como una de sus provincias, después del abandono por parte de los ingleses y del manejo realizado por los emires. Ese país, Irak, busca ensanchar su base de sustentación de recursos petroleros. Ya se dijo aquí hasta el cansancio que Medio Oriente es el reservorio máximo de petróleo en el mundo.

Es bueno que se sepa entonces que si no hubiésemos estado hoy, 18 de enero de 1991, a las tres y media de la madrugada, hablando de este tema, casi cuarenta y ocho horas después del 16 de enero, cuando se inició la guerra en Medio Oriente, en su momento los términos hubieran sido otros porque ahora los hechos ya están consumados.

Me ha sido grato escuchar a todos los señores senadores haciendo esfuerzos inmensos, en muchos casos de alto valor intelectual, para abonar sus criterios en favor del dictamen de la mayoría. Pero debo decir que no me han convencido de ninguna manera. De cualquier modo, este no es el tema más importante.

El caso es que aquí se ha cerrado un ciclo histórico que se inició después de la Segunda Guerra Mundial, lo que no se ha dicho suficientemente, y que ha sido generador de las cosas que ocurrieron en el mundo a partir de entonces. Los señores senadores deben recordar que cuando la carta fundacional de las Naciones Unidas fue puesta en conocimiento del mundo se abrió una brecha de esperanza y de paz permanente y duradera, con justicia.

Así fue anunciado al mundo. El presidente de los Estados Unidos llegó a decir que habría cien años de paz. Luego se vio que eso fue una falacia porque en estos cuarenta y cinco años transcurridos desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial el mundo tuvo que padecer, entre otras guerras, las de Laos, Camboya, Corea, Vietnam, Afganistán, Irak-Irán; todas ellas han demostrado que la paz no fue ni permanente ni duradera ni mucho menos en el marco de la justicia, a pesar de lo que se dijo en ocasión del nacimiento del nuevo orden económico después de los pactos de Bretton Woods, que también fueron glosados en esta sesión.

Terminó esa etapa; terminó abruptamente. Estamos en una guerra destructiva que me embarga el alma y me obliga a no estar ausente de este debate porque quizá no tenga otra ocasión en mi vida para expresar un pensamiento de dolor y de consternación frente a lo que el mundo va a vivir en estos tiempos.

Dije que este debate es tardío porque ya no importa mucho si las naves argentinas están dedicadas a tareas de apoyo logístico, como quiere decirse aquí explicando la situación no desde un punto de vista técnico.

Me ocupé de hacer la consulta e investigación técnica acerca de qué quiere decir en lenguaje militar "apoyo logístico". Dos naves de las características del "Spiro" y del "Almirante Brown", que son naves de combate, naves de guerra, no pueden hacer apoyo logístico de ninguna naturaleza. El apoyo logístico lo realiza una nave hospital, una nave que conduce o transporta alimentos, una que conduce o transporta combustible, que hace alijo de las otras naves. Eso es apoyo logístico en el mar en el caso de la marina de guerra. Estas naves son para combatir. Tanto es así, que son las dos mejores naves que tiene la Armada Argentina; son para estar en guerra.

Los titulares de los diarios de hoy, 18 de enero, que ya están en la calle, me relevan de todo comentario. Menem dice categóricamente, a todo vapor, según los titulares de los diarios: "Estamos en guerra".

Estamos en guerra. No hay que discutirlo más. Las circunstancias nos han conducido a eso: oportunamente mandamos dos navíos a la zona del Golfo.

Hace instantes pensaba que éste es el único parlamento de América latina que a esta hora está debatiendo un asunto de esta naturaleza. No hay otro que se esté ocupando. Tal vez se encuentre reunida alguna cámara para dictar una declaración por la que manifieste el dolor y deplore esta guerra, condenando el daño que producirá. Pero nadie está en este momento discutiendo en América latina qué debe hacer con sus naves en el teatro de la contienda. Somos los únicos, como si fuéramos el extremo de esta América en la que el otro —el del norte— es el principal actor de la guerra que se ha desatado.

Acerca de esto deseo efectuar una manifestación. El señor senador por La Rioja, Libardo Sánchez, centró su exposición en un tema fundamental: el poderío del petróleo. Incluso, leyó una declaración del embajador argelino en la Argentina quien contestó categóricamente, cuando se le preguntó cuál era el origen de la guerra, con una sola palabra: "petróleo". No hay duda alguna de que esto es así.

Por un lado, la iniciación del Pacto de Varsovia, en el que la Unión Soviética y sus satélites constituyen esa alianza que transcurriera hasta hace pocos días. Por el otro, Estados Unidos con sus aliados constituyen la Organización del Tratado del Atlántico Norte y se inician así las etapas sucesivas de la guerra fría, la convivencia pacífica, el desarme. Esto concluye con el emplazamiento de misiles con ojivas nucleares realizado en primer lugar por la Unión Soviética y luego por los Estados Unidos. Esta nación logra que Inglaterra —naturalmente su aliado más importante en el continente europeo— acepte también el emplazamiento de misiles con ojivas nucleares. Esto llena de pánico y terror a la Europa central, posible escenario de una guerra misilística con ojivas nucleares por parte de las dos superpotencias.

Todo esto termina hace poco tiempo con la disolución del Pacto de Varsovia y con lo analizado con justeza hace algunos instantes por el señor senador por Entre Ríos respecto de las consecuencias de la "perestroika." Debido a esa exposición, quedo relevado de efectuar otro comentario acerca de lo que está ocurriendo en el oriente europeo, tomando a la Unión Soviética como epicentro.

Existe un hecho fundamental. Así como la Segunda Guerra Mundial marcó un hito en este siglo, a partir de hoy dicho hito será reemplazado por este otro holocausto que vamos a vivir ahora.

Aquel episodio da nacimiento a la lucha por el manejo del petróleo hasta 1973, cuando los países exportadores se reúnen en Viena bajo la presidencia del jeque árabe Al-Yamani, ministro de Energía de Arabia Saudita, para notificar al mundo que a partir de ese momento ellos son los dueños del manejo del precio del petróleo. Allí mismo se produce una hecatombe en la economía de los países dependientes de la importación del petróleo, fundamentalmente los dos países del milagro de la posguerra, es decir, Alemania Occidental y Japón. La dependencia absoluta y total de la importación de ese producto del Medio Oriente hace que en sus economías, repito, se produzca una hecatombe explosiva trasladando a los precios de sus mercancías industrializadas el nuevo costo del petróleo, que llegó —como dijo el señor senador Libardo Sánchez— a los cuarenta y cinco dólares el barril.

Dicha circunstancia, sumada al hecho del cierre del Canal de Suez, con lo cual los barcos de un millón de toneladas debían dar la vuelta al Cabo de Hornos para poder transportar el petróleo a Occidente, hizo que Henry Kissinger,

secretario de Estado del presidente Nixon, amenazara con la guerra a Arabia Saudita — hoy aliada de los Estados Unidos, donde cuatrocientos cincuenta mil soldados americanos, junto con miles de aviones y tanques se encuentran en este momento. Dicha amenaza de guerra era en el supuesto de que el abastecimiento de petróleo no estuviera asegurado para el país del norte. Es decir, éste no es un asunto nuevo.

Más allá de lo que Irak hizo en Kuwait; de lo que pasó entre Irak e Irán; de lo que Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética hicieron con la provisión de armas a ambos contendientes de la guerra entre Irak e Irán; mucho más allá de todo eso está presente el interés para los próximos cincuenta años en un elemento tan importante para la energía, como es el petróleo.

Todo esto nos mueve a nosotros a decir por qué esta noche estamos en el Senado argentino debatiendo acerca de si nuestros dos barcos deben permanecer en la zona de la guerra o no, dado que ya están allí. Esto lo ha afirmado ayer categóricamente el señor presidente Menem, aun cuando el señor ministro de Relaciones Exteriores y Culto hace un inmenso esfuerzo intelectual para explicar que son un apoyo logístico y que los barcos estarán fuera del alcance de las consecuencias del fuego en el teatro de la guerra.

Voy a recordar simplemente un hecho desagraciado para el mundo, que ocurrió por accidente: la explosión de la central nuclear de Chernobyl en la Unión Soviética. Al respecto, anteayer la licenciada Laciari, especialista en el tema, fue consultada por un periodista acerca de lo que había ocurrido a raíz de dicha explosión. Así, explicó con claridad que doscientos millones de seres humanos —entre soviéticos y de otros países— habían quedado bajo la influencia de la lluvia radiactiva. Me acuerdo, seguramente al igual que muchos de ustedes, de que la nube radiactiva causó pánico en Italia cuando los vientos la llevaron hasta ese país. Inclusive llegó a España, lo cual implica que en este momento nadie puede decir qué ocurrirá con esos doscientos millones de personas que estuvieron bajo la influencia de este fenómeno, en virtud de que hacen falta cincuenta años para saber cuáles serán las consecuencias físicas del daño producido en el ser humano. Se calcula que no menos de cincuenta a cien mil de esas personas morirán de cáncer como consecuencia de este accidente.

Entonces, qué me dicen a mí que barcos argentinos a mil kilómetros de distancia del teatro de operaciones estarán exentos de una lluvia radiactiva. Fíjense que este debate comenzó

a las 20 del 17 de enero y siete horas y media después podemos dar muchísima información que se ha ido recogiendo y que hemos recibido de nuestros secretarios de parte de la televisión y la radio.

Así, por de pronto, nos enteramos de que hubo un ataque de Irak a Israel, país que no estaba comprometido en la guerra, que no estaba en ningún bloque, que no pertenecía a ningún comando unificado ni cosa por el estilo. Pero Hussein dijo: "Los vamos a borrar del mapa". Ello significa el exterminio de Israel. Se trata de un objetivo fundamentalmente político porque el ataque a Israel y la respuesta de este país a Irak significaría la ruptura de la alianza que tienen los Estados Unidos con varios países árabes tales como Arabia Saudita, Egipto y Siria.

Quiere decir que estamos frente a un hecho realmente extraordinario. Estoy emocionado e infinitamente triste porque veo que vamos camino de un holocausto no limitado ni pequeño, sino universal. Entonces, me pregunto, ¿por qué la Argentina debió entrar en este asunto así, en forma anticipada? ¿Cuál fue la razón que impulsó a nuestro país a sumarse a este episodio del que nosotros no fuimos actores ni factores desencadenantes, ni de los preparativos siquiera?

Repito que es un hecho que no tiene explicación, a mi juicio; yo he escuchado con mucha atención los argumentos de los señores senadores que informaron el despacho de la mayoría y quienes han abonado el mismo no han logrado convencerme; lo digo con gran franqueza y sinceridad. Esto del nacimiento de una nueva era, de una nueva etapa de nuestra incorporación al nuevo orden mundial, no es un argumento válido. Nuestro problema es diferente.

Nosotros decíamos en 1983, al inaugurar las sesiones de la convención nacional de la Unión Cívica Radical, que me tocó presidir entonces, que estábamos ante una nueva etapa del mundo, llena de tribulaciones y de asechanzas, porque el Pacto de Varsovia, porque la OTAN, porque los misiles, porque todo esto que ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial traía como consecuencia el mentís más rotundo a que se hubiera destruido el poder de los poderosos —valga la redundancia— sobre los débiles; el de las naciones dominantes sobre los países dominados; a aquello que se dijo en las Naciones Unidas después del pacto de Bretton Woods de que desaparecerían los ricos grandes para que hubiera menos pobres.

Sin embargo, la cosa no fue así. Los resultados fueron que la propia Conferencia de Cancún de los siete grandes demostró que en ese momento mil millones de seres humanos padecían de hambre crónica y sin remedio. El mundo invertía entonces un millón y medio de dólares por minuto en armamentos. Hoy la cifra es de dos millones de dólares por minuto. El millón y medio o más de obreros norteamericanos desocupados se van a ver reocupados y la recesión en Estados Unidos va a ser paliada ahora por la industria de la guerra.

¿Cuánto va a durar la guerra? No lo sé. Alguien dijo recién que la Argentina podía estar inmersa en este conflicto cinco o diez años. Dijeron que James Carter había dicho esto respecto de los soldados norteamericanos.

Todo esto es deplorable. La guerra del Pacífico entre los Estados Unidos y Japón terminó en Hiroshima y Nagasaki con la bomba atómica. Tengo también muy en claro, porque las he seguido muy de cerca, todas las expresiones del gobierno israelí, a través de su presidente, su primer ministro, su ministro de Defensa, de que ellos estaban involucrados en el conflicto y no se sometían a ningún comando unificador, pero sí que ellos respondían en consecuencia.

El Estado de Israel posee la bomba atómica. No tengo ninguna duda de que frente a la muerte por agentes químicos o bacteriológicos —y ya están siendo objeto de ataques de este tipo por parte de Irak—, tratándose de una cuestión de vida o muerte, podría apelarse a medidas que sumergirían al mundo en una hecatombe, en un holocausto universal.

Nosotros no vamos a estar exentos de esto. El terrorismo que anunciaron los árabes de Irak como forma de acción de guerra en todo el orbe será una realidad o no. ¡Dios quiera que no lo sea! Pero si lo es, nosotros estamos en la mira, porque entramos en el conflicto voluntariamente. Lo hemos hecho sin que nadie nos llamara. Porque no es cierto que estén en juego ni la soberanía argentina, ni la libertad ni los intereses del pueblo; ellos están en juego, como se recordó esta noche en varias oportunidades, en nuestros mares del sur con respecto a la soberanía sobre nuestras Islas Malvinas y con la vinculación que hemos readquirido con Gran Bretaña a partir de la reanudación de las relaciones, negándonos reiteradamente el goce de la soberanía sobre nuestros archipiélagos.

El Senado esta noche tiene que votar con respecto a un hecho que para mí ya no tiene

relevancia, ya que el propio señor presidente de la Nación, después de que el ministro de Relaciones Exteriores y Culto ayer por la mañana dijo que este país no era neutral, afirmó categóricamente que estamos en guerra.

Además, he leído declaraciones del señor senador Eduardo Menem, publicadas en los diarios, en las que sostenía que de ninguna manera, fuera cual fuese el resultado de la resolución del Congreso Nacional, las naves argentinas volverían al país como nosotros lo queremos.

Entonces, considero que este debate va a significar simplemente una votación en la que veremos cuál es la suerte de los dictámenes puestos a consideración de este cuerpo: el de la mayoría, que propicia nuestra presencia en el conflicto, o el de la minoría, que ordena la vuelta de las naves argentinas.

Me pongo bajo la advocación de Dios, como tantos hombres y mujeres de todas las edades en el mundo, temeroso de que el temor de la guerra se extienda por todo el orbe y estamos realmente frente a esto que tantas veces nos vaticinaron y no quisimos creer: la Tercera Guerra Mundial, ubicada en este momento ante las puertas del mundo.

Señor presidente: para no ocupar más la atención del cuerpo y permitir que éste tome una decisión definitiva, doy por finalizada mi exposición.

**Sr. Romero.**—Pido la palabra.

**Sr. Presidente (Velázquez).**—Tiene la palabra el señor senador por Salta.

**Sr. Romero.**—Señor presidente: si ha finalizado la lista de oradores, no queda otra opción que pasar a votar.

**Sr. Presidente (Velázquez).**—La Presidencia se permite informar al señor senador y al cuerpo que con el uso de la palabra por parte de la señora senadora Saadi de Dentone, queda cerrada la lista de oradores.

Tiene la palabra la señora senadora por Catamarca.

**Sra. Saadi de Dentone.**—Señor presidente: he pedido el uso de la palabra al solo efecto de apoyar la posición del miembro informante de mi bloque, al igual que la de los restantes miembros que se han manifestado en tal sentido.

Para no reiterar conceptos similares, solicito la inserción de mi discurso en el Diario de Sesiones.

—Asentimiento.

—El texto del discurso es el siguiente:

Señor presidente:

El honorable cuerpo ha sido convocado en la fecha para tratar el proyecto de ley del Poder Ejecutivo nacional referente a la presencia y actuación de las fuerzas argentinas en la zona del Golfo Pérsico.

La historia de los acontecimientos tanto en el plano internacional como nacional nos resulta a todos de pleno conocimiento, por lo que me excusaré de su consideración.

El Poder Ejecutivo, en tiempo, forma y en cumplimiento de expresas disposiciones constitucionales, nos requiere nuestra intervención bajo el vértice de la Constitución Nacional —que conforma la expresión concreta de la voluntad soberana y política de la Nación—, la Carta Magna de las Naciones Unidas y las respectivas resoluciones del Consejo de Seguridad.

No dudamos en sostener que por encima de nuestra Carta Magna, no hay orden supranacional válido para el derecho positivo argentino, lo cual es también el pensamiento del Poder Ejecutivo, expresado al remitir a nuestra consideración y de la Cámara de Diputados el presente mensaje.

De esta forma el Poder Ejecutivo se sujeta a las disposiciones constitucionales, las que ha respetado igualmente desde el inicio de la acción internacional desplegada con motivo de la invasión del 2 de agosto de 1990.

Por ello no puedo menos que rechazar el calificativo de "antecedentes ilegales" que se pretende endilgar a los decretos del Poder Ejecutivo.

La presencia de nuestras fuerzas fue exclusivamente en el marco de la resolución 661 de las Naciones Unidas, y no como fuerzas beligerantes, sino en una acción concertada para el restablecimiento del derecho internacional.

Ante el vencimiento de los plazos acordados por la resolución 678 y la firme voluntad de asumir, no un rol de "satélite" sino como actores responsables del orden internacional, el señor presidente solicita del Honorable Congreso su intervención en función del artículo 67, inciso 27, de la Constitución Nacional.

La presencia de nuestras tropas en la zona no conforma un riesgo para nuestro sistema constitucional —como afirma la oposición— ya que su envío, en el marco de la resolución 665, no constituye una violación del orden constitucional. Si bien las fuerzas salieron del territorio nacional, no lo hicieron en representación de un Estado beligerante, sino todo lo contrario: a fin de que sin derramamiento de sangre se pudiera restablecer el derecho internacional.

No cabe duda, señor presidente, de que los antecedentes que cita el Poder Ejecutivo en su mensaje no son "ilegales" ni "de abierto desconocimiento a las atribuciones del Congreso", como algunos pretenden.

Igualmente, no podemos dejar pasar el pensamiento que algunos de mis pares de la oposición sustentan respecto de una supuesta alinación de la Argentina con las grandes potencias.

La acción de la Argentina es exclusivamente para el restablecimiento del orden jurídico internacional,

del que sin lugar a dudas somos parte como miembros de la Organización de las Naciones Unidas.

Por ello, señor presidente, la Nación debe prestar todo el apoyo logístico para el más pronto restablecimiento del orden internacional para lo cual solicito a mis pares la aprobación del proyecto de ley en consideración.

**Sra. Gurdulich de Correa.** — Pido la palabra.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra la señora senadora por Santa Fe.

**Sra. Gurdulich de Correa.** — Señor presidente: dado lo avanzado de la hora no he pedido el uso de la palabra. En consecuencia, solicito que se inserten en el Diario de Sesiones los conceptos que pensaba verter.

—Asentimiento.

—El texto del discurso es el siguiente:

La invasión iraquí a Kuwait, con la consecuente ocupación ilegal de un país soberano, miembro de las Naciones Unidas, conmociona desde su inicio, el 2 de agosto de 1990, la paz y la seguridad internacionales. La actitud, que fue severamente condenada en forma inmediata por la comunidad internacional, no se limitó a la violación de la soberanía territorial de Kuwait sino que se extendió al quebrantamiento evidente de las normas más elementales del derecho internacional, tomando rehenes y vulnerando el desenvolvimiento normal de varias misiones diplomáticas acreditadas en ese país.

A partir de este hecho las Naciones Unidas, a través de su Consejo de Seguridad, han tomado una serie de resoluciones que han tendido progresivamente —de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos—, a normalizar la situación a partir de la recuperación de la soberanía de Kuwait, como condición ineludible para la paz y la seguridad de la región.

La resolución 660, tomada en forma inmediata caracterizó el acto como un quebramiento de la paz y la seguridad internacionales, condenando estrictamente la conducta de Irak.

La resolución 661 determina el empleo de sanciones económicas, planteando el embargo comercial a Irak, con excepción de suministros con fines médicos y de alimentos en circunstancias especiales.

A partir de la resolución 665, se legitima la presencia y acción de fuerzas navales que aseguren la aplicación estricta del embargo, instando a los Estados miembros que cooperen con el gobierno de Kuwait a utilizar los medios proporcionados necesarios para su cumplimiento.

La resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con el ánimo de concretar la retirada de las fuerzas de ocupación en forma inmediata, no ha encontrado respuesta positiva por parte de Irak.

De acuerdo con esto, el gobierno argentino dictó los decretos 1.560/90 y 2.067/90 aprobando la resolución 661 y la resolución 670, que determinó que el embargo decretado incluía el transporte por tierra, mar y aire.



A continuación se dispuso el envío de dos unidades de la Armada Argentina a la región para participar en el esfuerzo internacional de promover la paz y la seguridad, a partir de una solicitud de cooperación del gobierno de Kuwait a nuestro país en este sentido.

En ocasión del debate realizado en este Senado ante estas circunstancias, se explicaron acabadamente los fundamentos de esta decisión del gobierno argentino.

Se expresó la voluntad política de inserción en un nuevo marco institucional para el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales que está produciendo en el mundo, sumamente relevante, porque por primera vez se ha actuado con la unanimidad del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Asimismo se expresó la característica profesional del contingente argentino. Del mismo modo se enmarcó la actitud en el contexto global de la política exterior que se está implementando, que busca el interés de la Argentina con opciones concretas en lo económico, lo comercial, lo tecnológico y lo político, más allá de posiciones ideologistas alejadas de la realidad.

Se habló también de nuestra tradición de neutralidad, aclarando que nuestra tradición de apoyo a las Naciones Unidas es inalterable y forma parte de la tradición política argentina. En este caso no puede hablarse de neutralidad porque no se puede ser neutral frente a una violación flagrante y gravísima de la Carta de las Naciones Unidas. En este caso no están en juego intereses de alianzas o de bloques, y la opción real es entre la ley y un delito internacional.

En el marco general de esta situación, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, ha dictado la resolución 678 (de fecha 2 de noviembre de 1990), mediante la cual autorizó a los Estados miembros que cooperan con el gobierno de Kuwait, a usar todas las medidas necesarias para hacer respetar las resoluciones 660 y siguientes si antes del 15 de enero de 1991 Irak no cumplió plenamente con éstas. También se solicita a todos los Estados que provean el apoyo apropiado e informen sobre los proyectos de estas acciones.

De acuerdo con la conducta seguida hasta el momento, el Poder Ejecutivo nacional manifiesta la voluntad de continuar contribuyendo con su contingente militar enviando a la región, de acuerdo con lo solicitado expresamente por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en su resolución 678. Asimismo se informará al Congreso de todas las medidas que se adopten en virtud de esta situación.

Es muy importante aclarar el sentido de la resolución 678 y los alcances del párrafo 3º, que enmarca la posición del gobierno argentino ante la situación.

Citamos textualmente la parte resolutive de la 678: "Actuado con arreglo al capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas.

1. Exige que el Irak cumpla plenamente la resolución 660 (1990) y todas las resoluciones pertinentes que la siguieron, y decide como muestra de buena voluntad y al tiempo que mantiene todas sus decisiones, dar una última oportunidad al Irak para que lo haga.

2. Autoriza a los Estados miembros que cooperan con el gobierno de Kuwait para que, a menos que el Irak cumpla plenamente para el 15 de enero de 1991, o antes, las resoluciones que anteceden, como se indica en el párrafo 1 de la presente resolución, utilicen todos los medios necesarios para hacer valer y llevar a la práctica la resolución 660 (1990) del Consejo de Seguridad y todas las resoluciones pertinentes que la siguieron y para restablecer la paz y la seguridad internacionales en la región.

3. Pide a todos los Estados que proporcionen apoyo adecuado para las medidas que se adopten de conformidad con el párrafo 2 de la presente resolución.

4. Pide a los Estados interesados que lo mantengan periódicamente informado de lo que ocurre respecto de las medidas que se adopten de conformidad con los párrafos 2 y 3 de la presente resolución.

5. Decide mantener en examen la cuestión."

De acuerdo con esto, la resolución 678 (1990) ofrece dos alternativas.

A. Párrafo 2: actuar bajo la autorización conferida por el Consejo de Seguridad para emplear todos los medios necesarios para que Irak retire todas sus fuerzas militares a las posiciones en que se encontraban al 1º de agosto de 1990.

B. Párrafo 3: prestar un apoyo adecuado para las medidas que adopten los Estados que desarrollan acciones conforme al párrafo segundo.

El presente proyecto de ley se enmarca en esta última disposición (párrafo 3).

La diferencia entre el párrafo 2 y el 3 salta a la vista. Los países que se incluyen en el párrafo 2 quedan autorizados, no obligados, a asumir una participación activa y directa en eventuales acciones bélicas.

La Argentina actualmente se encuentra cooperando de acuerdo con la resolución 665, pero no pretende adoptar una actitud que la comprometa directamente en el conflicto, como en el caso de los países incluidos en el párrafo 2. Pretende seguir prestando asistencia de conformidad con la solicitud del párrafo 3.

Vemos entonces que la Argentina, en virtud de la libertad concedida por la resolución 678 y de la distinción entre los párrafos 2 y 3, participa indirectamente en la operación, sin asumir un carácter beligerante en el conflicto.

No se establece tampoco un comando unificado y por lo tanto cada contingente actúa bajo su propia bandera. Asimismo no se exige la concertación de convenios específicos entre las Naciones Unidas y los Estados que intervienen en las operaciones.

Estimo que lo expuesto alcanza a definir claramente los alcances de nuestra participación, de acuerdo con la solicitud del presente proyecto del Poder Ejecutivo nacional.

Resulta adecuado y coherente continuar con la cooperación que se viene realizando, totalmente conforme con nuestra política exterior, que progresivamente deja de lado el aislamiento crónico de nuestro país, en un momento de profundos cambios en el

orden mundial, donde se inaugura una nueva etapa de cooperación para garantizar la paz y seguridad internacionales.

Por todo lo expuesto considero que debe aprobarse el presente proyecto de ley del Poder Ejecutivo nacional, con el agregado propuesto por este Honorable Senado, de acuerdo con lo que explicara oportunamente el miembro informante del despacho en mayoría, el senador por La Rioja Eduardo Menem.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Corresponde votar las inserciones oportunamente solicitadas por los señores senadores Gass, Saadi de Dentone y Gurdulich de Correa.

—La votación resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Se procederá en consecuencia.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar en general el dictamen de la mayoría en el proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo.

—La votación resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — En consideración en particular.

—Se lee el artículo 1º.

**Sr. Menem.** — Pido la palabra.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Tiene la palabra el señor senador por La Rioja.

**Sr. Menem.** — Es para proponer una modificación en el artículo 1º.

Como este proyecto había sido enviado antes del 15 de enero, el texto del artículo 1º hace mención de esa fecha. Creo que nos ajustaríamos más a la realidad si en lugar de ello colocamos: "... a partir de la fecha de vigencia de esta ley...".

Por otra parte, respondiendo a una inquietud que me hicieron llegar algunos diputados, y luego de efectuadas las consultas del caso a nuestra Cancillería a fin de evitar cualquier error de interpretación, quiero decir que si bien en-

tiendo que el texto es bastante claro en cuanto a las acciones a las cuales autoriza el artículo 1º —que son las acciones de "asistencia de apoyo", que están expresadas en el párrafo tercero de la resolución 678 de las Naciones Unidas—, para que no quede ninguna duda acerca de que nuestras naves sólo están autorizadas a prestar ese apoyo y no a realizar acciones bélicas directas, propongo que al terminar el artículo, en lugar del punto, se coloque una coma y a continuación se agregue: "... no pudiendo realizar las acciones bélicas directas a las que alude este último párrafo".

De esta manera, creo que eliminamos cualquier duda que pudiera presentarse con respecto a las acciones que pueden llevar a cabo nuestras naves.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Se va a votar el artículo 1º, con las modificaciones propuestas por el señor senador por La Rioja.

—La votación resulta afirmativa.

—Se lee y aprueba el artículo 2º.

—El artículo 3º es de forma.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Queda sancionado el proyecto de ley<sup>1</sup>. Se comunicará a la Honorable Cámara de Diputados.

Tiene la palabra el señor senador por Buenos Aires.

**Sr. Gass.** — Aunque va de suyo, pido que se deje constancia de que el bloque de la Unión Cívica Radical votó en contra del dictamen en mayoría.

**Sr. Presidente (Velázquez).** — Así se hará.

Queda levantada la sesión especial.

—Son las 3 y 58 del viernes 18 de enero de 1991.

ADOLFO H. MADAMA.

Subdirector a/c. del Cuerpo de Taquígrafos.

<sup>1</sup> Ver el Apéndice.

## 7

### APENDICE

#### 1

### SANCION DEL HONORABLE SENADO

#### Tropas argentinas en el golfo Pérsico

—El texto del proyecto de ley sancionado es el siguiente:

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

Artículo 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo nacional a que a partir de la fecha de vigencia de esta ley pueda

disponer las medidas adecuadas para que, de conformidad con la solicitud formulada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a todos los Estados, contenida en el párrafo 3 de su Resolución 678 (1990) adoptada el 29 de noviembre de 1990, la fuerza argentina en el golfo Pérsico preste el apoyo apropiado a las

acciones que pudieran emprenderse en aplicación del párrafo 2 de la citada resolución, no pudiendo realizar las acciones bélicas directas a las que alude este último párrafo.

Art. 2º — El Poder Ejecutivo nacional informará al Congreso de la Nación de las medidas que adopte en virtud de la presente ley.

Art. 3º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

## II

## INSERCIÓN SOLICITADA POR EL SEÑOR SENADOR GASS

**Compromiso de Acapulco para la Paz,  
el Desarrollo y la Democracia**  
Emitido por la Cumbre Presidencial,  
el 29 de noviembre de 1987

(...) 9. Observamos con beneplácito los avances en las negociaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para lograr acuerdos en materia de eliminación de proyectiles nucleares de corto y mediano alcance. Sin embargo, estos esfuerzos se hacen al margen del sistema multilateral y, en especial, de la Conferencia de Desarme de Ginebra. Por tanto, deberán complementarse con un refuerzo de los mecanismos multilaterales contenidos en la Carta de las Naciones Unidas, con vista a la efectiva participación de toda la comunidad internacional en la seguridad, la preservación de la paz y la cooperación. Es urgente que estos acuerdos se traduzcan también en la reducción de los gastos militares y del armamentismo en otros órdenes, así como en el cese de las tensiones que tan devastadores efectos han tenido en los conflictos regionales. Esto último, con pleno respeto a la libre determinación y a los intereses de los países involucrados.

(...) Estos acontecimientos revelan que, en un clima de creciente incertidumbre, aumentan las posibilidades de una recesión internacional, afectando el desarrollo y el bienestar de los pueblos de todo el mundo. Al mismo tiempo, no se cuenta con una acción multilateral que permita una efectiva coordinación de políticas en la que participen los países en desarrollo, con el fin de revitalizar la economía y el comercio mundial.

(...) 21. Con el propósito de profundizar las acciones en favor del desarrollo con democracia, justicia e independencia, consideramos necesario afirmar el concepto de que la seguridad de nuestra región debe atender tanto los aspectos de la paz y la estabilidad, como los que atañen a la vulnerabilidad política, económica y financiera. En este sentido, nos hemos comprometido a concertar acciones para:

—Estimular iniciativas en favor del desarme y la seguridad internacionales.

(...) —Contribuir, a través de la cooperación y la consulta, a la defensa, fortalecimiento y consolidación de las instituciones democráticas.

—Impulsar y ampliar el diálogo político con otros Estados y grupos de Estado, dentro y fuera de la región.

—Concertar posiciones con el propósito de fortalecer el multilateralismo y la democratización en la adopción de las decisiones internacionales.

(...) 47. Tenemos una clara conciencia de la urgente necesidad de fortalecer la integración y la cooperación regionales. Para ello, estamos decididos a que forme parte de nuestros proyectos políticos nacionales. La integración constituye el instrumento indispensable para garantizar la participación más efectiva de la región en las relaciones internacionales, ampliando su capacidad de negociación frente a terceros.

**La creación del Mecanismo Permanente  
de Consulta y Concertación Política**  
Río de Janeiro, 18 de diciembre de 1986

1. Los cancilleres de Argentina, Brasil, Colombia, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela, a partir de la experiencia de varios años derivada de nuestra acción conjunta en los Grupos de Contadora y de Apoyo, hemos decidido fortalecer y sistematizar la concertación política de nuestros gobiernos, mediante la realización de un proceso de consultas regulares sobre temas internacionales que afectan o interesan a nuestros países, en el contexto de una creciente unidad latinoamericana. El resurgimiento de la democracia en América latina ha permitido un intenso diálogo político en el que se reafirma la necesidad de conjugar esfuerzos y capacidades para encontrar soluciones propias a nuestras dificultades.

(...) 4. En consecuencia de ello, hemos decidido dar a nuestros encuentros periódicos el carácter de un mecanismo permanente de consulta y concertación política.

5. Por todo lo anterior, el mecanismo tendrá, entre otros, los siguientes objetivos:

(...) b) Examinar las cuestiones internacionales que sean de especial interés para nuestros gobiernos, y concertar posiciones comunes en relación con las mismas, particularmente en los foros internacionales.

**Segunda reunión de presidentes del Mecanismo  
Permanente de Consulta y Concertación Política**  
Octubre de 1988, Punta del Este, Uruguay

(...) Por lo tanto, en un mundo que cambia y a partir de una región que se transforma, insistimos en la necesidad de dialogar ampliamente sobre un nuevo enfoque de las relaciones políticas y económico-financieras internacionales.

(...) En el año transcurrido hemos intensificado nuestra concertación política a través de las reuniones de cancilleres celebradas en Cartagena de Indias, Oaxaca, Brasilia y Nueva York y de consultas directas al más alto nivel. Asimismo, se ha atanzado la presencia del grupo en el escenario mundial, tanto a través de la coordina-

ción de posiciones en los foros regionales e internacionales, como mediante encuentros celebrados con terceros países y grupos de países.

(...) Las relaciones entre América latina y los Estados Unidos transcurren por una etapa de desalios, que exige el ejercicio de una renovada capacidad política y una firme voluntad de entendimiento. Diferencias de

intereses y percepciones no han permitido aprovechar cabalmente las oportunidades para una cooperación amplia y equitativa.

Es necesario, por lo tanto, alentar un clima de confianza y entendimiento. Para ello, proponemos un diálogo inmediato sobre los problemas políticos, económicos y sociales que nos afectan.